

NATALIA WALSH
Autora de *El constructor de muros*



HIGHLANDER en la NIEBLA

© Natalia Walsh,
2018

© De la edición:
nataymenta, 2018
nataymenta.com

© Diseño de
cubierta: Adrian
Sánchez Bolaños
sanchezadrian.com
ISBN edición
impresa: 978-
1980865193

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. N° de registro 1804246658648

Tabla de contenidos

PRESENTACIÓN

PRIMERA PARTE – CIERRA LOS OJOS

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 4

SEGUNDA PARTE – LA NIEBLA

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

TERCERA PARTE - UN CLARO EN LA NIEBLA

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

CUARTA PARTE - ABRE LOS OJOS

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

QUINTA PARTE - CLARIDAD

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

Presentación

Como dice Valery en *El constructor de muros*, «Nadie es capaz de adelantarse al Día que lo Cambiará Todo, de la misma manera en que resulta imposible predecir el tiempo en Edimburgo».

En marzo de 2013 surqué las aguas del lago Ness y nunca reparé en las ruinas de Urquhart, ubicadas en la orilla. Cinco años después, decidí que este castillo se convertiría en el eje de la historia que estás a punto de comenzar. Durante los meses de escritura, Urquhart ha sido un segundo hogar para mí. Espero que pronto ocupe un espacio memorable en tu imaginación lectora.

Los personajes, sucesos y acontecimientos históricos relatados en *Highlander en la niebla* están inspirados en la realidad, salvando las licencias creativas y la erosión inevitable del tiempo, que siempre guarda para sí los mejores secretos.

Primera parte – Cierra los ojos

Capítulo 1

Dundee, 7 de septiembre de 2017

—Cierra los ojos.

Jenny obedeció y al instante sus pies descalzos se posaron sobre un suelo de hierba húmeda y esponjosa. La temperatura del ambiente le hizo estremecerse. Reconoció el olor inconfundible del lago y del pasto, el aleteo de los pájaros sobre las ruinas del castillo. Como la vez que lo visitó con Bran.

Los párpados de Jenny temblaron. La idea de pasar aquel fin de semana en Inverness había sido suya, pero nunca imaginó que el viaje terminaría tan mal. Ella solo había querido calmar los ánimos, recordarle a Bran que todavía quedaban razones para apostar por su relación.

—Abre los ojos, Jenny.

Casi podía escuchar los reproches de Bran, la lista de errores que ella había cometido en los últimos meses. Habían caminado hasta el castillo de Urquhart después de aparcar el coche a varios kilómetros, sin rozarse. Seguía empeñado en que había estado coqueteando con el recepcionista del *bed & breakfast*, cuando ella solo tenía ojos para él... Jenny sintió las lágrimas en sus mejillas. ¿Por qué se habían distanciado tanto? ¿Por qué Bran ya no confiaba en ella?

—Los ojos, Jenny. Ábrelos.

La brisa se intensificó y Jenny aferró sus pies a la hierba. Todo lo que pedía era dar marcha atrás en el tiempo, demostrarle a Bran que ningún recepcionista iba a interponerse entre los dos, repetir aquel paseo hasta el castillo pero de su mano... —¡Jenny! ¡Jenny!

Abrió los ojos y la brisa se detuvo.

No quedaba rastro de las ruinas de Urquhart, del lago Ness o de sus intermediaciones. Solo Nicole, su terapeuta, sentada frente a ella en el diminuto despacho de la consulta.

—¿Estás bien?

Jenny miró a su alrededor. El reloj de la mesita marcaba las cinco menos diez de la tarde, rodeado por dos vasos llenos de agua. Su chubasquero colgaba de la puerta junto al de Nicole. De los despachos contiguos llegaban

murmullos de pacientes y terapeutas desenrollando otras madejas.

—¿Estás bien? —repitió Nicole mientras dejaba su cuaderno de notas sobre la mesita y le ofrecía uno de los vasos de agua.

—Gracias. —Jenny bebió un sorbo—. Estaba allí. Era tan real... Pero no logré abrir los ojos.

—Ya no estoy segura de que esta sea una buena idea.

Jenny suspiró. Después de que Nicole accediera a poner en práctica aquella terapia, había vuelto a sentir esperanza después de mucho tiempo... No podían dar marcha atrás por unos pocos intentos fallidos.

—Por favor, deja que sigamos intentándolo —suplicó—. Era como si estuviera allí, exactamente igual, solo que no podía abrir los ojos. Lo conseguiré pronto, estoy segura.

—Jenny...

—Necesito entender lo que ha pasado, volver atrás para enmendarlo, demostrarle a Bran que nada de esto es mi culpa. Por favor, Nicole, te lo ruego, no habíamos avanzado tanto en semanas.

La psicóloga jugueteó con el bolígrafo.

—Eres consciente de que nada de lo que ocurra durante la terapia es real, ¿verdad? De que todo esto no es más que una simulación.

—Lo soy, lo sé...

—Pase lo que pase cuando logres abrir los ojos, comprendes que...

—Que todo es parte de la terapia y que si en algún momento resulta demasiado intensa o desagradable solo debo repetir nuestra palabra segura. Estoy preparada, Nicole. Sé a lo que me enfrento.

La terapeuta suspiró.

—Es la hora, Jenny. Nos vemos el próximo jueves a las cuatro. Lo intentaremos una última vez. Si no lo logras, seguiremos trabajando como hasta ahora.

—Gracias...

Las dos se pusieron en pie. Nicole abrió la puerta de la consulta tras estrechar su mano. Jenny se cubrió con el chubasquero y pronto se encontró recorriendo la ruta hasta la estación de autobuses bajo la fría llovizna.

De vuelta al frío y monótono mundo real.

Capítulo 2

Saint Andrews, horas después.

Tres meses.

Bran se había ido hacía ya tres meses.

Recogió sus cosas mientras repetía que ella no iba a cambiar nunca. Jenny lo siguió por toda la casa, suplicando una y otra vez que confiara en ella, jurando que estaba equivocado, que lo quería con locura. Pero él no se detuvo. Cuando la puerta se cerró, Jenny solo pudo llorar durante días.

El recepcionista de Inverness había sido el protagonista de su última discusión, pero hubo otras. Siempre involucraban a terceros o le recordaban que lo hacía todo mal. Jenny había intentado recuperar la confianza de Bran por todos los medios, hasta que él la dejó. «No vas a cambiar nunca», se limitó a decirle.

Y empezaba a creerlo. Los últimos tres meses habían sido como una pesadilla: sin noticias de Bran, sin nadie con quien compartir la almohada y sin ganas de ver a las pocas amigas que conservaba en Saint Andrews.

Hasta entonces, Bran había sido el eje de su universo. Los primeros días en el pueblo, años antes —recién llegada de Rotterdam, con su inglés todavía torpe—, le resultaban distantes, borrosos. Incluso le costaba mantener el tipo de nueve a dos en la facultad de historia. Los jueves estaban las sesiones con Nicole, a las que acudía solo porque Lorna, una de sus compañeras, había mencionado la terapia. «Es algo nuevo, diferente. Volver atrás en el tiempo... Podrás comprender, podrás recobrar la confianza».

Tras un par de miércoles decepcionantes con Nicole, Jenny le pidió que pusiera aquel método en práctica con ella. «Quiero arreglar las cosas con Bran —le había dicho—. Me niego a pensar que hayamos terminado de esta manera, que después de habernos querido así no podamos ni hablar».

Nicole negó la existencia de cualquier terapia hasta que Jenny mencionó a Lorna. «Ya lo hiciste con ella, te suplico que me ayudes también a mí».

Nicole había accedió tras explicarle las condiciones.

«Cierra los ojos. Imagina un lugar seguro, un lugar que conozcas bien. Tú decides a quién invitas a entrar, solo tú. Escoge la palabra que prefieras para salir. Será nuestra palabra segura. Cuando estés preparada, abre los ojos. Nada de lo que ocurra será real, solo producto de tu imaginación y tus

experiencias. *Puede que no sea lo que esperas*, pero servirá. Y recuerda: si en algún momento la simulación resulta demasiado intensa o desagradable, solo debes repetir la palabra segura. Entonces todo acabará».

Durante varias sesiones Jenny solo había alcanzado a escuchar el viento que azotaba el lago Ness o a notar algunas briznas de hierba, sin embargo, la última había sido demasiado intensa. La recreación del entorno era tan real que Jenny había sentido miedo de abrir los ojos y encontrar las ruinas de Urquhart justo en frente de ella.

No volvería a ocurrir... Estaba decidida a regresar a aquel fin de semana y arreglar las cosas con Bran. Necesitaba comprender qué había hecho mal, enmendarlo.

Sería un nuevo comienzo para los dos.

Jenny amaneció un poco más tranquila la mañana siguiente. Incluso se animó a incluir algo de maquillaje en su rutina de aseo, que desde lo de Bran incluía solo el paso por la ducha y la selección de un *outfit* desconjuntado.

Lorna sonrió al verla y la invitó a tomar un café en Taste antes de su primera clase. Era un pequeño ritual que repetían cada mañana; tres meses antes solo vaciaban sus tazas la una al lado de la otra. Les tomó algunas semanas compartir más que silencios. Desde que rompieron el hielo Jenny había encontrado en Lorna un punto de apoyo, una amiga sincera cargada de buenos consejos.

—Cuéntame, entonces. ¿Cómo está yendo todo con Nicole?

—Estoy segura de que en la próxima sesión lo conseguiré... Lo único que necesito es un poco más de tiempo, pero no está siendo nada paciente.

—Tienes suerte de que te recibiera, Jenny. Ya sabes que no utiliza este método con nadie que no sea de estricta confianza.

—¿Tú también vas a empezar con eso de que es peligroso?

Lorna mantuvo los ojos fijos en su taza de café.

—¿Qué te ha dicho hasta ahora, esa estupidez de que todo lo que ocurra durante la terapia es producto de tu imaginación? ¿Qué abras y cierres los ojos y repitas la palabra segura si te sientes en peligro?

—¿Qué... qué quieres decir?

—Si vas a seguir adelante con esto, Jenny... Si de verdad quieres volver atrás en el tiempo y cambiar las cosas con Bran, debes saber que lo que

ocurra dentro de esa habitación, con Nicole, es tan real como la vida misma. Y desde luego no es un juego.

—¿Ahora quieres asustarme?

—No lo entiendes... Todo esto puede tener consecuencias inimaginables, llevarte a lugares que no esperabas. Debes tomarlo muy en serio.

Cuando Lorna despegó los ojos de su taza, Jenny sintió un estremecimiento. Su compañera parecía sinceramente preocupada.

—Tendré cuidado, haré todo lo que Nicole me diga —prometió—. Necesito... Bran necesita entender que yo no soy la clase de mujer que él cree, que...

—Escúchame, Jenny. La única razón por la que vale la pena seguir adelante con esto, ponerte en peligro, eres tú misma. Piénsalo.

Lorna se puso en pie y abandonó la cafetería sin despedirse.

Jenny apuró su taza. Bran, Bran era todo en lo que podía pensar por el momento. Arreglar las cosas, obligarlo a cambiar de opinión... Todo iría bien en cuanto pudieran estar juntos de nuevo o, al menos, recuperar algo de lo que quedaba, así fuera en forma de amistad.

—¿Quieres algo más?

Jenny salió de su ensimismamiento cuando el camarero de Taste recogió su taza vacía.

—No, llego tarde... ¿Me cobras también lo de Lorna?

Él sonrió y, en lugar de darle la cuenta, le ofreció un pequeño trozo de bizcocho. Jenny se sonrojó, sacó el monedero y trató de dejar unas monedas sobre la mesa... no era la primera vez que la invitaba. Él negó con la cabeza.

—Que tengas un buen día. ¡Hasta mañana!

Jenny le dio las gracias y echó a andar hacia la facultad de historia, pensativa.

Bran, Nicole, Lorna...

Una semana. Una semana y todo cambiaría para siempre.

Capítulo 4

—Cierra los ojos.

Jenny obedeció y al instante sus pies descalzos se posaron sobre un suelo de hierba húmeda y esponjosa. La temperatura del ambiente le hizo estremecerse. Reconoció el olor inconfundible del lago y del pasto, el aleteo de los pájaros sobre las ruinas del castillo.

—Abre los ojos.

Los párpados de Jenny temblaron. Segundos después, las ruinas del castillo aparecieron ante ella. El día era nublado y la superficie del lago se veía de color plomo, como un espejo.

Jenny vio a un hombre de espaldas nadando a pocos metros de la orilla. Pensó en Bran e inició el descenso para bordear la colina sobre la que se encontraba el castillo. Luego tuvo miedo de perderlo de vista, así que se asomó al pequeño acantilado y saltó.

Desde el agua reconoció a Bran, ya muy cerca de ella. La temperatura le entumecía los miembros y aunque trató de nadar en su dirección pronto se encontró flotando apenas, luchando por avanzar los pocos metros que le separaban de él. Quiso gritarle, hacerle señas, pero la voz no brotaba de su garganta. Bran nadaba ajeno a ella, como si no sintiera su presencia.

Jenny empezó a notar que le faltaba la respiración. Recordó la voz suave de Nicole: «Si en algún momento la simulación resulta demasiado intensa o desagradable, solo debes repetir la palabra segura. Entonces todo acabará».

Con un hilo de voz, Jenny exclamó:

—¡Bran! ¡Bran!

Cerró los ojos, esperando que las sensaciones de aquel lugar tornado en pesadilla desaparecieran. Sin embargo, el frío seguía causándole punzadas dolorosas. Al abrirlos de nuevo, Bran se había girado en su dirección. La miraba sonriendo, sin moverse. Jenny repitió:

—¡Bran! ¡Bran!

Pero ni su ayuda —que jamás llegó— ni la mención de la palabra segura impidieron que, segundos después, su cabeza se hundiera en el agua helada del lago.

Jenny despertó gritando empapada, no a causa del baño, sino de un sudor

frío que había calado también su pijama. Tocó las paredes hasta dar con el interruptor y comprender que se encontraba en su habitación en el *hall* Albany Park. Miró el reloj: las cuatro y media de la madrugada.

Estaba viva. Y a salvo.

Su mente bullía tratando de comprender lo sucedido. ¿Había iniciado el viaje por su cuenta? ¿Volvería a Urquhart si cerraba los ojos? ¿Y si la palabra segura no servía, como saldría de la regresión?

La conversación con Lorna de aquella mañana comenzó a inquietarla. ¿Realmente era tan peligroso volver al pasado, aunque fuera de forma imaginaria?

Jenny esperó unos instantes hasta que se reguló su respiración. Luego, sin hacer ruido, caminó hasta la cocina y se sirvió un vaso de leche templada. «Todo ha sido un sueño», se dijo. Lo repitió varias veces y después de unos sorbos la pesadilla perdió nitidez en su memoria. Sus pulsaciones bajaron y supo que, sencillamente, la imaginación había intentado jugarle una mala pasada, adelantándose a la sesión de la semana próxima.

No obstante, recordó las palabras de Lorna: «La única razón por la que vale la pena seguir adelante con esto, ponerte en peligro, eres tú misma».

Jenny apuró el vaso de leche. Antes de acostarse de nuevo, sacó su agenda y, con trazo titubeante, añadió una línea a sus tareas del jueves: «Modificar la palabra segura».

Estuvo segura de que Nicole sabría qué hacer.

Capítulo 4

Saint Andrews, 14 de septiembre de 2017

En 1509, el castillo de Urquhart, junto con las fincas de Glen Urquhart y de Glenmoriston, fueron concedidos por James IV a John Grant a perpetuidad, con la condición que reparase el castillo. Los Grant mantuvieron el castillo hasta 1512, aunque las incursiones del oeste continuaron. En 1513, después del desastre de Flodden, sir Donald Macdonald de Lochalsh intentó aprovechar el desorden en Escocia demandando el señorío de las islas y ocupando el castillo de Urquhart.

—¿Qué es eso que lees?

Jenny cerró el libro de golpe al escuchar la voz del camarero de Taste. Se trataba de una pequeña guía del castillo de Urquhart que había adquirido durante su última visita. Sonrojada, evitó los ojos negros de él y se escondió detrás de su taza de café.

—Solo son viejas historias de castillos, clanes y asaltos.

—¿Estudias Historia?

Jenny se preguntó a qué se debía la repentina curiosidad de aquel chico. Trabajaba en Taste desde el verano, y solía ser amable con ella, pero nunca habían entablado conversación. Reparó en lo atractivo que era, con su cabello negro, su aspecto fibroso y la tez quemada por el sol.

—Sí —respondió—, aunque esto no es parte del temario; solo me parece interesante.

—Con que Urquhart, ¿eh? —Él acarició la cubierta del libro—. Los antepasados de mi madre fueron dueños del castillo hasta hace poco más de un siglo. ¿Lo has visto?

—Sí, lo visité hace unos meses...

El recuerdo de aquel viaje llevó a Jenny a pensar en Bran y en su plan para regresar al pasado. Por fin había llegado el día de la consulta... En pocas horas quizás pudiera verlo de nuevo y arreglar las cosas.

—La torre de los Grant es una de las pocas estructuras que quedan en pie —dijo el camarero—. Un orgullo para la familia.

Sonrió y Jenny trató de imitarlo, pero solo logró una mueca. Apuró el café y de nuevo él rechazó las monedas que dejó sobre la barra.

—Cortesía de los Grant —dijo—. Nos vemos mañana.

Esta vez sí, la sonrisa de Jenny se amplió y por un momento olvidó las preocupaciones que le carcomían.

El resto del día pasó lento y tedioso. La mente de Jenny vagaba de la consulta de Nicole a Urquhart, pasando por Bran. Terminó sus clases y volvió a casa para cambiarse, dejar sus cosas y tomar el bus a Dundee, donde estaba el despacho de Nicole. Le separaban unos pocos metros de la estación cuando sonó su teléfono. Al reconocer el número de Nicole su pulso se aceleró: ¿y si había surgido algún imprevisto? ¿Y si tenía que esperar otra semana hasta su próximo intento? Otra semana de pesadilla, de espera infinita, de dudas, miedos...

—¿Jenny? Menos mal que te localizo. ¿Estás en Dundee?

—No, aunque estaba a punto de coger el autobús... ¿Ocurre algo?

—Entonces sigues en Saint Andrews, ¿verdad? Verás, había pensado algo diferente para esta sesión. ¿Te parece si nos vemos en mi casa?

—¿Ocurre algo?

—No, solo quiero que estemos más tranquilas. ¿Conoces la zona de las caravanas y casitas prefabricadas, sobre la playa East Sands? Es allí. Acabo de enviarte un mensaje con la ubicación exacta... Nos vemos dentro de una hora.

—De... de acuerdo.

Nicole colgó. Tal y como había prometido, Jenny recibió la dirección poco después. Decidió caminar, pues tenía tiempo de sobra. Entre tanto se preguntó el por qué del cambio. ¿Acaso había algo de prohibido en la terapia que iban a practicar? Por segunda vez, Jenny sintió miedo. Lorna se lo había advertido: aquello no era un juego.

Caminó algo más de media hora hasta llegar a la dirección indicada. Las vistas desde allí arriba eran espectaculares: el pueblo quedaba atrás y la playa East Sands dominaba el paisaje. Nicole la esperaba junto a la carretera. Al verla, le hizo una seña y acudió a su encuentro. Se saludaron con un apretón de manos, como de costumbre, y comenzaron a andar dentro del camping.

—Nunca había estado aquí —murmuró Jenny, para romper el hielo.

—Las casas son muy calientes y agradables. Compré la mía hace un par de años, cuando comencé a trabajar en Dundee. La mayoría de la gente las

utiliza solo durante sus vacaciones, pero algunos vivimos aquí todo el año.

No dijeron nada más hasta llegar a la pequeña casa prefabricada de Nicole. Como todas las demás, el exterior era de color verde. Contaba con un pequeño porche de madera adornado con algunas plantas y una mesita de jardín. Jenny pronto reparó en que las luces del interior estaban encendidas. Pensó que Nicole las habría dejado así al salir a buscarla pero, para su sorpresa, alguien salió a su encuentro cuando abrió la puerta.

—¿Lorna?

Su amiga esperaba en el hall, muy seria. Al verla se acercó para abrazarla.

—¿Qué... qué hace ella aquí? ¿Qué ocurre, Nicole?

Se volvió hacia la terapeuta.

—Las dos pensamos que necesitas compañía en esta misión, Jenny. Venid, vamos al salón. Quiero que las dos os sentéis juntas, en el sofá.

—¿Y la terapia?

—Vamos, sentaos.

Jenny obedeció. Lorna tomó su mano.

—No te preocupes... Todo irá bien. —Sonrió.

Nicole se perdió en el pasillo y regresó con una bandeja en la que transportaba una jarra de agua y tres vasos. La dejó sobre la mesita y se sentó justo en frente de ellas.

—Podemos seguir con la terapia, Jenny, pero tengo una condición no negociable: donde quiera que vayas, Lorna te acompañará.

—¡Eso es absurdo!

—No comprendes la seriedad de este viaje, Jenny. Puede ser peligroso, no tienes mucha experiencia... Lorna sabe cómo funciona, por eso ella irá contigo.

—No cambiaré nada, Jenny, te lo prometo. —Lorna la miró a los ojos—. Solo intervendré si estás en peligro.

—¿En peligro? ¿Qué demonios es todo esto?

Lorna y Nicole intercambiaron una mirada. Esta última asintió.

—Antes de comenzar, quiero contarte algunas cosas sobre la... terapia.

Jenny se cruzó de brazos.

—¿Algo que no me hayas contado ya?

—Las anteriores veces, en la consulta, necesitaba ver si estabas preparada para dar el paso realmente. Eran solo pequeñas pruebas, ensayos.

—¿Quieres decir que hemos estado perdiendo el tiempo, que todo ha sido mentira?

—¡No! Solo estaba probándote, midiendo tu confianza... Tratando de que cambiaras tu opinión sobre Bran por vías más tradicionales.

—No puedo creerlo... ¿Ahora vas a meterte con Bran? ¡Sabes que volver con él ha sido mi objetivo desde el principio, por eso me he expuesto a todo esto! —Jenny se giró hacia Lorna—. ¿Tú lo sabías, verdad? ¡También has estado jugando conmigo! No sé ni por qué he confiado en ti... Debí imaginar la verdad, ¡que todo esto es una broma absurda y que os habéis estado riendo a mis espaldas!

Jenny se puso en pie y trató de zafarse de Lorna, que la había agarrado del brazo.

—Siéntate, por favor, escúchanos. Deja que te explique la verdad.

—¿La verdad? Me gustaría saber que opinan en la consulta sobre tus métodos, Nicole.

—Jenny, no digas nada, por favor... Hablemos.

Apretó los puños. Tanto tiempo perdido... Poco importaba ya. Se sentó de nuevo sintiéndose cansada y con los ojos llenos de lágrimas.

—Jenny, la terapia... —empezó Nicole—. Verás, puede que te parezca imposible, pero en realidad se trata de una forma de meditación capaz de transportarte a cualquier lugar en el pasado, a cualquier recuerdo. Es un conocimiento transmitido durante siglos, ni mucho menos una terapia experimental. Dominarla toma varios meses, años incluso.

—Eso suena ridículo. ¿Por qué debería creerte?

—Lorna debió practicar durante meses antes de lograr las primeras sensaciones, pero tu caso ha sido sorprendente: ya estás lista para emprender el viaje.

—Solo hay un problema —terció su amiga—. Aunque viajes con un propósito claro, no siempre llegas al lugar deseado... o al momento deseado. Lo más importante, Jenny, es que no olvides lo que te trajo allí. Solo así podrás volver a casa.

La joven se quedó mirándolas, pensativa. Volcó algo de agua en su vaso y

bebió con lentitud.

—Entonces ¿es real, lo que ocurre durante la meditación? ¿Sabrá Bran que he estado ahí?

—Todas las personas con las que te cruces serán reales. Sus pensamientos, ideas, acciones..., todo proviene de una noosfera, una especie de repositorio en el que se conectan nuestras vivencias. Bran será Bran, no la idea que tú has concebido sobre él. Sin embargo, solo Lorna y tú recordaréis lo que suceda, y deberéis vivir con ello una vez estéis vuelta.

Jenny gruñó. Cuanto más hablaban, más se convencía de que las dos se aferraban a puras supercherías. Pensó en marcharse, abandonar aquella estúpida terapia y conversar directamente con Bran. Le diría lo que quería decirle cara a cara, sin viajes temporales.

—Recuerda, Jenny... Mencionaste cómo sentías la hierba de Urquhart, el viento, el olor del lago —insistió Nicole—. No lo imaginaste todo, lo sabes, ¿verdad?

Cerró los ojos por un instante. Dudó: ¿y si su mente había tomado aquellos recuerdos y le estaba jugando una mala pasada? Había deseado tanto volver... ¿Qué podía perder por intentarlo?

—Muy bien —dijo—. Probaremos una última vez. Si no funciona, volveré a casa y haré las cosas a mi manera.

Nicole y Lorna asintieron. Como las otras veces, Jenny tomó el vaso de agua, bebió y se apoyó en el respaldo del asiento.

—¿Lista?

—Estoy preparada.

Nicole le recordó las normas. Jenny murmuró la nueva palabra segura. Pensó en Urquhart, en Bran y apretó con fuerza la mano de Lorna.

—Cierra los ojos.

Poco a poco la voz de Nicole fue sonando distante, hasta apagarse, y todo se quedó a oscuras.

Un eco distante resonaba en su cabeza: «Abre los ojos». Jenny intentó obedecer, sin embargo, la luz le obligó a cerrarlos de nuevo. Una vez más, sus párpados se levantaron. Urquhart en todo su esplendor la saludó desde un ángulo extraño.

Intentó incorporarse al comprender que el castillo no estaba en ruinas, sin

reparar en su postura. Al moverse, la rama del árbol que la sostenía crujió. Volvió a su posición inicial, pero ya era tarde: el crujido llevó a un chasquido y se precipitó al suelo.

Todo se volvió borroso.

Segunda parte – La niebla

Capítulo 5

Alrededores de Urquhart, Glen Urquhart, 1516

—Deberíamos asediar el castillo y dejar que esos indecentes perezcan. ¡Acabar con sus vidas miserables para poner fin a esta afrenta!

—Basta, James.

—Pero, padre...

—¡He dicho que basta!

La mano del joven James Grant de Freuchie temblaba cuando la apartó de la empuñadura de su espada. Algunos hombres de confianza de su padre reían y opinaban que el arma le pesaba demasiado, todavía.

No podía estar más en desacuerdo.

Aquellos mismos guerreros asistían pasivos a la toma del castillo, que se había prolongado por más de dos años. Mientras, los Macdonald campaban a sus anchas dentro de las murallas, humillando a sus habitantes y disponiendo de las riquezas y el ganado según tenían a bien.

Las mismas tierras que James IV había cedido a su padre, junto con el castillo, eran ahora presa del enemigo, tras la muerte de su majestad en la batalla de Flodden. Entre tanto, Lord Grant había replegado sus fuerzas a la espera de tiempos mejores. Nada podía hacer contra Lord Macdonald, decía, cuando se decidía a sembrar el terror en el Glen.

James no estaba dispuesto a soportar las humillaciones de quienes todavía lo llamaban chiquillo y mucho menos las de sus enemigos. Él era un hombre, el heredero del lord. No obstante, alejó la mano de la espada y contempló el castillo a poco más de dos kilómetros.

Los Macdonald habían detectado su presencia en el valle y varios hombres armados custodiaban la torre de entrada. El puente del foso estaba abierto, presto a dejar paso a los guerreros más fieros del clan si se acercaban demasiado.

Pero incluso ellos sabían que nada ocurriría. James había acompañado a su padre a Glen Urquhart varias veces tras la toma del castillo y jamás habían hecho sino contemplarlo antes de replegarse a los dominios más próximos de la familia, en Corrimony. ¡Cómo debían reír aquellos hombres al verlos

alejarse con las manos vacías! El propio James maldecía a su padre por ser tan cobarde.

—Mirad bien, hijo; mirad bien lo que pronto volverá a ser nuestro —dijo lord Grant, como si le hubiera leído el pensamiento.

—¿Y cómo lo arrebataréis a los Macdonald viéndolo desde la lejanía?

—Sin duda, hijo, algún día habréis de ser llamado James el osado. —Varios hombres echaron a reír—. Por lo pronto, aprended de vuestro padre y sabed cuándo no es prudente desenvainar. ¡Volvamos al campamento!

Las risas de aquellos guerreros seguían retumbando en los oídos de James cuando la pequeña comitiva se puso en marcha. Él, sin embargo, permaneció quieto sobre su montura.

—Reíd, sí —murmuró—. Y que ellos también rían mientras marchó sobre el castillo.

Lord John y sus hombres se hallaban ya a más de cien metros cuando un estruendo cercano hizo volverse a James. El caballo, sobresaltado, se alzó sobre sus patas traseras y a duras penas pudo contenerlo. Risas, más risas siguieron a su caída, en especial cuando los hombres, desde lo lejos, lo vieron en pie al poco, cubierto de barro.

—¡James *el osado*! —oyó carcajearse a algunos.

El calor lo invadió; así ocurría siempre que la ira se abría camino. Se había dado un buen golpe en el hombro, pero el dolor lo sentiría más tarde. Lord Grant puso orden y lo instó a regresar junto al resto del grupo. James corrió tras su caballo, que relinchaba y se removía en un claro próximo. Hizo lo que pudo para calmarlo y finalmente logró tomar las riendas.

—¡Volved ahora, estáis demasiado cerca del castillo! —insistió su padre.

James estaba presto a obedecer cuando escuchó un quejido en la arboleda próxima. Tras desmontar, desenvainó su espada y se aproximó al lugar, en guardia.

—¡James!

La voz de su padre se hizo más tenue al sumirse entre la arboleda. El joven avanzó despacio, sin apenas hacer ruido, hasta dar con el origen de aquellos sonidos tan extraños.

Entonces vio a la muchacha, envuelta en un lienzo de tartán descolorido, tendida en el suelo, inconsciente. Tenía el cabello largo y rubio, ligeramente

ondulado, y una piel blanquísima. James miró a ambos lados, guardó la espada y se acercó a ella tan aprisa como pudo.

—¿Os encontráis bien, señora?

La joven sangraba profusamente de una herida en la cabeza. Trató de detener la hemorragia rasgando un pedazo de su camisa y apretándolo contra la herida. Los labios suaves y rosados de la muchacha se movían pero no pudo descifrar lo que decían.

—¡Maldición! ¿Podéis oírme?

—¡James!

El choque distante de espadas le obligó a darse la vuelta.

—¡Huid, James!

Al levantar los ojos de la muchacha comprendió que había sido rodeado. ¡Una trampa, aquellos malditos Macdonald le habían tendido una trampa! No tenían honor, si ellos habían agredido a la muchacha de aquella manera con tal de distraerlo.

James desenvainó la espada. Durante la toma de Urquhart debió huir junto a su madre y sus hermanas, pero desde entonces no había pasado un día sin que empuñara el arma y se dejara la piel en cada entrenamiento, preparándose para devolver a los Grant el lugar que les correspondía.

El primer tartán de los Macdonalds se dejó ver a su derecha y James avanzó hacia él sin dudar. El hombre, un pelirrojo fornido de mediana edad, rió ante su ofensiva, sin embargo debió callar cuando la espada de James le provocó un corte en la mejilla. Lucharon con fiereza; el joven guiado por la ira, su adversario debatiéndose entre la sorpresa y la experiencia.

Aparecieron más hombres en distintas direcciones y la furia de James se acrecentó. El guerrero de los Macdonald, confiado, bajó la guarda y James le alcanzó en el costado. La sangre lo salpicó todo pero solo sirvió para bañarlo de fuerza. Poco tardó en desarmar a su segundo atacante y a los dos que lo siguieron.

—Vos sois el heredero de Lord Grant, ¿no es cierto?

La voz de uno de los guerreros le obligó a detenerse. Seis hombres más, a todas luces fuertes y experimentados, lo rodeaban en todas direcciones. El más joven, de cabellera rubia, fue quien tomó la palabra. Entonces la voz del padre de James, procedente de sus recuerdos, aplacó su ira de un plumazo.

«Sabed cuándo no es prudente desenvainar».

—Así es —contestó.

—A Lord Macdonald no le gustará saber que los Grant merodean tan cerca de su castillo.

—No hacía sino socorrer a la joven que habéis utilizado como señuelo para esta emboscada. ¡No tenéis honor!

La sorpresa de los hombres cuando descubrieron el bulto entre la maleza no pasó desapercibida a James. El guerrero rubio se acercó a la muchacha. Notó cómo sus pupilas se dilataban al reparar en la piel blanquecina y las facciones bellas de la joven. A su señal, uno de los hombres la cargó en brazos

—Llevala al castillo. —ordenó. Después de giró hacia él—. En cuanto a vos, no existe tal emboscada, vuestra estupidez os ha traído hasta el límite de lo razonable. ¡Apresadlo!

James dispuso de unos preciados instantes antes de que los guerreros obedecieran la orden. ¿Debía atacar o esperar? Enseguida comprendió que su valor como rehén era nulo, pues los Macdonald contaban con el castillo. ¿Qué podía ofrecerles lord Grant a cambio de su libertad que aquellos bastardos no tuvieran ya? Por primera vez James temió por su vida. «Al cuerno», se dijo. Si encontraban su cadáver, que su espada estuviera manchada con la sangre de varios hombres.

Entonces escuchó un grito familiar y el guerrero que estaba tras él cayó al momento. James reconoció a Patrick, uno de los miembros de su guardia. No le dio tiempo a comprobar si además de él se les había sumado algún otro guerrero. Blandió la espada contra el hombre más próximo, con tanta furia que logró derrotarlo tras un par de estacadas. Patrick luchaba con la misma bravura cerca de él y a los pocos minutos restaban solo dos de sus adversarios: entre los que se encontraba el hombre rubio que había reconocido. Recordando la forma en que había mirado a la muchacha, James lo desafió con la espada y se enzarzaron en un cruce de metales. El tipo era tan alto y fuerte como él y sabía luchar, no cabía duda. Escuchó a Patrick gritar triunfal a pocos metros de sí: el más viejo de sus adversarios había caído malherido.

—¡Brandom! —gimió aquel.

El guerrero rubio se giró y James utilizó su descuido para derribarlo. Cayó

aturdido pero cuando se disponía a rematarlo un dolor agudo le quitó la respiración. James tardó unos instantes en comprender que había sido alcanzado por un disparo. La bala se había hundido en su hombro izquierdo y la sangre no tardó en brotar. El peso de la corta aunque intensa batalla recayó de pronto sobre él. Un segundo proyectil rozó su cuerpo y cayó al suelo. Escuchó a Patrick gritar. Su voz cada vez sonaba más distante, como si una niebla espesa lo envolviera todo. Incluso los párpados le pesaban.

Poco antes de dejarse vencer, reparó en la muchacha herida, tendida junto a él. Había abierto los ojos, color verde claro, y lo miraba sin moverse. Sus pupilas se mantuvieron unos segundos en contacto, segundos en los que James se sintió reconfortado.

Luego todo se volvió oscuro.

Capítulo 6

Torre de los Grant, castillo de Urquhart, horas después Sintió dolor y supo que estaba viva.

Recuerdos borrosos plagaron su mente: unos ojos negros, el tartán, el castillo como suspendido del cielo, el paño y una voz firme: «¡Señora!».

—Señora, ¿estáis bien?

El mareo la invadió al incorporarse pero logró abrir los ojos. Dos mujeres con delantales sanguinolentos la observaban con preocupación.

—¡Acostaos de nuevo! La herida todavía está abierta y tenéis calentura. No debéis moveros.

La mujer que habló era robusta y entre su cabellera canosa todavía podían distinguirse algunos mechones pelirrojos. La joven que la acompañaba, de pelo castaño claro, le resultó vagamente familiar. Se dejó acostar de nuevo entre los almohadones.

—No debéis temer. Os encontráis en el castillo de Urquhart, señora, a salvo bajo la protección de lord Macdonald. Podéis estar tranquila —le aseguro la mayor—. ¿Cómo os sentís?

Se frotó los ojos y la sensación de mareo disminuyó poco a poco. Jenny... ¡Jenny! Su nombre era Jenny, de eso podía estar segura, tanto como del dolor que le taladraba la sien. Pero...

—¿Dónde estoy? ¿Cómo he llegado hasta aquí? —Se aferró con fuerza a los brazos de aquella mujer, presa de una agitación repentina—. ¿Quiénes sois vosotras? Por favor, decidme qué ha ocurrido...

Las dos mujeres se miraron entre sí.

—Debéis descansar. Os golpeasteis en la cabeza, debieron asaltaros y dejaros al borde del camino. Así os encontró Bandom.

—¿Bandom? —Jenny apretó con más fuerza el brazo de la mujer. Bandom, Bran... Supo que aquello era importante—. ¿Dónde está él? ¡Quiero verle!

—¡No os agitéis! Lo mandaré llamar, pero tumbaos.

Jenny asintió varias veces y se dejó arropar. Su corazón latía a toda velocidad, aunque sus recuerdos... seguía sintiéndose mareada.

—Quedaos con ella, Lorna.

—Sí, señora Gowan.

Lorna, la doncella más joven, la observaba con preocupación. Hundió un paño en la palangana de agua fría que descansaba junto al camastro y luego lo colocó sobre su frente.

—Nunca imaginé que tu llegada aquí fuera tan accidentada —murmuró—, ni que escogieras traernos a este lugar.

Jenny frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Vio la preocupación crecer en el rostro de Lorna y solo pudo agarrar su mano. Sintió algo parecido a la culpa, algo como...

—Me alegra veros despierta, señora.

Jenny giró la cabeza en dirección a la puerta. Aquella voz... no era la de sus recuerdos más inmediatos pero logró en ella un efecto más reconfortante que el de los paños fríos.

Pronto vio a su propietario, junto a la señora Gowan: un joven de unos veinticinco años, alto y musculoso, con el cabello suelto y rubio sobre los hombros. Líneas rojas atravesaban los cuadros verdes y azules de su *feileadh mor*. Jenny se sorprendió de lo rápido que aquella palabra extranjera había acudido a su memoria. Aquel entorno le resultaba desconocido pero a la vez familiar... Igual que el portador del tartán. Sus ojos se detuvieron en las fuertes piernas de él, desnudas y visibles entre los pliegues de la tela.

—Se... señor.

—Decidme, ¿cuál es vuestro nombre?

—Jenny, señor.

—Sed bienvenida, Jenny. —Se sonrojó cuando el hombre avanzó en su dirección y la saludó con una pequeña reverencia—. Mi nombre es Brandom Macdonald, yo mismo os traje hasta aquí. ¿Recordáis qué os sucedió?

Jenny negó con la cabeza.

—Señora —terció Lorna—, debéis descansar si no queréis empeorar. Milord, os pido que...

—Varios miembros del clan de los Grant merodaban por los alrededores del castillo cuando os encontramos —la interrumpió Bran—. Sabed que dos de ellos han sido apresados y serán ajusticiados por vuestro asalto, en nombre del lord.

—Os... os lo agradezco.

—Ahora decidme, ¿qué os trae por estas tierras? ¿Viajabais sola, acaso?

—Milord, apenas ha recobrado la consciencia, parece confundida...

Brandom fusiló a Lorna con la mirada cuando esta lo interrumpió una vez más. Jenny suspiró.

—Mis recuerdos son borrosos, señor. No... no estoy segura de lo que ocurrió. —Una lágrima surcó su mejilla—. De todas maneras, gracias por haberme salvado.

—No os esforcéis. Lorna y la señora Gowan cuidarán de vos hasta que estéis restablecida. — El índice de Brandom recorrió con suavidad el camino desde la barbilla de Jenny hasta la comisura del ojo, llevándose consigo su lágrima—. Hasta entonces, sentíos como en vuestra casa.

Un estremecimiento sacudió a Jenny. Las manos de él manos eran toscas pero irradiaban un calor que la reconfortó. Brandom abandonó la estancia seguido de la señora Gowan. En cuanto hubo salido, Lorna hundió el paño en el agua con más brío del necesario.

—Debes tener cuidado con él, Jenny —dijo al poco.

—Gracias a él estoy a salvo. Ahora... ahora es lo único que tengo.

Todavía aturdida, se dejó caer en las redes del sueño, un sueño en que la caricia de Brandom descendía por su cuello y aplacaba cualquier atisbo de dolor.

Capítulo 7

Saint Andrews, 2017

«Abre los ojos. Abre los ojos, abre los ojos, abre los ojos...»

Lorna dejó que el aire templado de la habitación la envolviera y le recordara dónde se encontraban. La casa de Nicole seguía exactamente como antes de su partida, igual que su propietaria, sentada frente a ella. Solo la luz

que provenía de las ventanas se había extinguido por completo.

—¿Ocurre algo? —Lorna asintió mientras bebía del vaso de agua que Nicole le ofreció—. Tranquila, explícamelo.

—Tengo miedo de que Jenny no pueda regresar —dijo—. Parece confundida, como si hubiera olvidado lo que la trajo hasta allí, y luego está él... Bran.

—Escúchame bien, Lorna. No vuelvas a regresar sin ella; es peligroso. La conexión que os une puede romperse y más si ella no recuerda cómo habéis llegado hasta allí.

Lorna asintió varias veces. Apuró el vaso de agua y se lo devolvió a Nicole.

—¿Qué debo hacer ahora?

—Volver a su lado cuanto antes —respondió la terapeuta—. Dime, ¿dónde te ha llevado? ¿Pudiste reconocer el lugar?

—Sí, al castillo de Urquhart, del que tantas veces nos ha hablado... Hasta ahí todo bien, salvo por un detalle: el lugar está intacto, repleto de highlanders, guerreros al servicio del clan Macdonald, no sabría datar la...

—1514, 1517 a más tardar —la interrumpió Nicole—. Escúchame bien, Lorna. Debemos confiar en Jenny. Ella conoce bien la época, sabrá desenvolverse. ¿Estás cerca de ella?

—Sí, pero, Nicole, estoy asustada... Cuando le advertimos de que podía ir a parar a cualquier momento, nunca imaginé llegar tan lejos. Ni si quiera yo...

—Lorna, todo irá bien. —Dejó que Nicole le rodeara el rostro con sus manos cálidas—. Tal vez ahora esté un poco aturdida, es normal. No te separes de su lado y asegúrate de que poco a poco recobre la memoria. Es vital, sin la palabra segura jamás podrá regresar.

Las dos miraron el cuerpo inerte de Jenny, en el otro lado del sofá. Su respiración era acompasada y profunda.

—Con respecto a Bran —siguió Nicole—, no hay nada que nosotras podamos hacer. Confiemos en que el cambio de contexto ponga a cada quién en su lugar... De nuevo, le corresponde a Jenny tomar esa decisión. La suerte está echada.

—¿Alguna vez has viajado tan atrás en el tiempo? —quiso saber Lorna.

Nicole asintió.

—No estés asustada. ¿Te desenvuelves bien en el castillo?

—Sí, por ahora sí...

—No importa cuánto tiempo atrás viajes, Lorna. Verás que las personas somos siempre iguales: varían las costumbres, pero en todos lados encontrarás maldad, egoísmo, solidaridad o cariño. No lo olvides. Ahora, cierra los ojos.

Lorna asió la mano de Jenny y obedeció la orden. Pronto el aire cálido de la habitación dio paso al gélido y húmedo espacio entre las paredes del castillo.

Capítulo 8

Prisión del castillo de Urquhart, 1516

James solo había visitado las mazmorras de Urquhart en una ocasión, a los nueve o diez años, después de que John, el bastardo de su padre, lo retara a bajar las escaleras y cerrara la puerta para dejarlo atrapado dentro. Había gritado su nombre varias veces y por respuesta solo obtuvo la risa de su hermanastro desde el otro lado.

Obstinado en probar su valentía, James había descendido el tramo completo de escalones hasta las primeras celdas. Esquivó algunos charcos provocados por las goteras y se estremeció por la humedad gélida y envolvente. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad distinguió la forma de un hombre en una de las celdas del fondo, acurrucado bajo una manta. James avanzó hacia él conteniendo la respiración, preguntándose por qué su padre lo habría mandado encerrar. Lo llamó varias veces, sin respuesta. Cuando solo unos centímetros los separaban, James extendió el brazo con la intención de comprobar si estaba vivo. Al tocarlo, el hombre se desplomó hacia un lado. El hedor fue tal que James corrió hacia la puerta de salida entre gritos. Abrirla le fue imposible pero de vuelta a la zona de las celdas, descubrió una trampilla en el techo que lo condujo a la capilla.

John fue azotado por aquel incidente, y también él mismo, aunque nunca supo la identidad o los motivos que habían llevado al infeliz prisionero hasta las mazmorras del castillo.

James apartó aquellos recuerdos de su mente. Nada más abrir los ojos supo dónde se encontraba. ¿Cómo olvidar aquel lugar, cobijo de sus pesadillas? Más le sobrecogieron el hedor a humedad y putrefacción que el tartán ensangrentado que lo recubría. Supo que estaba malherido pero alguien le había dejado mantas, víveres, comida y un vendaje tosco recubría su hombro.

Varias horas transcurrieron desde su despertar, sin que Patrick recobrar el sentido o alguien asomara a la celda. Su ira se estrelló contra el dolor, los barrotes helados y la oscuridad que imperaba en el lugar. Se obligó a morder un pedazo de pan. Se encontraba muy débil, aunque al menos no

tenía calentura.

Había perdido la noción del tiempo cuando reconoció el chirrido lejano de la puerta de entrada y la luz de una antorcha se abrió camino. Dos mujeres temblorosas, con los rostros cubiertos, esperaron frente a la celda mientras el soldado que las custodiaba manipulaba la cerradura. Sin decir nada, una de las dos se arrodilló a su lado y sacó unos paños del cesto que cargaba. Limpió su herida con la ayuda de la otra muchacha y volvió a colocarle el vendaje.

—Mi guarda lleva horas inconsciente. Atendedlo también —dijo.

—Bastante hacemos asistiéndote —replicó el soldado.

—¡Tonterías!

—¡Baja la voz, insensato! —exclamó el guerrero. Acto seguido le propinó una patada en el costado que lo dejó sin respiración—. ¡Si vuelves a abrir la boca, dejaremos que te pudras aquí dentro!

James dejó hacer a las dos mujeres. A juzgar por el aspecto de sus heridas, no era la primera vez que lo asistían. ¿Por qué tantos cuidados? ¿Lord Macdonald quería conservarlo como rehén o tal vez algún antiguo sirviente del castillo lo había reconocido?

Tanto daba; él seguía dentro de la celda. Midió la fuerza del soldado. Tal vez en dos o tres días pudiera levantarse, si descansaba lo suficiente, y en pocos más lograría derribarlo. En cuanto a las dos mujeres, no supondrían ningún obstáculo. Si tan solo Patrick despertara... Los dos podrían abandonar las mazmorras a través de la trampilla, tomar como rehén a alguno de sus habitantes y atrincherarse en la torre Grant... Él conocía el castillo como la palma de su mano, sería pan comido y su padre estaría orgulloso, lo sabía.

Sin embargo, debía ser paciente, descansar, dejar que la fuerza volviera a él. Con el hombro en ese estado no lograría sostener siquiera un puñal, si lo tuviera.

Las dos mujeres abandonaron la celda y el soldado echó de nuevo la llave. Estaban a punto de marcharse cuando recordó algo importante.

—¿Y la muchacha? ¿Dónde está la muchacha?

Una de ellas, la más joven, se giró ante su pregunta.

—¿De quién habláis?

—Golpearon y abandonaron a esa muchacha, yo mismo trataba de ayudarla cuando los Macdonald atacaron. Decidme, ¿se encuentra a salvo?

—¡Basta de cháchara, salgamos de aquí! Tengo los huesos helados. ¡Vamos, vamos!

El soldado tomó a las dos mujeres del hombro y las empujó hacia la salida. La que había hablado giró la cabeza y lo miró con curiosidad. James debió parpadear varias veces antes de estar seguro: ¿le había guiñado el ojo o solo estaba delirando?

La luz de la antorcha se extinguió poco después.

Capítulo 9

«Jenny. Bran. Urquhart».

La misma niebla que se extendía sobre el lago poblaba la mente de Jenny. Tal era su densidad que no podía adivinarse la otra orilla, solo el frío y la humedad. Como el lago, sus recuerdos. Ella misma en este lado y Bran, quizás, la luz.

Jenny se apartó de la ventana. Sin duda las vistas desde la torre debían ser espectaculares en un día soleado. Lorna le había explicado que la mayoría del Great Glen era visible desde el promontorio del castillo y que las puestas de sol eran las más bellas que jamás hubiera visto.

La fiebre había remitido ya, por lo que decidió poner fin a sus días de reposo. Las damas le prestaron una amplia falda de lana, camisa de lino y un corpiño ajustado, así como una manta de tartán con la que cubrirse del frío.

—Las paredes del castillo devoran el calor —le había advertido la señora Gowan—. Abrigaos bien y no os alejéis de las chimeneas.

Jenny acompañó a la mujer hasta las cocinas, situadas en un edificio anexo. Por primera vez fue consciente del bullicio dentro de las murallas: no cesaban de entrar y salir carruajes repletos de mercancías mientras resonaban los golpes del herrero. Los highlanders entrenaban en el patio, algunos serios, otros entre carcajadas. La niebla no dejaba ver mucho más allá de los muros, hecho que devolvió a Jenny a su humor nostálgico.

—Me alegra veros en pie, señora.

Un sudoroso Bandom las detuvo cuando estaban a punto de entrar en las cocinas. Jenny no pudo apartar la vista de su torso, visible a través de la camisa desabrochada. Sus mejillas se prendieron al instante.

—Gra... gracias, señor.

Bran se enjugó la frente y le dedicó una sonrisa. Dejó la espada con la que había estado entrenando para tomarla de la mano.

—Esta noche esperamos la llegada del lord del castillo, ¿estaréis en la recepción? Le gustará conoceros.

—Claro, señor.

Jenny se aferró a la mano de Bran como lo había hecho al borde de la ventana aquella mañana.

—Querré veros sentada a mi lado. Disponedlo todo, señora Gowan.

La mujer asintió. Un estremecimiento sacudió a Jenny cuando los labios de Bran se posaron un instante cerca de su muñeca. El frío le pareció más intenso cuando el hombre se perdió entre la niebla, de vuelta a sus entrenamientos.

—Veo que os agrada Brandom —dijo la señora Gowan.

—Se ha portado muy bien conmigo.

—¡Ya lo creo! No ha faltado día en que no acudiera a veros. —La mujer la miró muy seria—. Debéis ser precavida. El señor Macdonald es un hombre poderoso, el sobrino mayor del lord. A él se le encomienda el cuidado del castillo mientras el jefe del clan atiende otros asuntos. Sin embargo...

—¡Señora Gowan! —Lorna las alcanzó tras una precipitada carrera—. ¡Menos mal que os encuentro! Uno de los prisioneros ha sido hallado muerto.

—¿El joven Grant?

La mujer parecía consternada.

—No, se trata de su guarda...

—Acompaña a Jenny a las cocinas. Yo mismo avisaré al señor Macdonald y dispondré todo lo necesario. ¡Vamos, muchacha, no conviene que estés desguarecida!

Jenny se dejó guiar por Lorna hasta el interior del edificio.

—¿Ese hombre que ha muerto es uno de mis asaltantes? —preguntó.

—Es miembro del clan de los Grant —explicó Lorna. Luego acercó la boca a su oreja y añadió—: Los legítimos ocupantes del castillo.

—¿Quieres decir que...?

El codazo que recibió la obligó a callar.

—Sígueme, te lo explicaré todo más tarde.

Instalada junto a la chimenea, Jenny se limitó a observar a las mujeres preparar la copiosa cena. Trajeron piezas de caza, verduras frescas y pronto el olor del asado y el potaje asentaron su estómago y la hicieron sentir un poco más viva. No le pasó desapercibida la torpeza de Lorna al desempeñar aquellas tareas culinarias: todas las mujeres rieron cuando una gallina a medio desplumar provocó el caos en la cocina, cacareando y desbaratando cuanto encontraba a su paso. Incluso ella misma se descubrió sonriendo.

—¿Qué significa esto?

La señora Gowan regresó precisamente cuando una de las doncellas más jóvenes asestaba un cacerolazo definitivo al pobre animal. El resto contuvieron sus carcajadas y se apresuraron a recoger las plumas.

—Algún día comprenderás que todo es culpa tuya —masculló Lorna al pasar cerca de Jenny.

Pasado el incidente, la niebla continuaba en su cabeza. ¿A qué venían esos reproches? ¿Por qué Lorna la trataba como si se conocieran de antes? Y si era así, ¿por qué no le explicaba qué ocurría? Jenny suspiró. Solo podía pensar en la cena y en el rato que compartiría con Bran, su única esperanza para poner un poco de luz a todo lo que sucedía.

Por momentos sentía un fuerte propósito: el de mantenerse cerca de él. Y al mismo tiempo aquel lugar le parecía lejano, conocido aunque desconcertante... ¿Qué había sucedido en el bosque? ¿Cuál era verdaderamente el motivo de su estancia en el castillo? ¿De dónde venía ella?

Alegando un leve malestar se retiró a sus aposentos en el tercer piso de la torre. El día seguía nublado y debió atravesar el patio a toda velocidad para que la lluvia no la empapara.

Desde la ventana de sus aposentos vio cómo sacaban un bulto alargado de uno de los edificios del castillo. Dos hombres lo cargaron en la carreta, dispusieron un caballo y cruzaron el foso. Jenny los vio perderse en la distancia... entre la niebla.

Regresaron una o dos horas después, con la carreta vacía. Para entonces, ya había oscurecido y solo las antorchas delataron su presencia.

—¿Jenny, estáis ahí?

Dio un respingo al reconocer la voz de Bran. Sacudió su falda y se apresuró a abrir la puerta de su habitación. Lo encontró esperando al otro

lado, con expresión preocupada.

—No os he visto en el comedor y temía que hubierais recaído. ¿Os encontráis bien?

—Sí... Solo sentía un leve dolor de cabeza, prefería descansar para poder acompañaros esta noche. Pasad, por favor.

Bran había sustituido el tosco atuendo de lucha por su *feileadh mor*. Lo llevaba recogido en el hombro, sujeto con un broche. Como siempre que se encontraba cerca de él, Jenny sintió un calor agradable invadiéndola, que la reconfortaba.

Ambos se instalaron en las butacas próximas a la pequeña chimenea.

—Esos hombres... ¿Es cierto que uno de ellos ha fallecido?

—Deberíais alegraros: los encontramos sobre vos cuando os rescatamos. Dios ha impartido su justicia, no hay nada más que podamos hacer.

Jenny se estremeció pensando en qué hubiera sido de ella si Bran no la hubiera encontrado. Aun así, sintió pena por el hombre muerto.

—¿Qué ocurrirá con el otro? —preguntó.

—Nuestro lord decidirá que hacer. No esta noche; otros asuntos más importantes lo ocupan. ¿Estáis preparada para conocerlo?

—He oído que es un hombre poderoso... Como vos.

—¿Eso os ha explicado la señora Gowan? —Bran echó a reír—. Sin duda, no mentía, aunque esperaba que pudierais comprobarlo vos misma.

Jenny sintió la mano de él muy próxima a su muslo. Aquello, lejos de asustarla, no hizo sino acrecentar el calor que sentía.

—Sois la única persona que me hace sentir a salvo en este lugar —murmuró—. Es... como si os conociera de antes, como si el único sentido de mi viaje hubiera sido encontraros.

Bran sonrió. Apartó la mano de la falda de Jenny para iniciar un camino lento e intermitente desde su nuca hasta el hombro derecho. Los labios de Jenny se despegaron y se abandonó a la sensación cálida y placentera que había comenzado a invadir también su abdomen. La mano de Bran no tardó en posarse cerca de allí, primero sobre la falda y al poco ondeando entre la piel y la tela, avanzando y retrocediendo en círculos cada vez más próximos al tartán. Jenny notó cómo el vello de Bran se erizaba al posar su mano sobre la de él y acompañarla. Cuando el índice comenzó a empujar el cierre de la

falda para abrirse camino, su respiración se volvió entrecortada.

Unos golpes los interrumpieron.

—¿Señor Macdonald? Vuestro tío acaba de...

En menos de un segundo las manos de los dos habían vuelto a su lugar y ambos se habían girado en dirección a la puerta. Un joven esperaba al otro lado. Cuando Bran abrió, se deshizo en reverencias.

—Disculpad... Vuestro tío os manda buscar, acaba de llegar al castillo.

—Decidle que iré a su encuentro enseguida.

Jenny se puso de pie y tuvo la necesidad de acercarse más a la chimenea. Lejos de Bran, todo resultaba muy frío.

—Perdonadme, Jenny, pero debo acudir.

—No os preocupéis.

Bran, en lugar de salir, cerró la puerta tras de sí y la rodeó entre sus brazos.

—Espero veros a mi lado en la cena, más tarde. Una doncella os mandará llamar. Ahora descansad.

Jenny creyó explotar al notar los labios de él sobre su frente. Sin tiempo para nada más, debió dejarlo marchar.

Abrió los ojos y por un instante siguió viéndolo a él, desnudo sobre ella.

—Despertaos, señora. El lord aguarda ya en el salón, se espera que vayáis a presentaros.

Jenny se estremeció por la realidad de su sueño. Cada músculo de Bran y cada pliegue de su piel fueron desvaneciéndose poco a poco tras su despertar. Sonrojada por lo que podía haber murmurado mientras dormía, ordenó a la muchacha retirarse.

—¿No preferís que os ayude a cambiaros?

Notó que había un vestido sobre la cómoda con bordados más intrincados que el que llevaba puesto. Finalmente, aceptó la ayuda de aquella muchacha.

—¿Cómo te llamas? —quiso saber.

—Meribeth, señora.

Todavía algo adormilada, Jenny se dejó desvestir. Los dedos ágiles de Meribeth no tardaron en aflojar su corpiño y los botones de su falda. Poco después se hallaba embutida en el nuevo vestido, luciendo un moño sencillo.

—¿Crees que le gustará al señor Macdonald? —preguntó.

—Estoy segura. Ahora debemos bajar.

Jenny pellizcó varias veces sus mejillas para aportar un poco de color a su rostro y siguió el paso apresurado de Meribeth. Atravesaron el patio principal para llegar al gran salón del castillo. Niebla, niebla por todos lados.

Notó que la guardia de las murallas había sido reforzada y que varios hombres se giraron en su dirección al verlas. Sin duda, la presencia del lord mantenía en vilo a toda la fortaleza. Jenny recordó lo que había mencionado Lorna poco antes de entrar en las cocinas: que los Macdonald no eran los legítimos propietarios del castillo. ¿Temían, entonces, que les arrebataran su posición? Mientras se hacía todas estas preguntas alcanzaron la entrada del gran salón.

Al abrigo de la enorme chimenea, una docena de mesas repletas de guerreros les dio la bienvenida. De la pared lateral, entre ventanal y ventanal, colgaban varios estandartes. El escudo de los Macdonald presidía la mesa principal alargada y vestida con una cuidada mantelería blanca.

Jenny pronto localizó a Bran, sentado a la derecha de un hombre de unos cincuenta años, aspecto feroz y soberbia cabellera entrecana, vestido con el verde de los Macdonald. Esperó una seña, una sonrisa cómplice de Bran invitándola a sentarse a su lado, pero Meribeth la condujo hasta una de las primeras mesas del salón.

—El señor Macdonald os ruega que lo disculpéis. Debe atender algunos asuntos junto a su tío. Espera que encontréis este asiento igualmente a vuestra altura.

Jenny asintió, distraída. Pronto se encontró a solas, abrumada entre las risas y voces de los guerreros. Los que se encontraban a su lado murmuraron al verla pero después continuaron devorando las piezas de caza con el mismo entusiasmo.

—Por fin te encuentro.

Jenny se sobresaltó al notar la mano de Lorna sobre su hombro.

—Pensé que tendría que pasar el resto de la velada rodeada de... — Compartieron una sonrisa cómplice y la muchacha se apresuró a sentarse a su lado—. ¿Ese es el Lord del castillo?

—Lo es —confirmó Lorna—. Por ahora.

Esto último lo añadió muy bajito, como horas antes, en las cocinas.

—¿Todos estos hombres son parte de su guardia?

—Algunos viven permanentemente en Urquhart, como Brandom, mientras el Lord atiende sus compromisos en la corte. Son hombres de total confianza, grandes guerreros encargados de mantener la fortaleza. Otros son solo vasallos, habitantes del castillo antes de que fuera tomado. Se han resignado al nuevo señor para continuar con vida...

Jenny peinó el salón con la mirada, tratando de distinguir unos de otros, pero solo oyó gruñidos, risas y mordiscos.

—El coto de caza nos abastece bien —explicó Lorna—. Y seguirá haciéndolo durante el invierno. No falta leña en el bosque y las vistas del lago son las mejores del valle. Es de comprender que los Macdonald no quieran irse. Sin duda, los Grant deben estar muy molestos, más ahora que su primogénito ha sido hecho prisionero. Además, el invierno...

En su recorrido por el salón, Jenny había tratado de buscar la mirada de Bran, pero él permanecía absorto en la conversación con su tío. Aunque la compañía de Lorna le agradaba, hubiera preferido mil veces estar sentada junto a él, sosteniendo una copa del vino que no dejaba de correr y olvidando de una vez por todas la niebla.

—¿Me escuchas? ¡Jenny!

Al girar la cabeza se encontró con la mirada desaprobadora de la joven. El sonido de un cubierto golpeando la fina cristalería impidió a Lorna iniciar una reprimenda. Los hombres callaron y el lord tomó la palabra.

—Estimados, las buenas noticias me han traído de vuelta a Urquhart: nuestra presencia en el valle se consolida tras la captura de James, el primogénito de los Grant. —El griterío de los hombres obligó a Jenny a cubrirse los oídos—. Sin embargo, no debemos conformarnos —continuó el lord—. Urquhart es solo el comienzo. ¡Pronto el resto del Great Glen estará en nuestro poder!

De nuevo, un clamor ensordecedor se apoderó del gran salón. Cuando cesó, fue Bran quien tomó la palabra.

—Mañana a esta misma hora, James Grant de Freuchie será obligado a jurar lealtad al clan. En caso de negarse, correrá la misma suerte que el guarda encontrado junto a él.

Un murmullo de aprobación se extendió por el salón. Lord Macdonald, en

pie, alzó su copa.

—¡Por el

Lord de las

Islas! —

¡Por el

Lord de las

Islas!

La respuesta fue contundente y decenas de copas chocaron en el brindis. Jenny y Lorna rozaron las suyas.

—Ahora veo por qué la señora Gowan insistía en el poder del lord... — murmuró.

Debió esperar al final de la velada para captar la atención de Bran. Fue apenas una sonrisa, suficiente para compensar su disgusto inicial. A pesar de la insistencia de Lorna, no había logrado pegar bocado, si bien las dos o tres copas que consumió en honor del lord habían ablandado su espíritu. Volvieron a su memoria los recuerdos de su sueño y estos se mezclaron con el calor del vino hasta provocar una sensación parecida a la de la mano de él horas atrás.

—Dime, Jenny, ¿sigues sin recordar cómo llegaste aquí?

Las palabras de Lorna bastaron para romper el placentero hechizo.

—Jenny, Bran, Urquhart —suspiró—. El resto lo cubre la niebla.

—No te sientas sola.

—Lorna, ¿nosotras nos conocemos de antes?

—Así es. Pronto podrás recordarlo por ti misma, estoy segura. Entre tanto, Jenny, debes tener cuidado. No confíes en cualquiera, especialmente en...

—En Bran —completó. Se cruzó de brazos—. A su lado me siento segura, querida. Sé que estoy aquí por él y, como bien dices, pronto podré recordarlo por mí misma. En cambio, ¿por qué habría de confiar en ti, si ni siquiera recuerdo tu nombre?

—Si tanto te protege, ¿por qué no te ha hecho sentar a su derecha esta noche? No te engañes, Jenny. Las normas de este sitio serán distintas, pero él siempre encuentra el modo de negarte el lugar que te mereces.

Jenny sintió una rabia tal que los ojos se le llenaron de lágrimas. Le hubiera gustado contestar a Lorna algo ingenioso pero solo se le ocurrió

ponerse en pie y abandonar el gran salón a toda prisa, incapaz de soportar sus comentarios un minuto más.

Volvió a la niebla, a la densa y gélida niebla que no había dejado de envolver el castillo. Su ira se desinfló al entrar en contacto con ella y, desconsolada, rompió a llorar. La misma espesura que la oprimía sirvió de escondite mientras liberaba la tensión de los últimos días, la impotencia, el desplante de Bran...

—Jenny, ¿estáis bien?

La señora Gowan dejó la bandeja que cargaba sobre los escalones de la entrada al salón. Jenny se dejó abrazar.

—No es nada —sollozó—. Solo quiero que todo sea como antes, que esta maldita niebla desaparezca...

—Todo irá bien, muchacha. ¿Acaso no os ha divertido la cena de hoy? ¿Qué os aflige?

—Siento que no puedo confiar en nadie, menos aun en mí.

—No seáis tan dura. Todavía estáis convaleciente; debéis descansar. Venid, yo misma os prepararé una infusión caliente y os acompañaré a vuestros aposentos. Os prometo que mañana lo veréis todo con otros ojos. Meribeth, ¡lleva la bandeja dentro! Volveré enseguida.

La señora Gowan la condujo hasta las cocinas. De allí seguían saliendo asados pero, sobre todo, jarras rebosantes de cerveza.

—Hombres insaciables, han acabado con todo el vino —refunfuñó la mujer—. Sentaos.

Llenó de agua una cazuela pequeña y la acercó al fuego. Jenny no reconoció las hierbas que añadió, pero al poco un olor mentolado y relajante llenó la cocina. La señora Gowan dejó en sus manos una taza de aquel líquido hirviente y se sentó a su lado.

—No temáis. La hierbaluisa y la camomila calmarán vuestro espíritu y os ayudarán a conciliar el sueño.

Jenny asintió. Bebió en silencio, en pequeños sorbos, hasta que las lágrimas dejaron de recorrer sus mejillas.

—Decidme, ¿este lugar es siempre así, tan frío y oscuro?

—No siempre lo ha sido, Dios sabe que no —la mujer suspiró—. Si os aflige la niebla, pensad que cuando sale el sol el paisaje es luminoso e

imponente, el más bello que jamás hayáis visto.

—Ya no sé qué es verdad y que no... ¿Y si me quedo atrapada en esta niebla para siempre?

La señora Gowan echó a reír.

—No hay mal que dure cien años, Jenny. La tristeza no se bebe tan aprisa como el vino pero también se termina.

—¿Trabajabais aquí antes de que llegaran los Macdonald?

La sonrisa se borró de la cara de la mujer.

—¿Cómo decís?

—Solo me preguntaba si...

—Escuchadme bien. No sé quién sois, a quién debéis vuestra lealtad o si mentís cuando aseguráis no recordarlo, pero si volvéis a hacerme esa pregunta, en adelante recibiréis de mí el trato que os corresponde: el de una invitada del lord, ¿entendido? Ahora retiraos.

Jenny, sobrecogida por aquella frialdad repentina, no pudo sino asentir. Recorrió aprisa la distancia hasta la habitación que le había sido asignada dentro de la torre. Una vez arriba se desvistió y permaneció sentada en el borde de la cama, mirando fijamente a la puerta.

No, Bran no iba a venir... Transcurrido un buen rato, suspiró y apartó las mantas a un lado. Echa un ovillo, no tardó en quedarse dormida.

Capítulo 10

—Os noto muy callada. ¿Ocurre algo?

Jenny caminaba del brazo de Bran por la parte superior de la muralla. No era seguro franquearla, por la persistente niebla, así que él había insistido en pasearan por el interior. «Te vendrá bien el aire fresco», había dicho. Sin duda también lo agradecería Bran, a juzgar por sus ojeras y su voz ronca.

—Veo que anoche festejasteis la llegada de vuestro tío por todo lo alto —dijo, sin ocultar su enfado.

—Así es —repuso él—. Compartir las victorias con los guerreros del clan es necesario. Muchos llevan años separados de sus familias por el bien de todos nosotros.

—Ya.

Jenny se ablandó un poco al sentir la mano firme de Bran acariciando su

espalda. Él continuó aquel juego sin decir una palabra, hasta lograr acelerar su respiración.

—Esperaba veros al final de la cena, pero desaparecisteis del comedor.

—Vos habíais prometido sentarme a vuestro lado.

—No insistáis; debía atender varios asuntos junto a mi tío. No obstante, si os hubierais quedado un rato más, dad por seguro que hubierais ocupado ese lugar.

La mano de Bran había iniciado un descenso lento pero firme hacia la parte más baja de su espalda. Jenny suspiró; quizás se había ahogado en un vaso de agua la noche anterior y él tenía razón. Había sido una tonta volviendo a sus aposentos, culpándolo a él por atender sus deberes... Definitivamente, se había portado como una chiquilla.

A pesar de la presencia de los guardias, caminaban cada vez más pegados hacia el ala del lago, la de menor vigilancia.

—Decidme, Jenny, ¿vuestros recuerdos siguen siendo borrosos?

—Como tapados por la niebla.

—El joven Grant pagará hoy por lo sucedido, estad segura.

—Os lo agradezco. Confío en vos y sé que lo pondréis en su lugar. Sin embargo...

El grito de un soldado rasgó el silencio. Al oírlo, Jenny se vio envuelta por los brazos de Bran y arrojada al suelo. Tardó unos instantes en comprender lo que ocurría.

—¡No te muevas! —le ordenó él—. ¡Contra la muralla!

Jenny gateó en la dirección indicada. Y así, en medio de la batalla, los gritos y las balas que comenzaron a surcar la neblina, se encontró mirando los ojos encendidos de Bran, de un Bran distinto...

—*¡Contra la muralla!*

Él se encontraba a varios metros de ella y sostenía un objeto familiar pero que no había visto en el castillo... «Nikon», pudo leer mientras él continuaba gesticulando.

—*Así no, ¡más a la derecha!*

Jenny notaba la pared rocosa y desconchada tras de sí. Un flash de luz siguió a las palabras de Bran. Parpadeó y se encontró de nuevo junto a él, que la zarandeaba.

—¿Es que no me escuchas? ¡Sigue andando, tenemos que salir de aquí!

Aturdida, se apresuró a obedecer. ¿Qué había sido aquello? Mientras caminaban agazapados junto a la muralla, en busca de la salida, se preguntó a qué se debía su visión. Un recuerdo, ¿tal vez? Entonces, ¿por qué todo parecía tan diferente?

Descendieron a toda prisa por las escaleras que conducían al patio. Bran había desenvainado la espada y entregó a Jenny a la primera doncella que se cruzó en su camino.

—¡Rápido, refugiaos en el gran salón!

Jenny se dejó arrastrar por la muchacha y pronto estuvo a salvo en el interior del edificio. No tardó en reconocer a Lorna, que como el resto de los habitantes del castillo, había sido pillada por sorpresa.

—¿Serán muchos hombres? —preguntó su compañera, temblorosa.

Jenny se encogió de hombros. Su visión sobre Bran seguía más fresca que la propia batalla.

—¿Estás bien?

—Sí, es solo que... He recordado algo muy extraño. Quizás lo haya imaginado, no lo sé.

Le contó a Lorna lo que había visto.

—No te preocupes, seguro que se trata de la primera vez que viniste al castillo, con él —dijo.

—¿Entonces también lo conocía de antes?

Lorna pareció dudar antes de responder:

—Lo mejor es que recuerdes todo por ti misma, no quiero aturdirte. Por otra parte, no estoy segura de que lo conocieras tanto como crees.

Aquella respuesta tan ambigua, sumada a la incertidumbre de la espera, provocaron en Jenny una sensación desagradable. Poco a poco se hizo el silencio en la habitación y comenzaron a llegarles los ruidos procedentes del exterior: espadas, disparos, golpes y sobre todo alaridos de highlanders, quién sabe de qué lado de la muralla.

Cuando la puerta del gran salón se abrió de par en par, todos se agazaparon contra el suelo, hasta que alguien distinguió la silueta de Brandom.

—¡Dejad paso a los heridos! ¡El asalto ha terminado!

Un murmullo inicial dio paso a los aplausos. Las mujeres se organizaron rápidamente para trasladar a los heridos; no demasiados, por lo que Jenny pudo ver.

—¿Os encontráis bien? —quiso saber, al pasar junto a Bran.

—No os preocupéis por mi. Varios hombres saltaron el foso y trataron de escalar la muralla, aprovechando la mala visibilidad. Por suerte no eran muchos y pudimos reducirlos rápidamente.

—Menos mal...

—Subid a la torre, no quiero que sufráis daños si se repite la ofensiva.

—Pero, ¿y vos?

—Las defensas del castillo son buenas, aunque mientras persista la niebla no podemos bajar la guardia. Os veré esta noche, en el juicio. Si vuelven, encontrarán el cadáver del joven Grant como respuesta.

La mirada fiera de Bran estremeció a Jenny. No opuso resistencia cuando Lorna tironeó de ella y la condujo de vuelta a la torre. Debieron separarse a mitad de camino, cuando la señora Gowan pidió la ayuda de su compañera para asistir a los heridos.

Ya en sus aposentos, Jenny se asomó por la ventana. A pesar de la niebla pudo adivinar el contorno de varios cuerpos amontonados en el foso; tartanes rojos, estuvo segura, bien distintos a los del clan Macdonald. Se sentó frente al fuego y cerró los ojos, con la esperanza de que otros recuerdos volvieran a ella

Supo que la espera hasta la tarde sería muy larga.

Capítulo 11

Las heridas de James sanaban más lento de lo esperado y la marcha de Patrick lo había dejado a solas y a oscuras. No era mucha la compañía que podía ofrecerle el cuerpo inerte del guarda pero entre aquellas paredes se sentía tan niño que hasta su presencia lo reconfortaba.

Por momentos la idea de golpear al soldado, escapar por la trampilla y tomar el castillo desde su interior lo llenaba de fuerza. Sin embargo, la mayor parte del tiempo lo consumía dormitando, aquejado por la sed y el dolor. Cualquier batalla era más difícil de pelear entre barrotes húmedos, con la piel sangrante y el espíritu consumido por la desesperanza.

Las dos mujeres no se habían dejado ver desde la marcha de Patrick. Definitivamente, James no podía atribuir su hospitalidad y cuidados al enemigo. Se preguntó quiénes eran ellas y por qué lo habían ayudado, cuando todo el castillo debía desear su muerte. Tal vez, después de todo, algunos de los residentes antiguos continuaban con vida y habían reconocido en él al niño, no al hombre...

Un chirrido familiar rasgó el silencio de la prisión. Pensó que a él seguiría el tintineo de las llaves y el carraspeo de su carcelero, pero para su sorpresa solo las dos mujeres atravesaron la distancia que los separaba.

—¿James?

Los latidos de su corazón se aceleraron al reconocer esa voz tan querida y extrañada. Cuando la señora Gowan descubrió su rostro, quiso llorar como el niño que era la última vez en que se vieron.

—Todo este tiempo has estado cuidando de mí —murmuró él—. Debí haberlo imaginado.

—No iba a dejar que estos salvajes te dejaran morir. Fue suficiente con sacar de aquí a Patrick...

La señora Gowan tenía en su poder todas las llaves del castillo excepto la de aquella prisión, pensó James, de ahí que debiera tomar sus precauciones. Asió las manos de la mujer entre los barrotes y su calidez le devolvió la esperanza.

—Tu padre intentó atacar el castillo hace unas horas, así que he aprovechado el revuelo para verte. Los Macdonald quieren juzgarte esta tarde, pero no habrá justicia alguna... Vengarán sus muertos de la mañana y

lanzarán una advertencia a cualquiera que planea atacar de nuevo.

—Debo salir de aquí cuanto antes.

—Apenas puedes levantarte y el castillo está lleno de guerreros, James. No es seguro.

—¿Y si lo escondemos en alguna parte?

James se volvió hacia la joven que acompañaba a la señora Gowan. Era la misma de las otras veces, estuvo seguro; la que había mostrado interés en su encuentro con la muchacha fuera de las murallas.

—Lorna, no alientes su temeridad. Debemos mantener la cabeza fría, pensar una solución...

—Si permanece aquí lo matarán esta misma tarde. Brandon Macdonald se llena la boca diciéndole cosas así a Jenny, como cortejándola, aunque lo único que busca es reafirmar su poder frente al lord y mantener la posición del castillo.

—¿Jenny?

—La muchacha que dicen que atacaste... Ahora no recuerda nada y esta tarde se convertirá en el argumento perfecto para condenarte.

James recordó la mirada que había cruzado con aquella muchacha poco antes de perder el sentido... Su instinto de protección lo había hecho caer en una trampa. ¿Osadía o tal vez debilidad? La decisión de ayudarla lo mantenía ahora prisionero y había puesto a su clan en jaque.

—Permanecerás aquí hasta la hora del juicio —decretó la señora Gowan—. Entre tanto, reuniré a varios hombres fieles a tu padre dispuestos a defenderte e inventaremos algo para sacarte del castillo. Dos años son demasiado tiempo, pero quedan algunos Grant entre estas paredes que desean tanto como tú el final del conflicto.

James suspiró. Si su temeridad había servido para que los Grant reaccionaran, al menos no había sido en vano. Sin embargo, para él no era la hora de desenvainar; tampoco aquel día. Debía confiar en su clan y esperar al momento propicio para actuar.

La señora Gowan limpió sus heridas y le dio de beber una infusión de sabor intenso, todavía tibia. Poco antes de salir, Lorna le tendió un pequeño paquete alargado.

—Coged fuerzas para esta tarde.

James asintió. Las dos mujeres se cubrieron los rostros y salieron aprisa. Aunque no sentía hambre, algo en la mirada de la joven le instó a desenvolver el paquete.

En lugar del pan que esperaba encontró una daga afilada, cubierta de manchas de sangre. ¿De dónde la habría sacado Lorna? Seguramente se había perdido durante la batalla y la había escondido en lugar de devolverla. James se apresuró a blandirla, pensando que se manejaría con ella mejor que con cualquier espada, pues su hombro seguía herido.

Sonrió. Tal vez la daga de Lorna no contara con la aprobación de la señora Gowan, pero él ya sabía qué hacer con ella.

Capítulo 12

El sonido de pasos en el corredor alertó a Jenny. Desde el ataque, todo parecía sumido en un extraño silencio, roto a ratos por el aleteo de algún pájaro merodeando la torre.

Aunque la posibilidad de que se tratara de Meribeth o Lorna rondó su mente, pensó que sería bueno hacerse con un objeto pesado. Bran se lo había advertido: el peligro no cesaría hasta que se disipara la niebla y esta seguía tan presente en el aire como en su cabeza. Tomó el atizador del fuego y se situó junto a la puerta.

El crujido de la madera la llenó de adrenalina. Había alguien y caminaba en su dirección de forma sigilosa, no como lo habría hecho alguna de las doncellas. Cuando la puerta se abrió unos centímetros contuvo el aliento. Una ráfaga de aire le confirmó que el intruso estaba en la habitación. «¡Vamos!», se dijo. Y sin pensarlo más descargó el atizador sobre él con todas sus fuerzas.

Un hombre, se trataba de un hombre... Cuando Jenny reconoció la cabellera rubia de Bran, se llevó las manos a la cabeza.

—¡Oh, no!

Él había caído de rodillas, doblado por el dolor. Jenny calculó que le había alcanzado en el costado. Se asomó para pedir ayuda pero él la detuvo agarrándola de la pantorrilla.

—Dios mío, ¿estáis loca? —jadeó.

—Lo siento muchísimo, me asusté tanto... Entrasteis como de puntillas, tan despacio que sentí miedo.

—Callad, mujer, y ayudadme a levantarme.

Jenny se apresuró a hacerlo. ¿Por qué metía la pata con Bran una vez tras otra? Él era el único que se preocupaba por ella y siempre se las arreglaba para decepcionarlo o herirlo de alguna manera, esta vez en el sentido más literal de la palabra.

Caminaron hasta su lecho a duras penas y Bran se dejó caer sobre el colchón, con el rostro todavía contraído por el dolor.

—Dejad que vea ese golpe —murmuró Jenny.

Apartó la camisa para encontrarse con la piel blanca de él. La zona

afectada se veía inflamada pero no había ninguna herida apreciable.

—Sois extremadamente torpe.

—Lo siento, de nuevo... Aceptad mis disculpas, por favor.

Bran sonrió y giró sobre sí hasta quedar por encima de Jenny, oprimiéndola contra el colchón.

—Os perdono —dijo.

La cálida y familiar sensación que invadía su abdomen cuando Bran estaba cerca se instaló con fuerza en Jenny. Se contagió de la sonrisa de él al saberlo recuperado de su estúpido asalto.

—*Te perdono.*

De nuevo el Bran distinto, en la misma postura. La alcoba no era la del castillo, sino un cuarto completamente blanco que Jenny no reconoció. La cadera de él oprimía la suya y pronto notó el bulto. Luego sus manos comenzaron a desvestirla, sin que ella pudiera hacer otra cosa que consentirlo. —*Mírame.*

Las manos de Bran rodearon su cara y su cuello apretando más de lo necesario.

—Miradme.

Jenny parpadeó. Bran volvía a vestir su camisa de lienzo a medio desabrochar y se encontraban en el castillo, aunque él la sujetaba del cuello, como en su recuerdo, y pudo sentir también su erección. Parpadeó varias veces. ¿Con quién de los dos yacía en realidad?

Los dedos de Bran, aunque toscos, demostraron tanta o más agilidad que los de Meribeth a la hora de desabrochar su corpiño. Jenny se estremeció al sentirlos abarcando sus pechos, con una fuerza que la obligó a gemir.

—He deseado esto desde que os vi en el claro —dijo él.

Jenny se entregó a sus labios, que la besaron de forma brusca y presurosa. Bran olía a sudor, a algo más que no supo explicar y que se respiraba aquella mañana entre las murallas. Volvieron a ella las oleadas de calidez, con origen en la parte baja de su abdomen. «También yo lo he deseado», pensó.

Bran alzó su falda y la despojó de las enaguas. Jenny, aunque excitada, no estaba preparada para aquel embiste tan precipitado. La mano de Bran cubrió su boca cuando dejó escapar un grito. El dolor se mantuvo con las primeras sacudidas pero disminuyó cuando Bran relajó su ritmo y las penetraciones se

volvieron irresistiblemente lentas. Su movimiento de caderas provocaba a Jenny calambres placenteros que se extendían en todas direcciones. Pronto estaba completamente en tensión, respirando de forma irregular, concentrada en los movimientos de Bran. Su piel se convirtió en el único botón, presionado en toda su superficie. Jenny supo que el final estaba cerca cuando el calor se volvió intenso y comenzó a sudar.

Entonces Bran la obligó a darse la vuelta y la penetró desde atrás con la brusquedad del comienzo, mientras tiraba de su cabello, hasta quedar satisfecho. Cuando todo acabó Jenny quedó aplastada bajo el cuerpo de él, con las manos cubriendo su sexo todavía ávido, lleno hasta el borde, como una bañera a punto de rebosar a la que de pronto abren el tapón. Sus latidos disminuyeron de intensidad con el paso de los minutos, a medida que el agua escapaba por el desagüe. Cuando Bran se removió, Jenny estuvo segura de que se tendería a su lado y la estrecharía entre sus brazos, en cambio lo vio ponerse la camisa.

—¿No vais a quedaros?

—Tengo cosas que hacer, Jenny.

Se restregó los ojos. De nuevo aquella paranoia, el cambio de vestuario, de ubicación... El cuarto de paredes blancas, la camisa de cuadros, los pantalones de una tela azulada que no había visto en el castillo.

—*Tengo cosas que hacer, Jenny.*

—*Por favor, aunque sea un rato más... —se oyó decir—. Hace semanas que no te quedas a dormir.*

—*Ya te he dicho que no.*

El Bran del castillo tampoco cedió.

—Ya os he dicho que no.

Jenny agachó la cabeza y se refugió entre las sábanas, aturdida por aquel *déjà vu*, pero sin apartar la vista del que parecía haberse convertido en su amante.

—¿Vendréis esta noche?

—Estad lista para el juicio, eso es lo importante ahora —repuso él—. Vestíos, comenzaremos antes de que se ponga el sol.

La besó en los labios antes de colocarse bien el *fedallah mohr* y echar a andar en dirección a la salida. Jenny lo vio marchar, inmóvil, hasta que la

temperatura fresca la obligó a buscar sus ropas por el suelo. Hizo una mueca al levantarse; todavía sentía dolor. Ya vestida, se asomó por la ventana y notó que la niebla había amainado y ya era visible desde allí el pequeño puerto del castillo, incluso la orilla del lago.

Se obligó a sonreír. Cada vez estaba más cerca de Bran, de descubrir su pasado, y sin embargo un peso enorme se habían instalado en su estómago.

¿Qué era aquello, dulce y amargo a un tiempo? Jenny limpió la lágrima que surcó su mejilla y decidió bajar en busca de Lorna.

Capítulo 13

La capilla de Urquhart era un espacio reducido y húmedo. Los Macdonald no habían introducido demasiadas modificaciones, como pudo comprobar James, y es que seguramente aquellos hombres tan poco devotos no habían prestado mucha atención al edificio. No eran tiempos para la oración, sino para la guerra.

James ocultó la trampilla con varias alfombras raídas por la humedad y se escondió bajo el altar mientras pensaba cuáles serían sus próximos pasos. No le había resultado difícil forzar la cerradura de la celda con el puñal, pero llegar hasta la salida fue una historia bien distinta. Tenía los miembros entumecidos, el cuerpo tembloroso y débil. Solo ponerse en pie le supuso un esfuerzo titánico, mayor que todos los entrenamientos que llevaba a sus espaldas desde la huida de Urquhart. Maldijo y se obligo a pensar en las palabras de su padre, a tener paciencia. Media hora más tarde estuvo en condiciones de alcanzar la trampilla. Se había asegurado de esconder bien sus huellas y de disimular el paso secreto para evitar problemas.

La subida fue la peor parte. Puso a prueba su fuerza al depender solamente del brazo izquierdo para impulsarse. Una vez arriba, supo que debía esconderse y actuar rápido porque por muy afilado que estuviera el puñal nada podría detener a los guerreros si lo encontraban. Y no tardarían... La escasa luz que entraba por las ventanas de la capilla le indicó que la tarde estaba más próxima de lo que había imaginado. Cuando acudieran en su busca y hallaran la celda vacía, no quedaría rincón del castillo sin barrer por aquellos bastardos, aunque ello supusiera revolver hasta las letrinas.

El edificio más próximo eran las cocinas, distrito de la señora Gowan, pero no debía ponerla en peligro. Si tan solo su orgullo no le hubiera llevado a vestir el tartán de los Grant el día de su visita, ahora pasaría desapercibido. No había modo de ocultar el rojo y deshacerse de él solo dejaría más pistas al enemigo.

—... ¿Y ahora quieres rezar? Comienzo a pensar que ese golpe en la cabeza te ha afectado demasiado.

—Necesito aclarar mis ideas.

—¿De verdad no podías hacerlo en tu habitación?

James agradeció encontrarse bajo el altar cuando la puerta de la capilla se

abrió de par en par.

—Quiero algo de privacidad. No he visto a nadie cruzar esta puerta desde que llegué al castillo.

—¿Privacidad?

—¡Deja de juzgarme, Lorna! ¡No tienes por qué quedarte, ni perseguirme, ni poner peros a todo lo que digo! ¡Que no tenga recuerdos no significa que sea estúpida!

Lorna, James estuvo seguro de haber reconocido su voz. Y la otra mujer... ¿Jenny, tal vez? La muchacha del bosque.

Contuvo el aliento.

—Crees que conoces a Bran, que puedes controlar todo lo que sucede en este castillo, pero lo cierto es que llevas días someténdote, sin cuestionar su voluntad por un momento.

—¡No hables de Bran!

—Escúchame, Jenny, esto no es culpa tuya... Él sabe cómo manipularte, ¡siempre lo ha sabido!

James se relajó cuando la puerta volvió a estar cerrada. Creyó que las chicas habían salido, hasta que un sollozo rasgó el ambiente.

—Tú no lo entiendes —balbució Jenny—. Él es lo único que recuerdo y siento que haga lo que haga nunca estoy a su altura... Solo quiero estar cerca de él, sentirme segura... Dime, ¿qué estoy haciendo mal?

—¡Nada, ese es el problema! ¿Y él? ¿Acaso está él a tu altura? ¿Qué hace para merecerse tu respeto?

La charla de las dos llevó a James a olvidarse de donde se encontraba. Jamás había escuchado una conversación entre mujeres tan de cerca. En las cocinas del castillo de su hermanastro John todas callaban en cuanto los veían entrar y no volvían a decir palabra hasta que desaparecían. Sus hermanas circulaban silenciosas y devotas por el castillo y solo la tranquilidad de las puertas cerradas propiciaba sus risas.

Miserable debía ser la vida de aquellas mujeres que debían esconderse en la capilla húmeda y fría para hablar sin ser vistas. Miserables como él, prisionero fugitivo de los mismos hombres que ellas.

—¡El joven Grant ha huido!

Un golpe lo devolvió a la realidad. Las dos muchachas quedaron expuestas

cuando varios hombres irrumpieron en la capilla.

—¿Qué hacéis aquí? ¡Debíais permanecer en la torre, por órdenes del señor Macdonald!

—Necesitábamos orar —oyó murmurar a Lorna—. Agradecer a Dios por las vidas salvadas esta mañana, re...

—¡Salid, vamos! Debemos registrar la capilla. ¿Habéis visto al joven Grant?

—No, señor. Y por el aspecto de este lugar, diríase que hace años que nadie lo ocupa...

James cerró los ojos. Era su final, estuvo convencido. Se aferró al puñal con todas sus fuerzas. Rezó, también. ¿Qué podía perder ya?

—¿Habéis visto esa capa de polvo?

—¡Ya ni la señora Gowan entra aquí!

Las risotadas de los hombres sonaron demoníacas en la cabeza de James. En cualquier momento subirían el peldaño que los separaba del altar, revisarían el pesado mueble de madera y...

—¡Despejado! Vámonos de aquí, hasta el señor ha abandonado este lugar. En cuanto a vosotras, ¡terminad vuestras oraciones y regresad a la torre! Nadie debe quedar en el patio hasta que Grant aparezca, son órdenes expresas del lord.

—Como digáis.

La puerta crujió hasta cerrarse. James no podía creerlo, ¡se habían ido! Dio las gracias al Dios que lo había protegido en aquel templo vacío.

—¿Cómo es posible que el joven Grant haya escapado? —oyó decir a Jenny.

—Son buenas noticias para su clan después de lo sucedido esta mañana.

—¿Ahora vas a ponerte de su parte? ¡Estás loca! Bran me lo dijo, ese hombre me asaltó y me abandonó en la intemperie. Espero que lo encuentren pronto.

—No tienes idea de lo que estás diciendo.

—¡Es la verdad! ¡Bran jamás me mentiría!

James pensó en la capilla. En lo que ocurriría cuando las dos muchachas la abandonaran, en la ratonera en que se convertiría el patio del castillo. Si

nadie podía salir, ¿cómo iba a lograrlo él?

—Necesito vuestra ayuda.

Jenny y Lorna gritaron al unísono al escuchar su voz.

—¡No os mováis! Quedaos, por favor. —Alzó sus manos de forma conciliadora después de revelar su escondite—. Lorna, vos sabéis que soy inocente. Si no me ayudáis a esconderme, tarde o temprano los hombres del lord darán conmigo.

James observó a Jenny. Solo una herida todavía cicatrizando su frente empañaba la belleza de la joven. Se veía tal y como la recordaba, eso sí, llena de la energía y la vida que el golpe parecía haberle arrebatado en el claro. Entonces parecía inerte, indefensa. Al oírla hablar le recordó en cierta manera a sí mismo.

—¿No ves que está armado? ¡Debemos avisar a los guardas!

Lorna no lo pensó al agarrar la mano de ella cuando hizo amago de abrir la puerta.

—Yo misma le di ese puñal. Brandom miente, Jenny. Este hombre no es culpable, te doy mi palabra.

—¡Tonterías!

—No dirás nada.

—¡No pienso convertirme en cómplice de mi agresor! ¿En qué estabas pensando al ayudarlo?

—James, no temáis. Por favor, volved a esconderos donde estabais. Los guardas no sospechan de este lugar y podemos acceder a él fácilmente. Jenny no dirá nada...

—¡Tonterías! ¡No vas a impedir que haga lo correcto! ¡Por culpa de este hombre ni tan siquiera recuerdo quien soy!

James suspiró. Escapar a los guardias era una cosa, pero convencer a Jenny parecía otra bien distinta.

—Escuchad, yo mismo os encontré junto al castillo —explicó—. Trataba de ayudaros cuando los Macdonald atacaron. ¿No lo recordáis, tampoco?

Se miraron a los ojos. Cuando Jenny parpadeó, varias lágrimas escaparon de los suyos.

—Volvamos a la torre —medió Lorna—. Dejemos aquí al joven Grant. Si lo encuentran, que sea Dios quien decida.

—¿Ahora sí crees en Él?

—Tal vez las manos del lord estén manchadas de sangre, pero no dejaré que lo estén las nuestras. Por favor, Jenny.

La joven se cruzó de brazos. James contuvo un grito de júbilo cuando movió su cabeza expresando afirmación.

—Escondeos porque no vamos a seguir aquí un minuto más —farfulló —Gracias.

—Dádselas a Lorna.

James volvió a refugiarse bajo el altar. Guardó para sí el rostro vivaz de Jenny, que lo acompañaría en las largas horas de espera que seguirían.

Tercera parte - Un claro en la niebla

Capítulo 14

Primero una bañera vacía. Ahora una marioneta.

Hacía días que Jenny no se sentía mujer o persona, sino un objeto cuya forma iba variando a capricho de los demás. Un objeto perdido en la niebla, pasando de unas manos a otras, aturdido, con breves instantes en los que recordaba su condición humana.

El hallazgo del joven Grant le había devuelto una certeza sobre sí misma: su fuerza. Tal vez los otros creyeran que podían manipularla a su antojo, sin que se diera cuenta, pero ante todo era fuerte. Fuerte y decidida a que su pesadilla terminara.

—No has vuelto a decir nada desde lo de antes.

Al otro lado de la mesa, Lorna. La dulce, sincera y fiel Lorna.

—Me pediste que no dijera una palabra. Es lo que intento.

Mentía pero disfrazó de ira sus palabras. Jenny sabía muy bien lo que debía hacer a continuación: buscaría a Bran y le explicaría con detalle dónde se ocultaba el fugitivo. Sería como dar un golpe definitivo, el que le devolvería su identidad frente a todos los que la veían débil, delicada y carente de recuerdos. Tendrían que tragarse su ira y su lástima a partes iguales porque mientras ellos se escondían amedrentados por el enemigo ella sabía que se encontraba debajo de un altar abandonado, armado con un estúpido puñal. Bran no podría negar que había sido de extremada ayuda.

Nadie podría.

—Por favor, Jenny, no estés enfadada.

—Déjame.

El toque de queda las mantenía atrapadas en la parte alta de la torre, junto a la servidumbre del castillo. De la planta baja llegaban pasos del ir y venir de los soldados en el cambio de cada guardia, informando lo que ellas ya sabían: que nadie había dado con el joven Grant. La hora del juicio había pasado hacía mucho rato y aunque sirvieron la cena nadie parecía tener apetito.

—Lorna, muchacha, necesito ayuda para recoger la comida de abajo. Jenny, ¿por qué no os unís al resto en el salón?

La señora Gowan había pasado toda la tarde de un lado para otro, más alterada que cualquier otro de los Macdonald. A Jenny le sorprendió que le

dirigiera la palabra, después de su encontronazo en las cocinas.

—Gracias, pero estoy bien aquí, señora.

Al verla cuchichear con Lorna y notar cómo se transformaba su expresión, cambió de idea y decidió sumárseles. Tuvo la sensación de que, tras su pequeña charla, la señora Gowan había recuperado parte de su energía. Ya abajo, en el salón, Lorna se le acercó con ojos brillantes.

—La señora Gowan ha tenido una idea —siseó—. Servirá para sacar a James e introducirlo en la torre.

—¿De qué estás hablando?

—Organizaremos una pequeña vigilia en la capilla... Solo mujeres de confianza, miembros del clan Grant. Aprovecharemos el cambio de guardia cada dos horas; nadie se dará cuenta de que hay una más en el grupo al salir. ¿Vendrás con nosotras? Estoy segura de que lord Macdonald no se negará si tú se lo pides.

—¿Estás loca? ¡Pretendes que sea yo quien pida permiso! Y lo que dices de la señora Gowan... ¿Qué será de ella si se enteran de que no es fiel al lord del castillo?

—Baja la voz...

Jenny miró a su alrededor. Varios hombres habían dejado de hablar para observarlas. Se puso en pie sin prometer nada. Definitivamente, había llegado la hora de llevar a cabo su plan. No quería herir a Lorna ni perjudicar a la señora Gowan, pero aquello debía terminar cuanto antes. El fugitivo tenía que pagar por lo que le había hecho... solo así volvería a ganarse el respeto de Bran.

—Hablaré con él.

Se puso en pie y abandonó la estancia en busca del hombre más poderoso del castillo. Nunca había estado en el ala de la torre que ocupaban Bran y su tío, pero siempre había trasiego de sirvientes cargando vino, mensajes y viandas. Aunque fuera su hogar de forma transitoria, los dos sabían cómo disfrutar lo mejor de Urquhart.

Un ruido en el corredor de la planta superior le hizo olvidar su propósito. Jenny pensó en su encontronazo con Bran y trato de relajarse: lo más probable era que se tratase de algún sirviente. Nadie ajeno a los Macdonald podía traspasar la entrada de la torre, ni siquiera el joven Grant, por muy

creativa que fuera la idea de la señora Gowan. No tenía sentido agarrar otro atizador y descargarlo sobre alguien inocente, de eso podía estar segura.

A pesar de todo ascendió despacio hasta el segundo piso. La antorcha del corredor, que debía estar prendida, humeaba en la penumbra.

—No os mováis —oyó murmurar.

Y estuvo casi segura de que se trataba de Bran. En un primer momento pensó que le hablaba a ella, sin embargo comenzaron a llegarle una serie de jadeos y golpeteos rítmicos. ¿Había alguien con él?

Decidió refugiarse en la entreplanta hasta comprender lo que ocurría. No debió dejar pasar mucho tiempo: a los pocos minutos una despeinada Meribeth inició el descenso escaleras abajo, con andar torpe. Ni siquiera miró a Jenny a los ojos al pasar junto a ella.

Todavía sin comprender, Jenny subió un par de peldaños.

—Estáis aquí... ¿Ocurre algo?

A punto estuvo de chocarse con un jadeante Bran. El rubor de su rostro, el cinturón descolocado... Jenny señaló la dirección que había tomado Meribeth y murmuró:

—¿Qué hacía ella aquí?

—Olvidadla, es solo una doncella. ¿Y vos? ¿A qué viene esa cara? ¿Se puede saber a quién buscáis en esta planta de la torre?

De pronto, Jenny lo olvidó todo: su plan maestro para delatar a James Grant, la sonrisa triunfal que había ensayado mentalmente cuando condujera a los guardas hasta el escondite del traidor...

De poco serviría, porque Bran había elegido a otra y eso quería decir que nada, nada de lo que hiciera sería suficiente para ganárselo.

Se esforzó por contener las lágrimas. El peso de su estómago, que había comenzado a intuir por la tarde, se hizo entonces evidente.

—¿Es que no vais a decir nada?

—Necesito... hablar con vuestro tío. Se trata de... de algo importante.

Jenny no supo por qué había dicho aquello. Solo una cosa estaba clara: no le contaría lo de James. No a él. Notó su mirada inquisitiva y el ceño que empezó a dibujarse en ese rostro todavía sonrojado.

—¿Tan importante es como para que tengáis que contárselo a mi tío?

—Así es...

—Muy bien, os acompañaré a verlo.

Jenny cerró los ojos y recorrió la distancia que los separaba de los aposentos principales pegada a los talones de Bran. «No soy una marioneta», repitió para sí, con los dientes apretados.

—Brandon. —El lord los recibió sentado frente a la chimenea de su estancia privada—. ¿Y vos...?

—Mi nombre es Jenny, señor.

—Es la joven a la que encontramos fuera del castillo, tío.

Jenny se dejó examinar por aquel hombre tosco y barbudo.

—Dejadnos a solas, Brandon—dijo con voz ronca.

La mirada fulminante de él la acompañó hasta que, siguiendo las órdenes de su tío, salió de la estancia.

El corazón de Jenny comenzó a latir muy aprisa mientras recordaba el respeto con que todos miraban al lord. Solo ante Bran los había visto comportarse de la misma manera... ¿Habría sido demasiado osada al pedirle audiencia? Bran siempre se había mostrado atento y accesible con ella — demasiado, tal vez— sin embargo, ¿qué podía esperar del jefe del clan, el mismo hombre cruel que aseguraba impartir justicia mientras ocupaba un castillo que no era suyo?

Una parte de Jenny deseaba abofetear a Bran por lo sucedido con Meribeth y la otra, arrepentida de su soberbia, se moría por que estuviera en aquella habitación, junto a ella, dispuesto a escuchar todo lo que sabía sobre James Grant... Lo que fuera con tal de no enfrentarse sola al lord.

—Decidme, Jenny. ¿A qué clan pertenece vuestra familia? —preguntó él mientras se servía una copa.

—Lo desconozco, señor, pero Urquhart y los Macdonald me han hecho sentir como en casa.

—Sin duda la vuestra es una historia extraña. Decidme, ¿recordáis algo del incidente en el claro?

—Nada, señor. Brandon me rescató de los Grant, es todo lo que me ha contado. Luego desperté en el castillo, a salvo. Gracias a él los Macdonald han asegurado su posición en el valle, como vos dijisteis.

Para sorpresa de Jenny el lord echó a reír.

—Mi sobrino es todo un héroe en el Glen, desde luego. Veo que os ha aleccionado bien. Imagino que también habrá tenido mucho que ver en vuestra pronta recuperación.

—Ha estado pendiente de mi siempre que sus obligaciones se lo han permitido, señor.

—Comprendo. Diríase que además de un héroe es un santo. —Lord Macdonald vació la copa y la dejó sobre una mesa con un golpe seco—. Decidme, Jenny. ¿Qué os trae ante mi? ¿Hay algo que queráis contarme? Sabed que no son buenos tiempos en el castillo, no hasta que ese joven Grant aparezca.

Le pareció extraño el tono despectivo que el lord había empleado al referirse a Bandom.

—Lo sé, señor... Veréis —Jenny tragó saliva. «No soy una marioneta, no soy una marioneta». Los ojos negros de James y su mirada intensa acudieron a su memoria—. Quisiera solicitar vuestro permiso para organizar una pequeña vigilia en la capilla. Los ánimos están bajos desde lo sucedido esta mañana... Varias mujeres estamos dispuestas a orar hasta que sea preciso, con tal de que Dios tenga a bien volver la situación favorable al clan y poner a los traidores en su sitio.

—Muy bien, muy bien. Tenéis mi aprobación. —Lord Macdonald sonrió dejando ver una dentadura gastada y temible. Se dirigió hacia la puerta y mandó entrar a su sobrino, que esperaba al otro lado—. Pasad, por favor. Os vendría bien una mujer devota como esta, Bandom, y más si es bonita.

—Tal vez tengáis razón, tío.

—Jenny me han solicitado permiso para organizar una vigilia en la capilla. Acompañadla vos mismo, junto a las que quieran unirse. Dejad, eso sí, alguna doncella para que no se olvide de rezar también aquí dentro.

—Como mandéis.

De vuelta al corredor, Jenny soltó el aire y la tensión acumulados frente al lord. Se estremeció al notar los dedos de Bran sobre su nuca.

—No os hubiera tenido por tan devota durante la tarde —dijo—. ¿Qué tanto hablabais con mi tío?

—Solo quería solicitar su permiso para la vigilia, él os lo ha dicho... Alguien debe rezar por las almas del castillo....

—Vos misma, ¿cierto?

—Así es...

Las manos de Bran se cernieron sobre su cuello y apretaron con fuerza.

—He visto como tratabais de seducir a mi tío. Os aseguro que es un hombre inteligente y no se dejará impresionar por vuestras beaterías.

—¿Cómo? ¡Estáis equivocado! —Jenny ahogó un quejido—. Solo me entregaría a vos, Bran, bien lo sabéis. En cambio... —En cambio, ¿qué?

—¡Negadme que yacéis también con Meribeth, la doncella!

Por fin había reunido el valor necesario para enfrentarlo. Bran negó varias veces con la cabeza. Aflojó su agarre, aunque no la soltó del todo.

—Veis en mí el crimen que queríais cometer. No soy yo, sino mi tío, quien disfruta de su compañía.

Jenny le sostuvo la mirada. ¿Mentían o no sus ojos?

—La vi bajar. El corredor estaba a oscuras y vos...

—¿Esta mañana me tomasteis por un asaltante y ahora queréis acusarme de yacer con una simple doncella? Apartaos de mí, espero que las oraciones os hagan reflexionar. Y de nuevo os advierto: lamentaré escuchar que volvéis a acercaros a mi tío.

Boquiabierta, Jenny se dejó empujar por Bran. ¿Cómo podía pensar que deseaba ganarse el favor del lord si hasta entonces solo había vivido para él mismo? Sus ojos se llenaron de lágrimas, por la impotencia. Lorna debió notar que algo ocurría porque antes de preguntarle sobre su misión, rozó su cuello con dedos temblorosos.

—¿Quién te ha hecho esto?

—No es nada. Tenemos el permiso del Lord para bajar. Díselo a la señora Gowan y coge tu capa; Bran nos escoltará.

—De todos los soldados del castillo, ¿tenía que ser él?

—Ni siquiera tengo razones para hacer esto, ¿recuerdas?

Subieron a sus aposentos en busca de ropa de abrigo y se reunieron en la parte baja con la señora Gowan, que había reclutado un grupo de otras seis mujeres.

—Si de veras no tienes razones, ¿por qué nos has ayudado? —quiso saber Lorna, antes de salir.

Jenny clavó los ojos en el suelo, incapaz de responder a la pregunta.

Las ocho iniciaron la marcha hacia la capilla bajo la atenta mirada de Bran. La luz de la antorcha que portaba apenas les permitía ver a dos o tres metros de distancia, pues la noche provocaba que la niebla espesara. Jenny notó que había más hombres en la muralla, a pesar del frío. Pensó en el Lord, en la hoguera de sus aposentos, y en el poder que le permitía refugiarse en ellos mientras el resto patrullaban sus dominios con los pies y las manos heladas.

—Prended algunas velas antes de hincar las rodillas en la piedra si no queréis perecer congeladas.

La señora Gowan se apresuró a distribuir unas cuantas sobre el altar. Jenny ocupó uno de los asientos de la parte de atrás. Juntó las manos y fingió murmurar como las otras mujeres mientras daba vueltas a lo sucedido en las últimas horas.

Pensar que quería algo con el lord... ¿De dónde sacaba Bran algo así? Su contacto con él había sido breve e impersonal, ni siquiera recordaba su color de ojos... Estando tan próximo el recuerdo de la tarde, no comprendía por qué Bran la imaginaba deseando a otro, por más vueltas que le daba.

Después de la primera media hora, Bran masculló que saldría a supervisar el cambio de guardia. En realidad, se dijo Jenny, aborrecía el ambiente frío y silencioso de la capilla y solo buscaba una excusa para retirarse. En cuanto estuvo fuera, una de las muchachas le indicó que vigilara junto a la puerta. Jenny comprobó asombrada como la señora Gowan sacaba de su vestido un bulto de ropa doblada, que dejó detrás del altar.

Las otras siguieron rezando como si nada, firmes en su papel. James se removió dentro del mueble, probablemente mientras intentaba disfrazarse con aquellas prendas. De no ser por su elevada estatura, parecería una más de ellas, pensó al verlo salir. Entonces reparó en su cuerpo fibroso, su cabello negro y despeinado... Apartó rápidamente la mirada cuando sus ojos se cruzaron y él le dedicó una sonrisa. La señora Gowan lo ayudó a arrodillarse en el banco de la primera fila e hizo una señal para que Jenny volviera a su asiento.

—Si Bran regresa, notará que hay una más de nosotras —objetó.

—Tenéis su favor. Ocupaos de que solo os mire a vos y no se dará cuenta.

—¿Lo tomáis por idiota?

—Os aseguro que preferiré escoltaros de vuelta a la torre antes que permanecer aquí velando por todas nosotras.

Jenny tragó saliva. Aquel asunto estaba llegando demasiado lejos. Cuando la puerta volvió a abrirse todas dieron un respingo. No se trataba de Bran, sino de un guerrero distinto, mayor.

—¿Y el señor Macdonald? —preguntó Jenny, usando su tono más inocente.

—Tiene otros asuntos que atender. Acercadme una vela, ¡el frío en este lugar es peor que el de la muralla!

Fueron las horas más largas de su vida. Jenny no supo decir cuánto tiempo había pasado; sí que jamás fuera participar en alguna clase de vigilia, auténtica o no. Finalmente el soldado ordenó que debían retirarse.

—Si vuestros rezos no han surtido efecto a estas alturas, dudo que lo hagan ya. ¡Volvamos dentro!

Se colocaron en fila y abandonaron presurosas el recinto sagrado. Jenny volvió la vista atrás: apenas se distinguía la silueta del joven Grant cerrando la comitiva. Por fin la niebla demostraba alguna utilidad.

El guarda de la torre las dejó pasar sin preguntas. Subieron las escaleras hasta el último piso sin que nadie las detuviera. Solo la señora Grant se desmarcó de la comitiva cuando pasaron frente a su habitación. Le tomó de la mano y murmuró:

—Acompáñame, Jenny.

Permanecieron quietas junto a la puerta hasta que el resto de mujeres desaparecieron de su vista.

La señora Gowan dio varias vueltas antes de sentarse en uno de los sillones frente a la chimenea. Luego, con voz grave, tomó la palabra.

—Jenny, lamento mucho nuestro encontronazo la noche de la fiesta. — Después de una larga pausa, añadió—: Son malos tiempos, hija. Muchos Grant perdieron la vida a manos de los Macdonald durante la toma del castillo y han transcurrido dos años desde entonces sin que nada cambie.

—No quería ser maleducada, entendedme... Desconocía la situación hasta hace poco. Os ruego que me disculpéis.

—Mi esposo y yo somos muy cuidadosos, Jenny. Nuestra presencia aquí es una garantía para los supervivientes del clan.

—Lo entiendo perfectamente.

—Ahora que estás al tanto de mis lealtades, Jenny, y de lo sucedido con James. —La señora Gowan bajó especialmente la voz—. Necesito comprender cómo te sientes al respecto. Sé de tu vínculo con Bran... y me preocupa. De hecho, tu intervención de esta tarde todavía me tiene sorprendida.

Jenny cerró los ojos. Por supuesto que le preocupaba, tanto como a ella, probablemente. ¿Por qué había optado por ayudar a James si su principal objetivo era mantenerse al lado de Bran, complacerlo, ganarse su afecto? ¿Por qué se empeñaba en darle razones para rechazarla cuando su vínculo era tan frágil y a la vez tan importante para ella?

—Bran es lo único que recuerdo —murmuró—. Haría cualquier cosa para mantenerme a su lado y sin embargo esta noche, cuando estaba a punto de delatar al joven Grant, no fui capaz. Bran ya sospecha de mí... Cree que trato de ganarme el afecto de su tío, que no soy digna de su confianza.

—¿Entonces? Entiende, Jenny, que la vida de un hombre inocente corre peligro. —¿Qué podía decir? Por toda respuesta, una lágrima surcó su mejilla. La señora Gowan pareció comprender—. Te advertí que el señor Macdonald es un hombre poderoso. No le otorgues una autoridad que nadie te obliga a concederle: el poder sobre tu propia vida. Mientras no tengas recuerdos, Jenny, eres libre como nadie en este castillo.

—Ya es demasiado tarde —sollozó—. Ayer me entregué a él pero al parecer nada es suficiente. Sus dudas son eternas, como esta niebla. A veces lo recuerdo en un lugar diferente, como un sueño, y ocurre exactamente lo mismo. ¿Qué debo hacer?

—Ven. —La señora Gowan la envolvió en un abrazo—. La niebla pasará, no temas. Pronto descubrirás que Bran no es tu único recuerdo y querrás repartir tus afectos. No desesperes.

—Nada de lo que hago parece satisfacerle. Estoy desconcertada, triste... ¡No logro comprenderlo!

—¿Serías capaz de entregar al joven Grant con tal de recuperar su aprecio? Jenny se zafó de los brazos de la señora Gowan y la miró a los ojos.

—Ya veo que él es lo único que os importa. James insiste en que salvó mi vida; Bran en que él es el culpable de mi asalto. Dadme unas horas para

aclarar mis ideas y poner orden en esta niebla absurda. Mañana os daré mi respuesta.

La señora Gowan se puso en pie.

—Nuestras vidas están en tus manos, Jenny.

—La idea me agrada tan poco como a vos.

—Recuerda que el poder de Brandon Macdonald es ya suficiente. Que eres libre mientras dure la niebla.

—¿Lo soy?

Tiempo después de que la señora Gowan abandonara sus aposentos, aquel interrogante seguía dando vueltas en la cabeza de Jenny. Se imaginaba a salvo entre los brazos fuertes de Bran hasta que apretaban demasiado y las dudas volvían: «No rebatáis lo que yo mismo vi», «No volváis a hacerlo».

¿Podrían ser felices algún día?

Pensó en James, en sus ojos negros, en las mentiras que había dicho para salvarlo, y la culpa volvió a asediarse. ¿Y si la descubrían? Bran no la perdonaría nunca. Debía intentarlo una última vez, hacer de los brazos de Bran un nido y no una tenaza; sentir su afecto y aquel calor en lugar de un miedo creciente a perderlo.

Volvió a refugiarse entre las mantas pensando en un mañana cerca de él, en una bañera que se desbordaba de placer y felicidad tibia.

Todo iría bien.

Capítulo 15

Cuando despertó a la mañana siguiente, un nombre daba vueltas en su cabeza. No se trabaja de Bran, o del joven Grant, como cabía esperar tras su conversación con la señora Gowan.

«Jenny». Aquel había sido su primer recuerdo al abrir los ojos en el castillo, aunque de inmediato había pasado a un segundo plano. Antes, todo lo demás: Bran, Urquhart, el calor, la niebla.

Jenny murmuró su nombre y de pronto pensó que había olvidado lo más importante: quién era ella. Creer que sin recuerdos «Jenny» no era más que un sustantivo la hundía en la niebla. La señora Gowan, con sus palabras, había puesto el foco de nuevo en sí misma; en una Jenny libre, no vacía.

Ella era el propósito que la había traído hasta Urquhart y también la

tozudez que la mantenía en el castillo. Era quien quiera que fuese antes de llegar y también la mujer de ahora. Era sin recuerdos porque seguía viviendo y construyendo otros nuevos.

Una sonrisa se dibujó en su rostro. Se había encontrado entre la niebla y eso la volvía menos densa, más fácil de soportar. Jenny debía ser su mapa para salir de ella si no volvían los recuerdos. El centro. El principio. Por primera vez se sintió libre, libre con la misma pasión que la señora Gowan había empleado al pronunciar aquella palabra.

Unos golpes en la puerta la sacaron de sus pensamientos. Apenas tuvo tiempo de cubrirse antes de que Lorna se asomara.

—Lord Macdonald nos manda llamar —dijo su compañera.

—¿Ocurre algo?

—Debemos bajar al salón de inmediato, es todo lo que sé.

Jenny miró a su compañera con insistencia y, por toda respuesta, Lorna asintió. Supuso, entonces que nada había cambiado desde la noche anterior y que James permanecía en la torre de los Grant, a salvo.

—Bajemos, entonces.

Comenzó a vestirse a toda prisa.

Poco después se encontraban haciendo cola para entrar en el Gran salón. Se instalaron en una de las mesas del fondo mientras veían entrar al resto de vasallos. El murmullo de la sala se detuvo cuando Lord Macdonald y su sobrino Brandon cruzaron la estancia hasta la mesa principal. Contuvieron la respiración hasta que el lord se puso en pie y tomó la palabra.

—Un día. El joven Grant lleva un día campando a sus anchas por el castillo.

Jenny notaba a una temblorosa Lorna a su lado. Todos miraban fijamente a la mesa principal del gran salón. Ella, que veía más allá, supo reconocer en varios rostros el miedo y con él a los pocos Grant que quedaban. Como Lorna, temblaban.

—Ningún bote ha entrado o salido del puerto del castillo. Las puertas han permanecido cerradas todo este tiempo; los guardias, en sus puestos. Durante estas horas todos habéis comido, dormido y fingido que no sucede nada. Pero una cosa está clara: el joven Grant come, duerme y finge ser uno más de nosotros. De lo contrario, tened por seguro que su cadáver colgaría desde la

muralla. Como lo harán también los de quienes lo protegen...

El pulso de Jenny se aceleró al oír aquello. Por fin quedaba confirmado el propósito de la reunión.

Bran tomó el relevo del discurso.

—En estos instantes, mi guardia personal está registrando los aposentos de todos los habitantes del castillo —comunicó—. No dejaremos un solo recoveco sin revisar. Si antes de que anochezca el joven Grant sigue desaparecido, otro miembro de su clan tomará el lugar que le hubiera correspondido en el juicio.

La sala se llenó de murmullos hasta que un hombre mayor, que Jenny había visto en las cocinas, se puso en pie y tomó la palabra.

—Señor, ruego me disculpe, pero tras su llegada al castillo todos y cada uno de los Grant que aquí quedábamos os juramos lealtad. Desde hace dos años servimos a vuestros hombres de manera ejemplar y es nuestra voluntad seguir haciéndolo. Es injusto que...

—¿Injusto? —Lord Macdonald comenzó a reír—. Os recuerdo que la justicia de la que habláis se imparte desde esta mesa y nadie, ¡nadie!, tiene derecho a cuestionarla.

Jenny reparó en que la señora Gowan estaba sentada junto a aquel hombre. Debía tratarse de su esposo, sin duda. Vio cómo tiraba del brazo de él hasta obligarlo a sentarse, como forma de sumisión ante el lord.

—Permaneceréis en el salón hasta que finalice el registro —terció Bran—. Entre tanto, guardad silencio.

No supo decir cuánto rato permanecieron en el salón hasta que un highlander se acercó a la mesa principal e, inclinado sobre el hombro del Lord, murmuró lo sucedido durante el registro. Jenny observó su rostro con atención, en busca de cualquier cambio. Inmutable, el lord intercambió una mirada con su sobrino y ambos asintieron. En pie, Brandon extendió su brazo en dirección a los Gowan.

—Prendedlo.

El grito de la señora Gowan resonó en la estancia cuando dos guerreros tomaron a su marido y se lo llevaron sin que opusiera resistencia. Jenny notó que Lorna se removía y la detuvo antes de que cometiera una locura.

—Esto confirma que James está a salvo —murmuró—. Buscaremos la

forma de ayudarlo también a él.

Le sorprendió su propia determinación. Entonces sus ojos se cruzaron con los de Bran. Él esbozó una media sonrisa e hizo un gesto con la barbilla señalando la puerta. Jenny soltó la mano de Lorna.

—Debo irme —murmuró.

Había llegado el momento de tomar una decisión.

Capítulo 16

James amaneció en la oscuridad de su escondite al oír como varios hombres revolvían las habitaciones contiguas. Su pulso se aceleró recordando la conversación entre Jenny y la señora Gowan que había tenido lugar la noche anterior, después de su rescate. ¿Acaso había puesto en juego su vida y la de todos los Grant al confiar en aquella mujer caprichosa?

Mientras él luchaba por sobrevivir y recuperar los derechos de su clan, ella planeaba venderlo al mejor postor, para ganarse el favor de su amante.

De haberlo sabido hubiera empleado el puñal en lugar de las palabras horas atrás en la capilla. ¿Cómo podía ser tan mezquina? Claro, resultaba mucho más fácil lloriquear y ampararse en la falta de recuerdos en lugar de arriesgar la vida por una causa justa.

Seguro que el despreciable de Brandom Macdonald disfrutaba aprovechándose de la vulnerabilidad de Jenny y dándose las de héroe, mientras lo hacía quedar como el agresor malvado. ¡Cómo le gustaría cambiar las tornas y que ella recordara la mirada que habían intercambiado en el claro del castillo, poco antes de convertirse en prisioneros! Porque eso eran los dos, aunque Jenny no quisiera verlo: prisioneros de las mentiras de Macdonald. Instrumentos que él manejaba a su antojo para consolidar su poder ilegítimo.

Escondido al otro lado de la pared del cuarto de Jenny, en el pasadizo que en tiempos mejores (aunque no gloriosos) había permitido a su padre visitar los aposentos de su amante, James moría de rabia. La misma rabia que lo embargaba cuando, años antes, escuchaba desde aquel escondite los retozos de su padre y la sirvienta indigna. La misma que las risas y burlas de otros highlanders despertaban en él. La misma o más intensa que lo había mantenido con vida siendo fugitivo en un castillo que le debía vasallaje.

El ruido provocado por los Macdonald cesó y James confirmó el fracaso

del registro. Lleno de rabia como estaba debía reconocer que el pasadizo de su padre, por poco noble que resultara, le había salvado de una muerte segura. Podía permanecer varios días allí dentro, estuvo seguro, sin que nadie lograra dar con él.

Estaba a punto de separarse de la pared cuando sintió el retumbar de pasos en el corredor. Su pasadizo estaba comunicado con todas las plantas del castillo, y tuvo miedo de que alguien hubiera descubierto una de las entradas, pero no tardó en comprender que el ruido procedía del exterior y que los pasos se acercaban a los aposentos de Jenny, hasta entonces vacíos. Contuvo el aliento mientras se mantenía a la escucha.

—Vuestra doncella parecía muy preocupada en el comedor.

—¿De quién habláis?

—Lo sabéis perfectamente.

James reconoció de inmediato la voz de Brandom Macdonald. Acarició el puñal que todavía conservaba, pensando que el momento de su venganza estaba cada vez más cerca.

—Han sido días difíciles para todos —oyó murmurar a Jenny. No le pasó desapercibido el temblor de su voz.

—Especialmente para vos, imagino.

—Así... así es.

Tras una larga pausa, Brandom tomó de nuevo la palabra.

—Decidme, Jenny. ¿Habéis visto u oído algo que deba saber?

—¿A qué os referís? Si así fuera ya os lo hubiera contado, Bran.

—¿Estáis segura?

—Sí...

—Tal vez preferiréis contárselo directamente a mi tío.

James dio un brinco al escuchar el gemido de Jenny.

—Soltadme, por favor...

—No os hagáis la tonta, sé cuánto os agrada su compañía.

—Solo... solo... os obedezco... a vos...

La voz de Jenny se extinguió poco a poco y de pronto James sintió el mismo impulso que en el claro del bosque: el de socorrerla sin importar las consecuencias. Tanteó la pared en busca de la trampilla que comunicaba el

cuarto de Jenny con el pasadizo. Todo su cuerpo temblaba: el puñal y la sorpresa eran sus únicas armas y hasta el momento decisivo no sabría si bastarían.

La luz lo cegó cuando traspasó la trampilla. Jenny contuvo un grito al reconocerlo. Brandon, de espaldas a él, no tuvo tiempo de reaccionar. Agachado como estaba sobre la joven, James lo tuvo fácil para hundir el puñal en su espalda. Jenny, libre de su yugo, no dudó en atestarle un golpe que lo dejó inconsciente. Sus ojos se habían llenado de lágrimas.

—¿Os encontráis bien? —preguntó.

—Moriremos por esto —sollozó ella—. Los dos.

—Os prometo que no os ocurrirá nada. Vamos, ¡deprisa! No tardarán en llegar los guardias.

Tomó a Jenny de la mano y la empujó hacia la trampilla. Se disponía a accionar su apertura cuando un rostro familiar, parado frente a la puerta entreabierta de la estancia, le hizo frenar en seco.

—¿Meribeth?

La recordaba como a una chiquilla, jugando entre sus hermanas y escondiéndose bajo sus faldas cuando él se escapaba de los entrenamientos con la excusa de hacerlas de rabiar. Bonita y silenciosa, le gustaba observarla merodeando por el patio o en las cocinas. Ahora se veía adulta, como él mismo, supuso; paralizada por el terror.

James dudó entre detenerse o continuar la marcha. Abrir la trampilla frente a ella significaría revelar un escondite que pocos salvo él conocían.

El ruido de pasos le obligó a reaccionar. Una vez más, debía confiar su vida a otra persona, a alguien a quien no veía años atrás pero que compartía clan y apellidos.

—Vamos, Jenny.

Abrió la trampilla ante los ojos de Meribeth, sin que la joven se moviera. Debió empujar a Jenny para hacerla pasar. Las manos de la joven estaban manchadas de sangre, como las suyas.

Ya en el otro lado, Jenny se deshizo en sollozos. James debió cubrir su rostro para mantenerla en silencio, pues cualquier ruido se multiplicaba dentro del pasadizo. La habitación no tardó en llenarse de guardias y gritos.

—¡Rápido, avisad al lord! ¡Traslada al señor Macdonald al salón!

—Mujer, ¿habéis visto a alguien salir?

Tras un silencio demasiado largo, Meribeth respondió:

—Debió ser ella, señor, Jenny. Me crucé con ella en la escalera cuando venía a preguntar si se ofrecía alguna cosa... Parecía muy nerviosa.

—¡Encontradla!

Varios hombres abandonaron la habitación siguiendo la pista falsa. James se preguntó si, después de todo, pasadizos como aquel podían salvar más vidas de las que destruían. Al oír a Meribeth comprendió que no eran los muros quienes ocultaban los secretos —buenos o malos— sino las personas que los habitaban.

Mantuvo las manos sobre la boca de Jenny.

—No temáis, Milord —dijo Meribeth, en voz bien alta—. Vuestro secreto está a salvo conmigo.

Minutos después solo sus respiraciones se escuchaban en el pasadizo. Los sollozos de Jenny remitieron hasta que la joven se quedó dormida.

Capítulo 17

—Dime, Jenny. ¿Hay algo que deba saber?

—¿A qué te refieres? Si así fuera ya te lo hubiera contado, Bran.

—¿Estás segura?

—Sí...

—Tal vez prefieras contárselo directamente a ese tipo, el recepcionista. Os entendíais muy bien hace un rato... Parece que disfrutabas de su compañía.

Jenny despertó sin aire. Aunque abrió los ojos, todo seguía a oscuras. El Bran de su pesadilla siguió acechándola unos instantes, vestido con aquellas ropas familiares y extrañas a la vez, hablándole exactamente igual que poco antes en sus aposentos. Parecía haber pasado ya por todo aquello, quizás en una vida distinta, pero recordarlo dolía tanto como entonces.

—Jenny, ¿estáis bien? Tratad de no hacer ruido, por favor.

Notó el cuerpo del joven Grant pegado al suyo, las manos ásperas sobre su cara.

—¿Qué es este lugar?

—La torre está llena de pasadizos parecidos. Los Macdonald no conocen la mayoría, así que estamos a salvo.

Jenny asintió varias veces. Revivió la escena de horas antes, peor aún que sus pesadillas, y con un nudo en la garganta se preguntó qué habría sido de Bran. ¿Habría corrido la voz del ataque en el castillo? ¿Sería la próxima en colgar de las murallas, si James no estaba en lo cierto y terminaban dando con ellos?

—No debisteis intervenir —murmuró.

—Debí dejar que ese animal os asfixiara y abusara de vos, entonces.

—Si nos descubren...

—Escuchadme bien, Jenny. Puede que me haya equivocado al poner mi vida en peligro por alguien como vos, dos veces, pero jamás consentiré que las vidas del resto, de todos nosotros, dependan de una bestia como Brandom Macdonald.

Jenny agachó la cabeza, llorosa. Entonces era cierto. Lorna, la señora Gowan... Todos se lo habían advertido en varias ocasiones y ella había preferido ignorarlos para aferrarse a las migajas con que Bran jugaba a

contentarla.

—El señor Gowan ha sido hecho prisionero —sollozó—. Todo esto es por mi culpa. Cuando descubran que Meribeth nos encubre, acabarán también con ella. Y Lorna... Bran ya sospecha de ella. Dios mío, ¿qué he hecho?

—Escuchadme, Jenny —repuso él, en voz muy baja—. Debéis tranquilizaros, ser paciente. No hay nada que podamos hacer por el momento, salvo permanecer con vida. Morir de forma estúpida no ayudará a nadie a estas alturas.

—El señor Gowan ocupará vuestro lugar esta noche. Acabarán con él y no tardarán en hacer lo mismo con nosotros...

—Jenny...

—Si me hubierais dejado en el claro del bosque, nada de esto habría pasado.

Hundió la cabeza entre las manos. Definitivamente, nada podía haber salido peor.

—Ojalá hubiera vuelto con mi padre aquel día. Sin embargo, estamos aquí. Más vale que tomemos esta situación como una oportunidad. Vos estáis viva, también yo. Hagamos que valga la pena.

Jenny asintió varias veces, conmovida. Las manos de James buscaron las suyas en la oscuridad y al agarrarlas se sintió más tranquila.

—¿Qué haremos ahora?

—Esperaremos a que alguno de los Grant nos informe de lo que ocurre fuera.

—¿Y luego?

—Debemos esperar, Jenny. Esperar y confiar.

«Esperar y confiar». Aquellas palabras no conjuntaban con el talante fiero de James, sin embargo, pudo notar que su voz sonaba débil.

—¿Os encontráis bien?

—Dormid si eso os hace sentir mejor. Yo haré guardia mientras tanto.

Jenny palpó los vendajes que recubrían su hombro maltrecho. La sangre húmeda se mezcló con la de Bran, ya reseca. Sin duda, los días de encierro habían hecho mella en él, aunque se negara a reconocerlo.

—Deberíais descansar.

—Creí que preferíais verme muerto.
—No es gracioso, James. Tenéis calentura.
—Os agradezco vuestra preocupación pero solo podemos... —Esperar y confiar.
—Dios mío, comienzo a sonar igual que mi padre.

Rieron y allí, en la oscuridad del pasadizo, junto al hombre que hasta hacía poco creía culpable de su asalto, Jenny se sintió en paz.

En paz como por la mañana cuando comprendió que no estaba sola en la niebla, porque se tenía a sí misma. Sintió el hombro de él y confirmó que, después de todo, eran dos en la oscuridad.

Capítulo 18

*Saint
Andrews,
2017*

—
Abre
los
ojos.

Lorna obedeció. Por segunda vez, el rostro preocupado de Nicole le dio la bienvenida —Prometiste no volver a dejarla sola —le reprendió la terapeuta.

—Jenny corre grave peligro. La situación en el castillo está fuera de control.

—¿Sigues sin recordar la palabra segura?

—Apenas sabe quién es. Al menos parece haber abierto los ojos con respecto a Bran... Nicole se puso en pie y comenzó a dar vueltas por la habitación.

—Sabes tan bien como yo que no podemos hacer nada, Lorna.

—Pero...

—Solo la palabra segura puede traerla de vuelta.

—Los Macdonald la buscan... Dicen que ha atentado contra la vida de Bran y que no pararán hasta dar con ella.

Nicole volvió a tomar asiento.

—Mantente junto a los Grant. Si no logras que regrese antes de tres días, deberás volver y dejarla atrás. Viajar al pasado durante demasiado tiempo puede tener consecuencias....

—¿Consecuencias?

Lorna tragó saliva. Observó a su compañera, profundamente dormida, en la misma postura que horas atrás, durante su anterior visita.

—Si se sobrepasa el tiempo máximo, el cuerpo emprende también el viaje. Después es imposible regresar...

—¿Quieres decir que Jenny *desaparecerá* si no logra volver? ¿Que quedará atrapada en el pasado?

—Cierra los ojos, Lorna. Tres días, recuérdalo.

Suspiró y, poco después, parpadeó de vuelta en el castillo.

Capítulo 19

—Empiezo a pensar que, después de todo, no me equivoqué al confiar en vos.

—¿Por qué decís eso?

—Habéis conseguido lo que nadie en mucho tiempo: unir y movilizar a los Grant para acabar con esta situación.

—Deliráis.

—Lo digo completamente en serio.

Jenny se sonrojó. Tras varias horas de espera en la oscuridad y sucesivos intentos fallidos de conciliar el sueño, habían terminado por vencer la timidez y entablar conversación.

—Debíais querer mucho a Bran para soportar sus humillaciones —siguió James.

—No sabéis de lo que habláis.

—Disculpad, yo...

—Es igual —Jenny suspiró—. Tal vez incluso esté muerto.

La charla había discurrido de forma agradable hasta que James mencionó a Bran. Nombrarlo era como invitarlo a entrar al pasadizo, y Jenny había vivido suficientes emociones fuertes por un día.

—No pude evitar escucharos ayer en la capilla, cuando hablabais con Lorna. Parecíais preocupada.

—James, por favor...

—Si queréis hablar, hacedlo. Sé de lo que ese hombre es capaz y creedme: no debéis estar avergonzada. Nadie debe avergonzarse por haber amado.

La franqueza de aquellas palabras le resultó abrumadora.

—Escuchad, os agradezco lo que habéis hecho por mí, pero...

Un chasquido interrumpió la conversación y ambos dieron un respingo. La luz que emanó por la trampilla permitió a Jenny ver el rostro perlado de sudor de James. Él se llevó un dedo a los labios y le indicó que permaneciera quieta. «Esos ojos oscuros», no pudo evitar pensar Jenny, a pesar de la tensión del momento.

Los dos se relajaron al reconocer a la señora Gowan. La mujer cerró la trampilla y caminó en su dirección cargando una pequeña lámpara de aceite, que dejó sobre el suelo para abrazar a James.

—Estás ardiendo, hijo.

—No te preocupes... ¿Cómo va todo fuera? ¿Se sabe algo de Alfred?

Jenny supuso que se refería al señor Gowan, en manos de los Macdonald tras su intimidante discurso de la mañana.

—Varios hombres lo custodian en las mazmorras. Jamás ha levantado un arma en su contra y así se lo pagan, después de dos años revolviendo sus pucheros. Debimos haberlos envenenado a todos en lugar de permitir que llegaran tan lejos. —La señora Gowan suspiró y entonces pareció reparar en su presencia—. Jenny, pequeña.

Se dejó abrazar por aquella mujer valiente. Y pensar que había dudado en ayudarla... James tenía razón: se sentía avergonzada, profundamente avergonzada de sí misma, triste y llena de culpa. Alfred, James, Lorna, Meribeth... Todos estaban metidos en aquello por su torpeza.

—¿Habéis sabido algo de Bran? —murmuró.

—Se recupera del asalto sin complicaciones. Es un hombre fuerte, me temo. Ha ordenado buscaros por todo el castillo.

—¿Vio a James atacarlo?

La señora Gowan se encogió de hombros.

—Meribeth trató de culparos a vos para encubrirlo pero está convencido de que había alguien más en la alcoba. Registraron cada palmo, sin éxito. Algunas doncellas creen que el lord ha hecho correr ese rumor para no poner

en entredicho el honor de su sobrino... Al parecer una mujer no es rival suficiente para él.

—Me vieran o no, pronto el pasadizo dejará de ser seguro —musitó James—. Debemos buscar el modo de abandonar el castillo.

—La niebla sigue cubriéndolo todo —dijo la señora Gowan—. Pronto caerá la noche y todos los hombres estarán en el patio durante el juicio. Quizás sea vuestra oportunidad... Jenny miró a James. Se veía agotado, en el límite de sus fuerzas.

—Tengo una idea mejor —dijo entonces—. Me entregaré y de ese modo distraeremos su atención. Incluso puede que aplacen el juicio.

—¿Estáis loca? Yo mismo os ayudé a salvaros. ¿Ahora queréis echarlo todo a perder?

James había fruncido el ceño. Ella continuó:

—Si me dejas ver, calmaremos a Bran por un tiempo y detendremos el juicio. ¿No ves que es la única solución?

La señora Gowan miró a James; parecía dudar. Jenny esperó que ella fuera capaz de convencerlo.

—Sabéis bien que yo soy siempre el primero en empuñar la espada pero no haremos nada que ponga nuestras vidas en peligro.

—Sé lo que me digo, James. Bran...

—Bran es un hombre despiadado y no dudará en servirse de vos para llegar a todos nosotros.

—Olvidáis de qué lado estoy.

Cuando hizo amago de dirigirse a la trampilla, James la agarró con fuerza de la muñeca.

—Todavía faltan unas horas. Pensadlo mejor.

Jenny se estremeció. Su tacto era más abrazo que tenaza, cálido incluso.

—Está bien...

—Debo irme ya —terció la señora Gowan, tomando la lámpara del sueño. Sacó un paquete de entre sus faldas—. Dentro encontraréis una vela, prendedla y cuando se apague, más o menos en dos horas, habrá anochecido y dará comienzo el juicio. También hay comida y algo de beber.

—Gracias.

—Hagáis lo que hagáis, contad con todos nosotros.

Se abrazaron y la dejaron marchar. Prendieron la vela y comenzaron a dar buena cuenta del pan que les había dejado la mujer. James no tardó demasiado en volver a reprocharle su ocurrencia.

—No puedo creer que entregaros haya pasado por vuestra mente —dijo.

—¿Pensáis que sois el único loco en este pasadizo? —respondió ella, para restarle importancia.

Él sonrió.

—No digáis eso. La primera vez que os vi sentí vuestra fuerza y creedme, he conocido a pocas personas como vos, Jenny.

De nuevo el rojo tiñó sus mejillas. Dio un trago al whisky para que, al menos, tuviera alguna causa justificada.

—La señora Gowan también ha dejado vendajes limpios para vos. Deberíais desinfectaros esa herida, sigue abierta. Dejad que eche un vistazo.

Jenny acercó la vela al vendaje manchado de sangre. Retiró la tela con cuidado, mientras James apretaba los dientes. La herida parecía haber cicatrizado bien los días anteriores, sin embargo, había comenzado a supurar.

—Tomad un trago —dijo ofreciéndole la botella de whisky.

James obedeció y se la devolvió al poco. Jenny volcó parte de su contenido sobre la herida y la limpió lo mejor que pudo.

—¿Falta mucho?

—Ya casi está

—Escuece...

—Lo sé, pero con suerte ayudará a evitar una infección.

Sus dedos rozaron sin querer el torso en tensión de él. Contuvo un grito cuando volcó lo poco que quedaba del whisky sobre la herida.

—¿Recordáis cuando nos vimos por primera vez en el claro? —dijo con un hilo de voz, como si buscara cualquier excusa para distraerse del dolor.

—Tal vez.

Jenny colocó el vendaje de James como mejor pudo y volvió a abrocharle la camisa. Él la retuvo.

—Miradme ahora.

El rojo de sus mejillas era parte del paisaje desde hacía rato y aun así

Jenny las sintió arder más.

Los ojos de James se abrieron paso entre la niebla como un recuerdo real, diferente a las pesadillas que siempre asociaba a Bran. Eran muy negros, como su cabello; sinceros y profundos.

—Recuerdo vuestros ojos —dijo—, y aunque no los recordará, sé que decís la verdad sobre todo lo que ocurrió.

Sus rostros se acercaron lentamente. El pulso de Jenny se aceleró. ¿Qué estaba sucediendo? Solo unas horas antes se había acostado con Bran y habría dado lo que fuera por hacer de ello una rutina... Ahora el joven Grant, inexperto y temerario, no dejaba de hacerla sonrojar, sin más arma que sus palabras y dos ojos oscuros capaces de abrir un claro entre la niebla.

Jenny movió la cabeza a pocos milímetros de los labios de James y estos se posaron sobre la comisura de los suyos.

—Seguís teniendo fiebre —murmuró, sin apartarse.

—No digáis nada.

Mejilla con mejilla, a la luz de la vela titilante, fueron uniéndose en un abrazo torpe pero estrecho. Jenny se dejó invadir por el calor que desprendían. ¿Qué culpa podía nacer de algo tan hermoso?

Las respiraciones de los dos se habían acelerado hasta volverse entrecortadas. James acarició su rostro con suavidad.

—No, no me equivoqué al confiar en vos.

—Tampoco yo.

Sonreía y Jenny correspondió su gesto. De pronto se sentía poderosa, fuerte, segura. Decidió dejarse llevar y devolver ese beso a medias. Los labios de James eran suaves y al tocarlos supo que tardaría en separarse de ellos. Sus lenguas jugaron escondiéndose y reencontrándose. Ningún recuerdo extraño emanó del intercambio y pronto Jenny perdió la noción del lugar y el tiempo. Mientras la vela los alumbrara solo el presente existía.

La mano buena de James no tardó en acariciarla sobre la ropa. Jenny se anticipó a sus intenciones desabrochándose el corpiño y dejándolo caer con todo el sigilo posible. Una carcajada se le escapó cuando él trató de imitarla desabrochando su camisa. Ella misma dejó su torso al descubierto y extendió la prenda en el suelo. Después, lo ayudó a tumbarse y se mantuvo encima. La sensación de fuerza creció: tenía todo el control en esa postura y pensaba

ejercerlo hasta las últimas consecuencias.

Montada sobre James comenzó a mover sus caderas, acercándose y alejándose en el proceso. Podía sentir la humedad bajo su falda y la excitación de él. Continuó hasta que disimular su respiración le resultó casi imposible. James la guiaba en su vaivén acariciando sus pechos y su espalda desnuda. Transcurrió un buen rato hasta que ambos estuvieron desvestidos, piel con piel. Y entonces, solo entonces, Jenny lo invitó a entrar, sin dolor.

James sostuvo sus caderas y la dejó hacer. Jenny se sintió deseada, no forzada. Mujer, no bañera y aun así, a punto de rebosar.

A duras penas contuvo los gemidos cuando el estremecimiento de placer tan buscado la sobrevino. Giraron sobre sí y el peso de James sobre ella no hizo sino multiplicar sus sensaciones. Él comenzó a moverse con energía y delicadeza, respondiendo a sus caricias y manteniéndose al alcance de sus labios. Temblaba cuando terminó y se dejó caer de costado a su lado, sonriente.

—Volvéis a sangrar —apuntó ella.

—Deja de tratarme de vos.

Se estrecharon con fuerza, tratando así de retener el calor. La temperatura del pasadizo los obligó a vestirse antes de lo que a Jenny le habría gustado, pero la ropa no fue razón para mantenerlos separados.

Dejaron transcurrir el tiempo juntos mientras veían consumirse la vela. La urgencia del amor los asaltó al poco rato, aunque el vendaje de James siguiera tiñéndose de rojo y un dedo separase a la mecha de su base.

Yacieron con la energía del principio y la ventaja del reencuentro, sin apartar la mirada el uno del otro. Para Jenny aquello era totalmente nuevo: ser una, ser fuerte, ver a través de la niebla.

Abrazados, desnudos de nuevo, vieron como la llama se extinguía.

—Ha llegado la hora —musitó él.

El humo que siguió bastó para cubrir el olor a sudor de la estancia y recordarles que, amantes o no, seguían siendo fugitivos del hombre más poderoso del Glen.

Capítulo 20

Jenny seguía dando vueltas a la misma idea: la de entregarse y atraer así la

atención de Bran y Lord Macdonald.

Tras el shock inicial después de todo lo ocurrido, una sensación de paz la invadía. Tal vez se tratara de la libertad de la que hablaba la señora Gowan, materializada en su unión con James. Más que atarla, su vínculo le había recordado seguía siendo capaz de tomar sus propias decisiones. Al fin y al cabo, no le debía nada a nadie.

Entregarse era parte de esa liberación, pues confirmaba su poder frente al yugo de Bran. Jugar a distraerlo sería su venganza por los malos tratos y las mentiras. Si pudiera, se vengaría hasta del Bran de sus sueños.

Después de que la vela se extinguiera, la idea empezó a cobrar más y más fuerza en ella.

—Si vamos a salir, este es el momento —dijo James—. Debemos llegar hasta el puerto como sea.

—¿Mi habitación es la única entrada?

—No, hay dos más. La primera está en la alcoba de mi padre. —Él suspiró—. Supongo que ahora la ocupa lord Macdonald, o ese desgraciado de Bandom.

—¿Y la otra?

—Los Gowan la abrieron en la última planta de la torre para casos de emergencia. No obstante, lo mejor es que utilicemos la de mi padre. Cuanto más abajo salgamos, mejor. Iremos hasta allí y en cuanto estemos seguros de que no queda nadie, abriremos la trampilla.

Se vistieron a toda prisa e iniciaron el camino tomados de la mano. James avanzaba cada vez más despacio, apoyado en la pared, y Jenny supo que no alcanzarían el puerto juntos, no con vida.

La trampilla que comunicaba el pasadizo con la estancia principal tenía telarañas en su parte posterior. Definitivamente, Bran no había mostrado inquietud por descubrir los secretos del castillo, se dijo. Después de un rato de escucha James accionó el mecanismo de apertura.

—Despejado. ¡Vamos!

Tardaron unos instantes en acostumbrarse a la luz de la estancia. La chimenea ardía con brío frente al lecho revuelto y vacío. Una jarra de vino descansaba sobre la mesita, junto a una copa de cristal. James avanzó en dirección al enorme ventanal, orientado hacia el patio.

—A padre le gustaba ver lo que ocurría dentro del castillo. Madre, sin embargo, prefería las vistas al lago —dijo.

—¿Ves algo?

Jenny se asomó también. Se le hizo un nudo en la garganta al presenciar cómo trasladaban al señor Gowan hasta la zona central del patio, junto a la capilla. Habían instalado un patíbulo y prendido una hoguera que iluminaba la escena.

—¿Qué haremos si logramos salir?

—El puerto es nuestra única opción. Siempre hay algún bote anclado cerca. Si nos movemos rápido, no nos alcanzarán y pronto cruzaremos hasta un lugar seguro.

Rápido... James parecía al límite de sus fuerzas y Jenny no estaba segura de que cruzar el patio sin ser vistos fuera tan sencillo.

—Ey, mírame. —Él rodeó su rostro con las manos—. Prométeme que esa estúpida idea de entregarte ha dejado de dar vueltas en tu cabeza. Llegaremos juntos al puerto y saldremos de aquí.

Jenny suspiró. Sabía que James se había dado cuenta de sus intenciones y que intentaría disuadirla a toda cosa.

—Yo...

—La mejor forma de vengarte de él, Jenny, no es entregarle tu vida, sino ponerte a salvo. Lo entiendes, ¿verdad? —Otra vez ese par de ojos negros y sinceros recordándole el centro de todo, derritiéndola—. Si yo no pudiera continuar, si no me alcanzaran las fuerzas —siguió James— tomarás cualquier embarcación y remarás en dirección contraria al castillo. ¿Lo has entendido?

Jenny asintió. Dejó que él acariciara su frente y la besara en los labios.

—Apenas me conoces y ya me has salvado la vida dos veces. ¿Por qué?

James suspiró.

—En los últimos años he visto a los hombres de mi padre quejarse y llorar a sus muertos después de la toma del castillo, pero ninguno ha movido un dedo para conquistarlo. —Sus ojos se volvieron aún más oscuros—. Mi padre se ha esforzado para evitar que me convirtiera en un hombre temerario e impulsivo y nunca ha entendido la verdad: que solo trato de ser alguien bueno, alguien capaz de proteger a los suyos.

—Sin duda, James Grant de Freuchie, eres un buen hombre.

Jenny sonrió y él correspondió su gesto. La tomó de la mano y juntos iniciaron el descenso a la base de la torre.

Mientras recorrían los pasillos y tramos de escaleras completamente vacíos, Jenny recordó la cena de bienvenida al lord y los comentarios de Bran: mantener contentos a los highlanders era imprescindible para evitar revueltas. Sin duda, el baño de sangre en que pretendía convertirse el juicio evitaría derrochar varias decenas de litros de cerveza y cumpliría exactamente el mismo propósito. Y lo más importante: mientras ellos huían, todos estarían muy ocupados mirando el espectáculo.

Alcanzaron la puerta de la torre sin cruzarse con un solo vigía. Apenas quedaban dos apostados en la zona alta de la muralla, mirando en dirección al valle, pero ninguno en dirección al puerto. Salir del pequeño patio que separaba la torre de las cocinas fue tan sencillo que Jenny recobró la esperanza. Solo la idea de que Alfred Gowan pagara por sus crímenes conseguía removerla a aquellas alturas.

El alboroto en el patio era tal que nadie reparó en su presencia. James avanzó con el rostro descubierto entre los guerreros, mujeres y niños que no cesaban de gritar y pedir justicia; algunos más compungidos que eufóricos. Jenny lo siguió manteniendo la cabeza gacha.

No tardaron en dejar atrás la entrada del gran salón y las cocinas principales. Jenny nunca había prestado atención al acceso del puerto y pronto comprendió que su misión era más complicada de lo imaginado. La puerta de agua era estrecha y aunque los dos vigías parecían más interesados en la ejecución que en cualquiera capaz de traspasarla, Jenny no podía apartar la mirada de sus armas.

—Yo iré primero —dijo James—. Si todo va bien, cruza detrás de mí, pero si algo sucede...

—James...

—Si algo sucede, Jenny, regresa a la torre de inmediato y busca otra ocasión para escapar. Ahora conoces el camino.

Asintió, temblorosa. James trató de animarla con una sonrisa. Soltó su mano después de besarla en los labios y lo vio deslizarse entre la multitud agolpada frente a la puerta. Su pulso se aceleró. ¿Lo lograría?

En medio de los espectadores, Jenny descubrió un rostro conocido: el de Meribeth, la doncella. Ella pareció reconocerla también. Los ojos de las dos se cruzaron y después se dirigieron a un objetivo común: la puerta del agua. James había logrado atravesarla y, sonriente, le hacía señas para que lo siguiera.

Jenny sonrió también. Se disponía a cruzar cuando un grito se alzó entre el jaleo del patio.

—¡Es ella, Jenny, la traidora!

«Traidora». El rostro de James se desvaneció y todas las miradas se volvieron hacia ella. Meribeth... había oído pocas veces su voz, pero no le costó reconocerla. Tardó, eso sí, unos instantes en comprender lo que la doncella había provocado.

Dos highlanders la prendieron y como a cámara lenta se vio arrastrada al centro de la plaza. Localizó a la señora Gowan en la primera fila, a una consternada Lorna... De todos aquellos rostros, solo el de Brandom logró provocar alguna emoción en ella.

—Creíais que podíais herir al lord del castillo y salir de él como si nada, ¿no es cierto?

Los highlanders la arrojaron junto a Alfred Gowan, a la sombra del patíbulo. Sintió el calor de la hoguera que ardía cerca y se agazapó contra el suelo.

—Miradme. ¡Miradme, he dicho!

Jenny levantó la vista y encontró a Bran frente así, con una media sonrisa que la hizo estremecer. Él le propinó una patada que la dejó sin respiración. Un pitido angustioso sustituyó temporalmente a las voces de la muchedumbre. Meribeth... ¿Por qué había hecho aquello? Había tratado de conceder más tiempo a James, sin duda, pero de haber callado los dos hubieran logrado salir del castillo. Recobró el aire y alzó la cabeza para buscarla en la muchedumbre, sin éxito. ¿Dónde se había metido?

—Es suficiente, Brandom. ¿Vais a juzgar a esta mujer por rasguñaros apenas? Acabaráis convertido en la vergüenza del clan, si alguien como ella tiene el poder de derribaros.

Varios hombres rieron. Jenny sintió las manos toscas del lord recogiendo las lágrimas que caían por su rostro.

—Pero tío —oyó murmurar a Bran.

—Basta. Y mide tus palabras —El hombre se giró hacia su sobrino—. Sigo siendo el lord del castillo. —Alzó la voz de nuevo en dirección a la muchedumbre—: Llevad a esta mujer al único lugar donde resultará útil: mis aposentos. ¡Aprisa!

Desesperada, Jenny pateó cuando los dos hombres la tomaron en volandas la condujeron de vuelta a la torre entre las carcajadas de todos los presentes.

—Y ahora sigamos con lo que nos trajo aquí —siguió lord Macdonald—. Alfred Gowan, en ausencia del joven James Grant de Freuchie, se os acusa de traición, por lo cual quedáis sentenciado a muerte. ¡Colgadlo!

Jenny volvió la mirada con tiempo para ver cómo la soga rodeaba el cuello del hombre. Los gritos de la señora Gowan resonaban por encima del resto.

—¡No! —exclamó.

Pero era demasiado tarde. Los guardas la golpearon y quedó tan aturdida que, para cuando despertó, estaba en los aposentos del lord, tendida en la misma cama revuelta y vacía que vio en su paso con James por la habitación, una eternidad atrás.

La puerta estaba cerrada y cuando se asomó por la ventana en el patio reinaba el silencio. Ni rastro de los Gowan y los highlanders. Nada.

Imaginó —quiso hacerlo, al menos— a James surcando el lago con sus últimas fuerzas. Deseó que así fuera para que todo hubiera sentido.

Cuarta parte - Abre los ojos

Capítulo 21

Después de la toma del castillo, el lago se había convertido en el segundo hogar de James. El mismo agua que bañaba las orillas de Corrimony, la fortaleza de su hermanastro, tocaba el puerto de Urquhart y los unía de alguna forma. Lord Grant era más lord que nunca cuando lo descubría sentado junto a la orilla, lanzando piedras al agua con la vista perdida en el infinito.

—Volved dentro, James.

—Algún día...

—He dicho que volváis.

Después de la reprimenda era su padre quien miraba durante un rato la superficie plomiza del lago y luego lo seguía dentro. A James le gustaba estar cerca de él, aunque fuera frío, húmedo y se le calara tan hondo como el que un día fue su hogar.

Abrió los ojos envuelto en aquella sensación familiar. Respiraba con dificultad, aterido. Una neblina densa y oscura lo envolvía; de fondo, el chapoteo rítmico de los remos. Se movía sobre el lago, estuvo seguro. Una voz familiar lo confirmó:

—Aguantad, James, volvemos a casa.

Su corazón comenzó a palpar más deprisa. No, no era Jenny quien hablaba, algo había salido mal durante su huida. Al incorporarse, se dio de frente con un rostro pálido y ovalado.

—¿Me oís? —Meribeth, se trataba de Meribeth—. Descansad. Pronto alcanzaremos tierra firme y estaremos a salvo.

James hizo un esfuerzo por recordar lo sucedido antes de abandonar Urquhart y adentrarse en el lago. Jenny le había prometido no separarse de su lado y sin embargo era Meribeth quien remaba, sin nadie más a bordo que él mismo.

—¿Jenny? —murmuró con sus últimas fuerzas.

Notó que la embarcación se detenía y quedaba a merced del suave oleaje del lago.

—Jenny se entregó a los Macdonald cuando vos traspasasteis la puerta del agua.

—Juró que no lo haría...

—Yo misma os ayudé a embarcar, ¿no lo recordáis? Ahora debéis descansar, no falta mucho.

James, exhausto, cerró los ojos. La embarcación reanudó la marcha bajo el mando de Meribeth, que remaba con brío. Recordó la sonrisa de Jenny en el claro, a la luz de la vela, al otro lado del pasadizo; la mirada que habían intercambiado poco después de cruzar él. ¿Por qué lo había dejado solo cuando faltaba tan poco? ¿Su venganza era acaso más importante que huir a su lado, lejos del castillo?

James navegó entre la consciencia y la inconsciencia durante horas, tal vez minutos, hasta que una fuerte sacudida que lo dejó sin respiración le indicó que habían tocado tierra firme. Incapaz de abrir los ojos, se entregó al trasiego y griterío que siguieron: hombres, tirones, salpicaduras de agua helada, zarandeos, lana.

Calor.

Silencio.

—James.

La luz lo cegó al abrir los ojos. Cuando estos se acostumbraron distinguió la silueta de su madre, que sonreía.

—Estás en casa, James. ¡John, venid, ha despertado!

—Madre...

Pensó, al verla, que aquel bien podía ser su hogar, estuviera donde estuviera, fuera o no bañado por el lago Ness.

Intentó incorporarse, pero ella lo retuvo.

—No debes moverte todavía. La herida apenas ha dejado de sangrar y puede infectarse.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Solo unas horas... Meribeth arribó el bote bien pasada la medianoche. Es un milagro, James, pensábamos que no volveríais...

Enmudeció cuando lord Grant entró en la alcoba, seguido de su hermanastro. Si bien John el bastardo nunca fue santo de su devoción, se alegró de verlo incluso a él, después de todo lo sucedido.

—Padre. John.

—Desobedecisteis mis órdenes, James.

—Lo siento, señor.

—Una decena de hombres perecieron tratando de rescataros.

De nuevo, un «lo siento» escapó de sus labios. Evitó la mirada de su padre y se topó con la media sonrisa de su hermanastro.

—No le contaremos a nadie que la doncella os trajo hasta aquí, James el osado —se burló—. Estoy segura de que a ella tampoco le importará, siempre que se lo paguéis con vuestro afecto.

—John, no es el momento —empezó su madre—. Dejadlo tranquilo, os lo suplico.

La presencia del joven parecía incomodarla tanto como a él; no más que llamarlo por su nombre de pila, también el de su marido. James había oído a sus padres discutir cientos de veces sobre aquello, y la respuesta del lord era siempre la misma: «John es un Grant y, aunque no resulte digno de mi apellido, llevará mi nombre».

John no dejó pasar la oportunidad de mostrar su desprecio.

—No sois nadie para mandarme callar, Aileen. Esta es mi casa.

—¡Basta!

Para variar, fue lord Grant quien perdió los estribos. Con un gesto brusco ordenó a su bastardo que saliera. Miró a su mujer y, tras asentir, ella abandonó también la alcoba.

—Os alegrará saber que los Gowan han cuidado de los pocos Grant que quedaban en Urquhart. También de mí —dijo entonces James.

—No lo dudo. Alfred es un buen hombre.

—Los Macdonald lo colgaron ayer, en mi lugar.

—James...

—Celebró el ataque del castillo a escondidas, igualmente. Por primera vez en años, habían recobrado la esperanza.

Habló sereno, pues así se sentía a pesar de todo, y percibió la sorpresa en el rostro de su padre.

—No parecéis el mismo hombre, James.

—Pensaba en vos todo el tiempo, padre. En que es más difícil alejar la mano del arma que empuñarla. Esperé horas, días... —suspiró—. Siento

haberos desobedecido.

—Estáis vivo.

—Ellos me ayudaron a salir de allí. Yo solo tuve que ser paciente y confiar.

Lord Grant se puso en pie y dio algunas vueltas por la habitación.

—No os reprenderé más. Sé que sois joven y apenas habéis comprendido el verdadero peso de las armas. Hice todo lo que estaba a mi alcance para evitar un baño de sangre: rogué a su majestad, suplicándole que se nos devolviera aquello que nos fue concedido legítimamente después de años de trabajo y sacrificios. —El Lord suspiró—. ¿Creéis que mi mano no tiembla también sobre la empuñadura? No me honra que mi familia deba residir en las tierras de John, que los años transcurran mientras el odio nos alimenta. Que en todos este tiempo solo tu captura me haya conducido a poner en peligro las vidas de los pocos que siguen a mi cargo es... —Es lo que os hace humano.

Un escalofrío recorrió su espalda cuando la reacción más inesperada transformó el rostro de su padre. Una sonrisa torpe se abrió camino entre la culpa y el cansancio.

—Sois un buen hombre, James.

—Es lo único que he intentado siempre.

—Aquel día, en el claro...

—Había una mujer herida. Quise brindarle ayuda y entonces... El lord lo detuvo con un gesto.

—Hicisteis lo que debíais hacer. Ahora es mi turno. Reponeos, James. Incluso si el bueno de Alfred ya no está entre nosotros, haremos que el resto de los Grant se sientan como en casa, en Urquhart o donde sea necesario.

James sonrió también. Urquhart les había brindado poder en el Glen, riquezas y tierras pero no debían olvidar que, pasara lo que pasara, eran ellos quienes daban vida al clan y lo hacían existir, con o sin un castillo que los protegiera.

Su madre entró en el cuarto poco después de que el lord saliera. Lo miró inquisitivamente, preocupada, y él la tomó de la mano.

—Todo está arreglado, madre. Perdonadme vos por haberos hecho sufrir

todo este tiempo. —Ella lo besó en la frente sin decir nada—. Mis hermanas, ¿están bien?

—Vinieron a veros nada más llegar. Se alegran de teneros aquí, pero no tanto como yo.

Los dos rieron. Entonces James recordó su herida —a Jenny— y su alegría se congeló en una mueca.

—¿Ocurre algo, hijo?

—La muchacha a la que salvé... Escapábamos juntos y ella decidió quedarse a última hora.

—Que eso no te preocupe, James. Ahora solo debes descansar.

Cerró los ojos y de inmediato la imagen de Jenny le sobrevino. Por un instante había creído que Bran no se interpondría entre ellos y ahora, además de mantenerlo lejos del castillo, había logrado apartarlo de ella.

—¿James? —oyó que decía Meribeth.

—Duerme —repuso su madre, en voz baja—. Podéis quedaros a su lado si gustáis.

La mujer salió y James notó como la doncella ocupaba su lugar y lo tomaba de la mano. Pensó en cómo se las habría arreglado para escabullirse de la multitud y sacarlo del infierno después de que Jenny diera la voz de alarma. Sin su ayuda jamás hubiera logrado cruzar el lago y aún así el dolor por la traición de Jenny le impedía abandonarse al tacto suave de las manos de la doncella.

—Descansad, valiente —dijo ella.

«Valiente». Valiente y no *osado*, como insistía en burlarse John. Poco a poco, reconfortado, cayó en las redes del sueño. Debía ponerse bien si quería acompañar a su padre de vuelta a Urquhart.

Capítulo 22

Descansar en la mejor alcoba del castillo no ayudó a Jenny a conciliar el sueño. Estuvo tentada de esconderse en el pasadizo, donde todavía quedarían las mantas que habían arropado a James, los restos de la vela consumida y el olor suspendido del lecho compartido. Sollozó al recordad su tacto amable, sus ojos sinceros. «La mejor forma de vengarte de él, Jenny, no es entregarle tu vida, sino ponerte a salvo». Así se había sentido junto a él: a salvo, no como ahora.

Entre sollozos se acurrucó en la cama vacía. Pensó que Bran o el lord podían entrar en cualquier momento, tomarla por la fuerza y acabar con su vida. Lloró largo rato. Lo vivido junto a James no era más que un paréntesis dentro del horror constante desde su llegada a Urquhart. Justo cuando se sentía más fuerte y esperanzada, volvía a las manos de los Macdonald. Deseó que James estuviera allí, con ella, y maldijo a Meribeth por haberla delatado.

Se acurrucó en el rincón más oscuro de la habitación cuando escuchó sonido de pasos. Lord Macdonald entró en la habitación y sonrió al percibir su terror. Sin dejar de mirarla, se sirvió una generosa cantidad de whisky en su copa de cristal.

—Decidme, muchacha, ¿habéis oído la vieja leyenda del rayo verde?

—No sé a qué os referís.

Temió que se acercara a ella, que la tocara, pero el Lord se limitó a sentarse en una butaca próxima.

—Cuando el sol se pone sobre el mar un día despejado —empezó—, justo antes de ocultarse es posible ver un último rayo verdoso, no anaranjado como de costumbre. ¿Habéis contemplado el fenómeno en alguna ocasión, Jenny?

Cruzada de brazos, movió la cabeza de izquierda a derecha. El lord aprovechó la pausa para vaciar gran parte del contenido de la copa.

—Es una lástima, porque la misma leyenda asegura que si una mujer lo ve no se equivocará jamás al elegir pareja.

—Claramente, no he tenido la oportunidad.

El lord echó a reír. Jenny estuvo segura de que la mataría cuando terminara su copa, no sin antes tomarla con violencia como había insinuado en el patio. Contuvo un sollozo cuando él se le acercó.

—Sin duda mi sobrino tiene mucho que aprender. No me miréis así, muchacha. El precio de mi amabilidad no es el que creéis.

Pensó que la golpearía o que trataría de tocarla, como había hecho Bran, sin embargo, sus dedos toscos secaron las lágrimas que no dejaban de caer por sus mejillas.

—¿Qué queréis de mí?

—Temo que Brandom no esté cumpliendo con la labor para la que fue enviado al castillo.

Aquello captó la atención de Jenny. Tal vez el gesto del lord no fuera un rayo verde, pero sí un rayo de esperanza.

—¿A qué os referís?

—Mi visita a Urquhart no es casualidad. Creedme, las obligaciones del clan me requieren en las islas, no en el Great Glen, pero los rumores crecen... Brandom retiene para sí las riquezas del castillo en lugar de cumplir con los tributos establecidos. Es su poder el que aumenta en el valle, no el de los Macdonald, ¿comprendéis?

Jenny asintió aunque no estaba muy segura de lo que insinuaba el lord. ¿Acaso no era Bran una encarnación de su autoridad?

—Pretendía que mi visita fuera una sorpresa. Como veis, su red de contactos es poderosa y me esperaba un recibimiento más que premeditado. Lástima que el incidente con los Grant haya debilitado nuestra imagen y no solo la suya. ¿Comprendéis, Jenny lo que sucede cuando un hombre se comporta de forma egoísta?

Volvió a asentir. El lord llenó su copa por segunda vez y aunque ella no había probado una sola gota de licor, empezó a relajarse.

—No temáis, no os haré nada —siguió él—. Por el momento bastará con que permanezcáis aquí para lograr mi propósito: que los que aun no han comprendido quién está al mando, lo hagan cuanto antes.

—Me halaga que me concedáis tanto poder.

Las carajadas de Lord Macdonald resonaron por toda la alcoba.

—Sois, en verdad, una mujer particular. Siento deciros que la verdadera revolución se hará esperar un poco. Uno de mis hijos menores está ya en camino, Jenny. En adelante él ocupará su puesto y Brandom deberá responder por su traición. Sin embargo, antes... —Antes debéis probarlo ante sus

hombres.

El lord sonrió.

—Tal vez no hayáis demostrado un gran talento escogiendo a vuestra pareja, pero no sois estúpida; no lo sois.

—¿Qué esperáis que haga?

La sonrisa de él se amplió y Jenny empezó a lamentar su atrevimiento.

—Seguís sin recordar quién sois, ¿cierto?

—Me... me temo que así es.

—Descansad, ahora. Mañana os diré exactamente lo que debéis hacer.

Jenny vio salir al lord, después de que vaciara su copa. No supo si confiar en él; después de todo, había asesinado al señor Gowan con tal de consolidar su poder frente al resto de highlanders. ¿Qué no haría con ella, sola y encerrada?

—¡Jenny!

La voz familiar de Lorna le confirmó que, de alguna forma inverosímil, se encontraba segura bajo la protección del lord. ¿Cómo sino hubiera él consentido que viera a su amiga? Se abrazó a ella con fuerza.

—Dime, ¿te ha hecho algo ese salvaje?

—No, solo... —Se secó las lágrimas mientras Lorna la palpaba en busca de algún rasguño—. Lord Macdonald solo quiere que lo ayude a desenmascarar a Bran.

—¿Qué quieres decir? Él es su sobrino, el segundo al mando. ¿Seguro que estás bien?

—Dice que no confía en él, y que cree que ha usado las tierras del castillo en su propio beneficio. Él... insiste en que yo puedo ayudarlo.

Jenny miró a Lorna, que había fruncido el ceño.

—Estás... pareces distinta. ¿Sabes algo de James? Las otras doncellas dicen que el pasadizo está vacío y no hay rastro de él en la torre o las cocinas.

—Yo lo ayudé a escapar. La última vez que lo vi había atravesado la puerta del agua... A estas horas, si todo ha ido bien, debe estar a salvo. Dime algo, Lorna, ¿Meribeth está junto a las otras doncellas?

La mirada de Lorna seguía siendo inquisitiva.

—Te veo diferente —insistió—. ¿Has recordado algo?

Jenny cerró los ojos.

—Solo a James en el claro del bosque. Decía la verdad sobre lo que pasó allí. Todos teníais razón.

—¿Y algo de antes?

—Nada salvo los sueños de los que te hablé. Bran y yo, como si fuéramos diferentes, pero iguales:
yo asustada, él despreciable, huidizo e imposible de satisfacer.

—Hablas distinto, también.

—James me salvó, Lorna. Evitó que Bran me pusiera las manos encima e hiciera algo terrible. — Jenny sollozó—. De alguna manera, en medio de todo esto, me ha ayudado a encontrarme.

Su amiga la miró con fijeza. Luego carraspeó.

—Escúchame. Creo que es el momento de que te cuente la verdad.

—¿La verdad?

—Sobre ti, sobre este lugar y sobre esos sueños que has tenido... Siéntate.

Después de que Lorna comenzara a hablar, muchas de las cosas que habían sucedido comenzaron a cobrar sentido para Jenny.

—El Bran de tus sueños es real —explicó—. Vosotros os conocíais de antes, de hecho erais pareja. No aquí, claro, sino en un lugar distinto, en otro tiempo.

Abrió mucho los ojos.

—En... otro tiempo.

—Todo salió mal desde el principio. Viajamos atrás para que pudieras arreglar las cosas con Bran. Quisiste que fuera en Urquhart, donde discutisteis por última vez, pero al tratar de regresar a ese momento retrocedimos demasiado. Entonces ocurrió todo lo que sabes: tu aterrizaje en el claro, el golpe... No recordabas nada cuando te encontraron. Intenté advertirte sobre Bran pero tú insistías en mantenerte a su lado: después de todo, algo en ti sabía que habías viajado tan lejos para verlo. Dime, ¿lo recuerdas?

Jenny negó con la cabeza a la vez que trataba de asimilar las palabras de su compañera. Aquellos hechos sonaban ajenos, disparatados, y sin embargo su amiga la miraba al borde de las lágrimas, como si su insistencia fuera a obrar el milagro de devolverle la memoria.

—Si lo que dices es cierto, ¿cómo llegamos hasta aquí?

Su pregunta le generó una sensación de *déjà vu* y, antes de oír la respuesta, supo que Lorna la había contestado antes.

—Nicole nos ayudó. ¿Te acuerdas de ella? —«Recordar, recordar». Jenny suspiró, cada vez que

su amiga conjugaba aquel verbo maldito la niebla le hacía cosquillas—. Es... es igual. Nicole nos enseñó a viajar en el tiempo, a las dos. Escúchame, Jenny. No quiero aturdirte, por eso he esperado para ver si lograbas recuperar la memoria por ti misma, pero se nos acaba el tiempo.

—¿Qué quieres decir?

Tiempo: ese era el eje central de todo, se dijo, aunque nunca parecía estar de su lado. Siempre era demasiado atrás o demasiado poco, como con James en el pasado.

—Para volver a casa necesitas recordar tu palabra segura. La escogiste antes de viajar y es tu billete de retorno. Tienes menos de dos días para recordarla, porque si no... —Si no, ¿qué?

—Nicole dijo que nunca podrías regresar

A aquellas alturas, Jenny no sabía si reír o llorar. Lorna hablaba de tiempo, de memoria, de esa Nicole que más que humana parecía una hechicera peligrosa. ¿En qué manos se encontraba? Prefería perderse en la bruma a confiar en toda esa sarta de tonterías.

—Escúchame, Jenny —insistió Lorna—. ¿Cuántas veces me repetiste lo extrañas que eran las ropas de Bran en tu sueño? ¿Crees que podrías haber inventado algo así tú sola?

—Pasan toda clase de cosas estúpidas en los sueños.

—¡Esto va en serio! Tu prioridad debe ser recordar la palabra segura y salir de aquí cuanto antes.

Sostuvo la mirada de Lorna sin que ella hiciera amago de parpadear una sola vez. Hablaba en serio, sí, y eso solo terminaba de inquietarla.

—Ya confiaste en mí una vez, y no estoy segura de si arrepentirme de ello, pero hemos llegado hasta aquí juntas. Solo quiero que todo termine —añadió su amiga—Por favor, Jenny. Tienes que creerme.

La sola posibilidad de que Lorna dijera la verdad le recordó de inmediato a James. Él quedaría atrás en el tiempo, junto con lo que habían compartido.

Un escalofrío recorrió su espalda. ¿Cómo iba a regresar a un lugar en el que todo eran sombras mientras los pocos recuerdos que conservaban, incluido él, pasaban a ser la anécdota de un viaje inverosímil?

Pensó en la palabra segura, la que le sacaría de allí, y en lo que representaría para ese «yo» lejano al que Lorna se refería como si se tratara de una persona distinta. Debía serlo si se vestía con esas ropas tan extrañas y se aferraba a Bran como si no tuviera recuerdos.

Una sensación familiar comenzó a invadirla: la culpa. Abatida, se dejó caer entre los almohadones.

—Necesito descansar, pensar sobre todo esto —murmuró.

Lorna ya no insistió. Se tumbó a su lado y la abrazó en silencio, como si al rodearla pudiese transmitirle sus recuerdos.

Capítulo 23

—Atacaremos mañana en la madrugada, aprovechando la niebla.

Un grito triunfal nació en la garganta de James y se extendió por todo el gran salón. Dos años después, con tristeza pero sin más remedio, lord Grant los enviaba a la batalla.

Observó el rostro de su hermanastro John, que frunció el ceño al comprender que sus días como benefactor del clan estaban contados. Había disfrutado del aprecio de todos los hombres de su padre como si fuera el segundo al mando. Sus tierras eran muchas y hasta tenía una esposa que le había dado dos hijos sanos. John debía continuar con su destino: gestionar aquel castillo con honra, felicidad y el respeto de sus habitantes, pero sin el apellido Grant.

Ahora había llegado su turno, se dijo James. A pesar de las protestas de lady Grant, ordenó que lo llevaran hasta el gran salón, con o sin fiebre, para escuchar las palabras de su padre.

—Volveremos a casa —siguió el lord—. Rescataremos a los nuestros. Ellos nos necesitan. Juntos recuperaremos lo que nos pertenece.

Los aplausos y gritos continuaron. Sus fuerzas eran menores a las de los Macdonald, James lo sabía bien, sin embargo, aquellos hombres y mujeres llevaban mucho tiempo esperando justicia... y preparándose para ella.

—Dividiremos en dos el ataque. El primer grupo partirá por tierra en

cuanto caiga la noche y asaltará el castillo por el lado sureste, como en la ocasión anterior. Entonces el grueso de los Macdonald se concentraron en este punto y olvidaron otro enclave fundamental... El puerto. —Lord Grant lo señaló, sonriendo—. Seguid vos, James.

Un murmullo se extendió por la sala cuando, con dificultad, se apoyó en su madre y una vez en pie tomó la palabra.

—Los vigilantes tienden a agolparse en la zona sur de la muralla y descuidan el lago —comenzó—. Nadie nos vio salir ayer por la puerta del agua y probablemente ignoran que cuentan con dos residentes menos en el castillo.

—¿Qué proponéis, entonces?

James ya contaba con la posible intervención de John. Todos enmudecieron como si temieran una explosión de ira por su parte. Esperaban ver a James el osado, sonrió para sí, pero no estaban preparados para encontrarse a James el valiente.

—El segundo grupo atacará desde el norte. Partiremos más tarde y atravesaremos el lago en varias barcas. Cuando comience el ataque por tierra y los Macdonald concentren sus fuerzas en la muralla sur, atravesaremos la puerta del agua y tomaremos el castillo desde dentro. Los Grant que queden allí nos ayudarán.

—¿Y vas a liderarlos tú, que apenas puedes tenerte en pie?

A pesar de lo burlón de la pregunta nadie rió la gracia de John. James besó la frente de su madre, quien seguía sosteniéndolo con firmeza.

—Iré junto al resto en los botes, aunque no pueda luchar. Conozco bien el lago, puedo guiarlos. No pretendo cubrirme de gloria, me basta con que me baje la fiebre, John.

Algunos hombres rieron, no del modo en que solían. James se dejó caer sobre su asiento, dando por terminada su intervención, y entonces comenzó a recibir palmadas de ánimo en su hombro sano. «Bien dicho», murmuraron algunos.

La sonrisa orgullosa de sus padres lo reconfortó. Más que las palmadas o el orgullo del resto, su propia entereza resultó el mejor premio. Recordó al James que hubiera rechinado los dientes y retado a su hermano a una pelea, al James que hubiera desafiado a Lord y Lady Grant por la gloria de combatir

esa madrugada, aunque el precio fuera su propia vida.

Había aprendido a contar hasta diez. Sentía el dolor y cómo este lo maleaba haciéndolo no más débil, sino más fuerte. Menos osado y más valiente.

Nadie se burló cuando escuchó el resto del plan apoyado en el regazo de su madre, con los ojos cerrados y todavía tembloroso por la fiebre. Nadie hizo ya alusión a él como el joven Grant. Terminada la reunión, pensó en que debía descansar si quería servir de ayuda a los hombres de los botes.

Antes de cerrar los ojos, ya en sus aposentos, Jenny vino a su mente. ¿Qué habría sido de ella? ¿Continuaría con vida, la vería de nuevo si tomaban el castillo? Solo imaginarla con Brandom hizo que le hirviera la sangre. Jamás entendería por qué se había quedado.

—Habéis estado increíble, James. ¿Visteis la cara de vuestro medio hermano?

Meribeth había entrado en su alcoba sin llamar. Llevaba puesto uno de los vestidos de sus hermanas y le pareció que se veía bonita, aunque hubiera preferido que no lo asaltara a cada rato en el cuarto.

—Gracias por vuestro apoyo, Meribeth. Me gustaría dormir un poco.

—Todavía tenéis fiebre alta. Os pondré compresas de agua fría para que podáis descansar.

Suspiró. Cuando ella se empeñaba en algo, no había modo de llevarle la contraria. En cierta manera, le recordaba a sí mismo... a Jenny.

—Me alegro de que finalmente ataquéis Urquhart. Los Macdonald han hecho de nosotros lo que han querido. Si pudiera, yo misma viajaría de vuelta al castillo para rajar la garganta de Brandom con su propio cuchillo.

—¿Acaso os hizo algo que deba saber?

Meribeth escurrió el trapo con brío. James abrió los ojos a tiempo para ver su expresión contraída.

—Ser mujer no es sencillo y menos en un castillo enemigo, señor.

A James se le hizo un nudo en la garganta que le recordó lo mucho que aun debía aprender sobre la paciencia. Imaginó lo que pudo haberles sucedido a sus hermanas de haberse quedado en Urquhart.

—Os juro que Brandom no quedará impune.

—Gracias.

El trapo frío lo reconfortó. Los dedos de Meribeth comenzaron a masajear su sien y pronto volvió a quedarse dormido.

Capítulo 24

Jenny amaneció abrazada a Lorna, sin ningún sueño o palabra segura que recordar, despertando a la pesadilla, no de ella.

—¿Dónde está Meribeth?

—Nadie la ha visto esta mañana, milord.

—¡Buscadla en los aposentos de Brandom!

El griterío terminó de espabilarla. Sacudió a Lorna, que despertó de un brinco.

—¿Qué...?

Lord Macdonald irrumpió en la alcoba.

—Esa maldita doncella solo tenía que despertaros y ha resultado inútil incluso para eso. ¡Vestíos, debo hablar con vos!

Las dos se cubrieron con las mantas, asustadas. El lord salió de la alcoba tan rápido como había entrado.

—¿Has recordado algo? —preguntó Lorna, por todo saludo de buenos días. Jenny negó por la cabeza.

—Escúchame, Lorna. Si no hacemos lo que él ordene, moriremos igual.

—Pero si no sales de aquí...

—Márchate cuando llegue el momento. Yo tengo que arreglar esto.

Se vistieron todo lo prisa que pudieron para presentarse ante el lord. Pensando en James, Jenny se asomó a la ventana que daba al lago y la niebla le dio los buenos días.

—Por fin llegáis. Os presento a Lord Cameron de Lochaber, un viejo aliado de los Macdonald. Lochield, esta es la joven de la que os hablaba.

Los ojos claros de aquel desconocido brillaron al verla. Jenny pensó que, para tratarse del jefe de un clan, se veía viejo, delgado y muy deteriorado. Representaba, de algún modo, la antítesis del propio lord Macdonald.

—Así que esta es nuestra baza.

—Repartiremos el Glen como si realmente fuera hija vuestra, Lochield. Ahorraremos a lady Cameron su dote y el esfuerzo de haberla parido.

—Un momento, ¿qué es todo esto?

Jenny intercambió una mirada rápida con Lorna. Su amiga parecía tan desconcertada como ella.

—Lord Cameron posee gran parte del oeste del Glen. A ambos nos interesa consolidar nuestro poder en el valle y expulsar a los Grant. Por supuesto, ello implica apartar a Brandon, ¿no es cierto, Lochield?

—Temo que su ambición ponga en jaque nuestras tierras, cuando siempre hemos sido clanes amigos —confirmó el hombre.

—¿Y qué pinto yo en todo esto?

—Ya que no tenéis una identidad confirmada, haremos creer a mis hombres que sois hija de Lord Cameron. Os casaréis con uno de mis hijos menores, Donald, que llegará hoy al castillo, y de ese modo sellaremos nuestra alianza: los Cameron y los Macdonald gobernaremos el Glen.

—¡De ninguna manera! ¡No me casaré con nadie, no participaré en este engaño absurdo!

Lord Macdonald la sujetó con fuerza de la muñeca.

—¿Preferís que os conceda una identidad menos cómoda y terminéis arrojada al otro lado de la muralla, sin un apellido que os proteja?

Jenny rompió a llorar. Tal vez la muerte era la solución más dulce, ya que el destino se empeñaba en ponerle una prueba tras otra. Marioneta, bañera, mujer —por fin— y de pronto, mercancía.

Se giró hacia Lord Cameron, que los observaba con una media sonrisa.

—Y vos, ¿vais a tomarme como hija? ¿Qué clase de hombre sois al permitir algo así?

—Mi mujer solo ha parido hombres, gracias a Dios, pero eso nadie lo sabe en este lugar.

—¿Qué haréis conmigo después de todo esto?

Los dos hombres echaron a reír. Rieron tanto que apenas pudieron contener las lágrimas.

—Habéis estado realmente a la altura, Ian —consiguió decir Lord Macdonald, mirando a su compañero—. No temáis, Jenny. Lochield tiene mucho trabajo gobernando sus tierras. Ian es en realidad un viejo amigo que representará su papel... y por lo que veo, ha sido capaz de impresionaros. Vos lo haréis igual de bien.

Los hombres siguieron riendo y entonces Jenny lo entendió: todo era una

farsa. La boda, la alianza con los Cameron... Lord Macdonald quería todo el poder para sí y estaba dispuesto a engañar a sus hombres con tal de eliminar a Bandom. Ian no era más que un pobre diablo; con razón le había parecido tan poco digno del título de lord.

—Esto es lo que haremos. —El Lord se aclaró la garganta y siguió hablando sin perder la sonrisa —. Ian, ya habéis atravesado la puerta con una escolta digna de lord Cameron. Anunciaremos vuestra presencia a los guerreros durante el almuerzo. Jenny, será en ese momento cuando os presentaremos como su hija. En agradecimiento por haberla acogido, lord Cameron la ofrecerá en matrimonio a uno de mis hijos y sellaremos la alianza entre clanes. Si es preciso, celebraremos la unión esta misma tarde, cuando llegue Donald. Después del matrimonio, los hombres sabrán de qué lado estar... El favor de los Cameron es mil veces más valioso que las migajas con que Bandom contenta a sus guerreros. Daremos la orden de apresarlos esta misma noche, y no quedará opositor alguno.

—Vuestros guerreros os matarán cuando descubran el engaño. ¿Qué clase de lord sois?

—Estarán demasiado ocupados bebiendo cerveza después de la boda, creedme. Incluso si descubren la verdad, dudo que quieran correr la misma suerte que mi sobrino. Soy el jefe del clan por una buena razón, Jenny, no me subestiméis.

—Debéis ser un hombre muy poco inteligente si os tomáis tantas molestias para recuperar el poder y tan pocas para conservarlo.

Jenny sintió la mano de Lorna en su hombro, seguida del silencio del Lord, y supo que había cruzado la línea.

—Permaneceréis en la torre hasta que llegue la hora. Si no cumplís con vuestra parte os mandaré ahorcar y colgaré vuestros restos de la muralla. Creedme, nadie se parará a llamarme mentiroso a sabiendas de que puede correr el mismo destino.

El lord abandonó la estancia seguido de Ian el farsante y cerró la puerta tras de sí.

—Imbécil —maldijo entonces—. Debió pensarlo mejor antes de poner al mando al idiota de su sobrino. ¡Ojalá ninguno de los guerreros lo tome en serio!

Jenny dio un golpe sobre la mesa que hizo temblar la cristalería. Lorna, al borde de las lágrimas, pegó un brinco.

—Jenny, debemos salir de aquí como sea. Tienes que recordarlo todo, por favor. No quiero volver y verte sentada en ese sofá, como si estuvieras muerta... ¡Haz un último esfuerzo! Si lo logras, no tendrás que mentir, ni casarte... Volveremos a casa.

La carga de la verdad, el peso de los últimos días, se vino encima de Lorna. Jenny sabía cómo se sentía. ¿Qué podía decirle? Querer no era la cuestión, sencillamente no *podía* recordar. Estaba atrapada.

«Debemos mantener la calma», pensó, no obstante. De lo contrario, perderían la oportunidad de encontrar una salida. Jenny se sentó junto a Lorna y rodeó su cara con las manos.

—Vamos, tranquila. —Hizo un esfuerzo por sonreír—. Háblame de cómo soy en realidad, de la vida que llevamos. ¿Es muy diferente todo aquello? No estés triste, sé que somos buenas amigas. Háblame de nosotras, tal vez me ayude a recordar.

Lorna comenzó con voz temblorosa una enumeración desordenada de lugares, personas y sucesos increíbles. Saint Andrews, el nombre del pueblo en que vivían, no le trajo recuerdo alguno. Las dos eran estudiantes de historia: de los aciertos y desaciertos de hombres como los Grant y los Macdonald. Según Lorna, había estado en Urquhart cuando se reducía a un montón de pedruscos abandonados sobre el promontorio. El Bran que ella había conocido no portaba armas ni gobernaba un castillo, pero se las arreglaba para hacerla sufrir de maneras retorcidas y sorprendentemente familiares.

—Cuando llegué aquí volví a caer en lo mismo... Soy una estúpida.

—No te culpes. Él es cruel y sabe muy bien cómo llevarte a su terreno. Lo importante es que ya te has dado cuenta de la verdad.

—De nada va a servirme si continúo atrapada en este castillo, obligada a casarme con un Macdonald para no terminar como Alfred.

—Vamos, Jenny...

—No negaré que, si después de todo logramos que Bran acabe en las mazmorras, habré disfrutado de todo esto. —Jenny se dejó caer sobre la cama—. Dime, ¿recordaremos algo de lo que vivimos aquí si logramos volver a

casa?

—Lo recordaremos. Nicole siempre dice que es lo más complicado: vivir con ello.

—¿Y qué ocurre con las personas a las que nos cruzamos? La señora Gowan, Brandom... James. ¿Existen o son un producto de nuestra imaginación? ¿Nuestra presencia aquí altera de alguna manera el futuro?

Notó la mirada de Lorna.

—¿Te preocupa no volver a ver a James?

Jenny se sonrojó.

—No es eso, solo siento curiosidad.

—Nicole te lo explicó: todas las personas con las que nos cruzamos son reales. Sus pensamientos, ideas, acciones..., todo proviene de una noosfera, una especie de repositorio en el que se conectan nuestras vivencias. Bran es Bran, no la idea que tú has concebido sobre él.

—Si Bran es Bran, ¿por qué estamos aquí, quinientos años antes de que él naciera?

—Dominar la práctica de los viajes toma algo de tiempo —Lorna sonrió—. Nos has traído al lugar equivocado. Aunque no recuerdes nada, eres historiadora... El castillo, las rencillas entre clanes... todo es producto de tu obsesión por Urquhart.

—¿Quieres decir que esto es algo así como un sueño? ¿Que si recuperase la memoria, sabría cómo acaba?

—Es un poco más complicado que eso. Pero sí, recordar cualquier detalle nos sería de gran ayuda. Llevabas un libro sobre la historia de Urquhart en los días previos a nuestra llegada... debiste comprarlo en tu viaje con Bran. Estoy segura de que lo que leíste influyó en que termináramos aquí.

Jenny cerró los ojos. De pronto, le sobrevino una imagen estremecedora: las ruinas del castillo, sus pies descalzos sobre la hierba helada. «Brandom. ¡Bran!». Dejó de sentir las manos de Lorna y le pareció encontrarse lejos, muy lejos de ella. Quiso obligar a sus piernas a dar un paso al frente. Por primera vez en días, no reinaba la niebla y podía ver con claridad a su alrededor.

—¡Jenny! ¿Estás bien?

La visión desapareció tan pronto como había llegado. De vuelta a la

realidad, Lorna la zarandeaba.

—He... He visto las ruinas. —Jenny parpadeó varias veces—. Podía verlas desde lejos.

—¡Estás recordando! —Lorna comenzó a dar saltos por la habitación—. Saldremos de aquí, ¡lo lograremos!

Las dos perdieron la sonrisa cuando alguien golpeó la puerta varias veces.

—¡Es hora! ¡Presentaos en el gran salón, el lord os reclama!

Jenny bajó la mirada.

—El tiempo, siempre el tiempo... Vamos.

Tomó a Lorna de la mano y siguieron al guarda.

Capítulo 25

Había fantaseado sobre una boda con Bran de mil maneras en los días anteriores: él, frente al pequeño altar de la capilla, en pie junto a ella. Sus manos tomadas, los ojos llenos de lágrimas, los vítores de la multitud. En especial esto último, porque una boda hubiera significado el fin de los corredores secretos, los encuentros furtivos y la vergüenza. Habría traído lo que él jamás supo darle: el lugar que merecía.

Y mientras sostenía la mano de aquel desconocido —Donald Macdonald, tercer hijo del lord— no paraba de darle vueltas a la idea de lo que pudo haber sido. El sacerdote murmuraba su retahíla en latín mientras todos esperaban fuera. Todos excepto los farsantes, claro está. Lord Macdonald e Ian, en primera fila, sonreían como si fueran espectadores de una comedia. Se preguntó si el sacerdote sería tal, o si formaría parte del elenco improvisado. Solo Bandom ponía un punto de realidad a la escena; no frente al altar, como Jenny hubiera deseado antes de conocer su cara verdadera, sino en los asientos de las últimas filas, desafiante, sabedor de que la unión ponía fin a una etapa donde el único límite a sus ambiciones eran las montañas más lejanas del Glen.

La intervención en el gran salón fue breve y ceremoniosa, como las otras veces. Sirvieron la cerveza justa para que los highlanders, medio mareados, vitorearan al falso lord Cameron y dieran su beneplácito al matrimonio. Poco después, el altar.

Jenny repitió las palabras del sacerdote llegado el momento, imaginando

que era James y no Donald —mucho menos Brandom— quien a su vez las repetía y sellaba así la promesa de una alianza entre clanes. Se preguntó si la comedia se mantendría después de completar el sacramento o si bajarían de los escenarios obligados a seguir representándola, él feliz de contar con una esposa joven, sana y sin memoria a la que poder tomar si una noche no le satisfacía alguna de sus sirvientas.

—Amén —finalizó el cura.

—Amén.

Y tras el coro los bendijo con la señal de la cruz. Jenny no perdió de vista las manos sobre las espadas: los Macdonald estaban preparados y Bran debía sospechar lo que se avecinaba. Salieron al patio y los recibieron con vítores y aplausos. «Vivan los Cameron, ¡hurra!».

Nadie protestó cuando Lord Macdonald siseó:

—Prended a mi sobrino y encerradlo en la torre.

Brandom no se resistió. Dejó que los guardas de su tío lo agarraran discretamente y lo apartaran de la multitud. Ningún hombre mostró señales de oponerse.

—Lamentarás compartir tu lecho con él a partir de ahora —dijo en voz bien alta al pasar junto a Jenny—. No me equivoqué contigo, después de todo. El poder es lo único que has perseguido desde tu llegada aquí. Eres una inmadura, una indecente, una...

Jenny agachó la cabeza. No quería verlo más, ni que le dirigiera la palabra. Lord Macdonald parecía estar de acuerdo, porque urgió a los guardas:

—¡Lleváoslo ya!

Las palabras crueles de Brandom rebotaron en la cabeza de Jenny: «Lamentarás compartir tu lecho con él a partir de ahora». Aunque lo mantenían bien sujeto, la sola idea de que Bran pudiera hacerle daño le provocó un escalofrío. Nada le daba más miedo que él, ni siquiera la idea de quedarse atrapada en un pasado imaginario, prisionera de los otros Macdonald.

De pronto el patio y todas las personas a su alrededor desaparecieron. Se encontró frente a Bran, el Bran distinto.

«Eres una inmadura, una indecente, ¿y sabes lo peor? Nunca vas a cambiar».

Jenny supo que estaba ante un recuerdo, no ante un sueño. Esas palabras las había oído antes, sí, también en Urquhart, solo que en un momento distinto. Lo recordó: las lágrimas apenas le dejaban ver el rostro de Bran, que entonces le había parecido triste y decepcionado. Estuvo segura de que eran las palabras con las que él había puesto punto y final a su relación.

El recuerdo quedó suspendido unos minutos más ante sus ojos, sin que Bran añadiera nada. «*Márchate*», se oyó decir a sí misma.

Su valor se redujo a un susurro que él apenas oyó, pero que fue suficiente para obligarlo a dar media vuelta y desaparecer en dirección opuesta.

Jenny volvió en sí poco a poco. El murmullo de los guerreros la envolvió, recordándole dónde se encontraba y en especial que Bran el highlander también se había alejado de ella.

—No temáis, Jenny. Os aseguro que no volverá a poner el pie en vuestros aposentos —dijo Lord Macdonald, como si le hubiera leído el pensamiento—. Soy un hombre de palabra y Bandom partirá mañana mismo, bien lejos de vos.

Le dio unas palmadas en la espalda y al hacerlo derramó una buena parte de la cerveza que alguien acababa de servirle. Jenny se apartó sin decir nada, pensando que todo había salido a pedir de boca para él: la falsa boda, la detención de Bran... La alegría se palpaba también entre los highlanders, que brindaban por su nuevo jefe y parecían no lamentar que el anterior hubiese sido desterrado.

Tal vez, pensó Jenny, Lord Macdonald tenía razón y la cerveza bastaba para contentarlos. O más bien, se dijo, temían al viejo lord en mayor medida y estarían dispuestos a fingir y emborracharse con tal de no correr un destino fatal.

El poder, sin duda, podía ejercerse de muchas maneras. El método de Bandom era el miedo y su tío era un gran maestro. Mientras Jenny se preguntaba por qué había creído en las palabras de Bran sin ver el peligro, comprendió que no era muy diferente a todos esos highlanders cautivos del mismo miedo que ella. Se obligó a pensar, para sentirse mejor, que no podía haber adivinado que Bran usaría su poder de la peor de las maneras.

Se había desecho de él, pero no de la culpa... Y tampoco del hijo del Lord, que parecía más interesado en vaciar su jarra de cerveza que en mantenerse en pie. Jenny, cansada de tropezar con guerreros borrachos, hizo amago de

retirarse. Sin embargo, Lord Macdonald la retuvo.

—Sería muy extraño que la novia abandonara tan pronto su fiesta. —Puso una jarra en sus manos—. Bebed y sobre todo quedaos bien cerca de mí, donde pueda veros.

Jenny dudó que pudiera ver nada si seguía empujando el codo a aquel ritmo pero, fastidiada, no tuvo más remedio que permanecer allí.

Lorna también llevaba una cerveza en la mano cuando se acercó a ella un rato después.

—Nadie ha visto a Meribeth desde ayer —dijo—. Los hombres no paran de murmurar: se preguntan dónde estará ahora que Bran ya no goza del favor de su tío y ya no... bueno, ya no es el único con derecho a disfrutar de ella.

Jenny, por toda respuesta, dio un trago a su jarra. Recordó la mirada que había cruzado con Meribeth poco antes de que ella diera la voz de alarma; lo había hecho a propósito, estaba segura. Por no hablar de sus escarceos con Bran... Los rumores de los que hablaba Lorna no hacían sino confirmar lo que ella misma había presenciado. ¡Y pensar que Bran lo había negado todo acusándola a ella del mismo crimen! No sabía si reír o llorar.

Entonces una idea comenzó a tomar forma en su mente.

—Creo que ya sé dónde está Meribeth —dijo.

—¿Acaso la has visto?

—No, nada de eso... Ella me delató, Lorna. Meribeth dio la voz de alarma y estoy segura de que lo hizo para escapar junto a James en mi lugar.

—¿Cómo dices?

Jenny no pudo responder. Un grito provocó un inquietante y repentino silencio, roto poco después por un silbido. Las flechas aterrizaron en el patio y el pánico cundió entre los guerreros, mujeres y niños que celebraban el falso matrimonio.

—¡Corre, ven!

Jenny se sintió arrastrada por Lorna al interior de la capilla. Los guerreros, pendientes de sostener sus jarras, habían dejado las armas lejos. El tiempo que perdieron en organizarse fue definitivo: los tartanes Grant habían invadido todo el patio y muchos más procedentes de la muralla sur se abrían paso a golpe de espada.

Antes de encerrarse en la capilla, Jenny tuvo la sensación de que los pocos guerreros que habían logrado empuñar algún arma era, de hecho miembros del clan Grant, y no dudaron en blandirlas contra los guerreros enemigos, por borrachos que estuvieran.

Desde el interior del pequeño templo, el tiempo de la batalla discurrió especialmente lento. Jenny permaneció abrazada a Lorna, rezando por que todo se resolviera de forma favorable. Pensó, sobre todo, que la presencia de los Grant era esperanzadora, pues un ataque como aquel solo podía ser obra de James. Deseó que estuviera bien con todas sus fuerzas.

Cuando el patio pareció quedar en calma, Jenny hizo ademán de salir.

—Espera —la detuvo Lorna—. Todavía puede ser peligroso.

—Pero...

—¿Quién va?

A la voz desconocida siguieron unos fuertes golpes en la puerta. Jenny, asustada, volvió junto a su amiga.

—Van a echar
la puerta
abajo... —¿Y
si son los
Macdonald?

—No se atreverán a hacernos daño, todavía llevo puesto el traje de novia.

La puerta no tardó en ceder. El alivio se reflejó en sus rostros al reconocer los tartanes rojos de los Grant. El hombre, sin embargo, los señaló muy serio.

—Salid, ¡vamos!

—Por favor, no nos hagáis daño. No tenemos nada que ver con los Macdonald.

El tipo miró de reojo el vestido de Jenny.

—Eso lo veremos. ¡Salid, ahora!

Agarradas de la mano se dispusieron a atravesar la puerta. Otros hombres les indicaron que se arrodillaran en el centro del patio, junto a un pequeño grupo de mujeres. ¿Grant o Macdonald? Jenny no supo decirlo, todas se veían igualmente asustadas.

Creó que las matarían también, al no identificarlas, pero una voz firme retumbó en la distancia.

—¡Dejadlas ir!

Jenny levantó poco a poco la cabeza. A menos de diez metros identificó a James, que caminaba en su dirección.

James... Cuánto lo había echado de menos en el poco tiempo que habían permanecido separados.

Estuvo a punto de levantarse y correr hacia él, sin embargo una triunfal Meribeth avanzaba tomada de su brazo, ayudándolo. La doncella le dedicó una sonrisa y Jenny confirmó, abatida, todo lo que había sospechado.

—Tenemos que salir de aquí —dijo, mirando a Lorna.

Agotada, echó a llorar.

Capítulo 26

Lago Ness, orilla noroeste, horas antes

Vieron la batalla desde el bote, a lo lejos. James habría dado lo que fuera por pelear junto a los suyos, pero sabía que más que un héroe, hubiera resultado un estorbo.

Mientras Meribeth agarraba su mano e intentaba acercarse a él por todos los medios, James solo podía pensar en Jenny. ¿Seguiría viva? ¿Cuál habría sido el precio a pagar por su traición a Bran?

Meribeth había insinuado lo que ese hombre sin honra era capaz de hacer... Él mismo había salvado a Jenny de una agresión similar.

A pesar de las mentiras de la joven, de haberlo abandonado, solo deseaba cruzar la puerta del agua.

—¡Mirad, señor, los Macdonald huyen!

Todas clavaron la mirada en el puerto, donde varios hombres se disponían a tomar una de las embarcaciones. A juzgar por la lentitud de sus movimientos, no se iban con las manos vacías: al menos una decena de ovejas y varios cofres ocupaban ya uno de los botes.

—No venceremos si están dispuestos a arriesgar sus vidas por un puñado de alhajas —gritó James—. ¡Llevad el bote a puerto! —Pero, señor...

Bastó un gesto para que los dos hombres que los acompañaban enmudecieran.

—James, no es seguro acercarse tanto, todavía... Pensad en vos —dijo Meribeth.

—¿Teméis por vuestra vida, acaso? —Su dureza le obligó a recordar que ahora era un hombre distinto, que debía mantener la calma. Cuánto tenía que aprender... Bajó la voz antes de añadir—: Nos acercaremos lo suficiente como para disparar desde el agua. Si van a huir, lo mínimo es que teman por sus vidas.

No debieron acercarse mucho. Los McDonald, al notar su presencia, abandonaron el ganado y los cofres y embarcaron a toda prisa. James sostuvo la mirada de Lord Macondald hasta que la oscuridad se tragó su bote. Buscó a su sobrino entre los hombres que lo acompañaban, pero no había rastro de él.

Volverían a verse, tal vez.

—Diez de los nuestros y más de cincuenta Macdonald, señor. Hemos reunido a varias de sus mujeres en el patio.

—¿Y Brandon Macdonald, lo habéis visto?

—No, señor, aunque algunos escaparon.

—Él no estaba con ellos. Revisad entre los caídos y si no aparece, buscadlo hasta debajo de las piedras.

A pocos pasos de la puerta del agua, ayudado por Meribeth, James pensó en la ironía de la situación. Ahora Urquhart era suyo y Brandon se escondía entre sus paredes. La principal diferencia era que él conocía el castillo como la palma de su mano y el highlander no tendría tanta suerte.

—Dicen que estaban celebrando una boda, señor. La mitad de los guerreros estaban tan borrachos que cayeron sin apenas ofrecer resistencia.

James distinguió las siluetas de varias mujeres. El vestido de una de ellas era especialmente elegante y voluminoso, lo que despejaba cualquier duda sobre su identidad: ella tenía que ser la novia. Se preguntó quién había tenido el honor.

Caminó en dirección al grupo apoyado en Meribeth. No le gustaba que ella lo siguiera a todas partes, pero debía reconocer que a pesar de la adrenalina y la felicidad por la victoria, seguía débil y el frío del lago no lo había ayudado a mejorar.

Cuando distinguió el rostro de Jenny entre las muchachas el corazón comenzó a latirle muy aprisa y el brazo de Meribeth le pesó más que nunca.

—¡Dejadlas ir! —se apresuró a ordenar.

Sin embargo, se quedó sin aire al comprender que era Jenny quien llevaba puesto el vestido de novia. Apartó la mirada de inmediato. ¿Qué significaba aquello? ¿Entonces todo lo que habían vivido juntos se reducía a la nada? ¿Acaso Jenny había decidido empezar de nuevo al lado de Bran, concederle una segunda oportunidad?

—¿Dónde está el novio? —masculló.

—Algunos aseguran que huyó en las barcazas, con el lord.

—No digáis estupideces. Yo mismo vi esa barcaza y Brandon Macdonald no estaba allí.

—Es que no se trata de Brandon Macdonald, sino de uno de los hijos del

lord, señor.

—¿Cómo decís?

—Ella prefirió quedarse... Ahora sabéis por qué —terció Meribeth.

James, confundido, soltó la mano de la doncella y siguió caminando en dirección a Jenny. La muchacha lloraba desconsolada junto a su amiga Lorna. Cuando poco más de dos pasos los separaban, James se dejó caer de rodillas frente a ella.

—Mírame —dijo mientras rodeaba su rostro—. Dime que lo que dicen estos hombres es mentira.

—Lord Macdonald la obligó... Por favor, no nos hagáis daño —musitó Lorna, también al borde del llanto.

James secó las lágrimas de Jenny. La joven tardó un poco en alzar la mirada y, cuando lo hizo, supo que no había duda: decía la verdad.

—No temas, todo ha terminado.

Estrechó a Jenny entre sus brazos y el calor eliminó el dolor, la tristeza y la tensión acumulados en los últimos días.

—Sabía que volverías a buscarme —murmuró Jenny.

Sus labios se encontraron sin esfuerzo y pronto el regusto salado del principio dio paso al dulce calor de siempre.

—¡Esto es el colmo! ¿Vas a creerla después de todo lo que te ha hecho? ¡Jamás hubieras vuelto a casa de no ser por mí!

Los gritos de Meribeth les obligaron a separarse.

—Basta, Meribeth. Esto no tiene nada que ver con vos.

—Os equivocáis... Tiene todo que ver conmigo. ¡Ella os abandonó para casarse con el enemigo!

Jenny se secó las lágrimas y se puso de pie.

—Debería darte vergüenza —dijo, visiblemente furiosa—. Me ayudabas a vestirme para Bran y después retozabas con él a hurtadillas en los rincones más oscuros de la torre. ¿Quién te crees que eres para juzgarme?

—Ni Bran ni James fueron suficientes para ti... ¡Tenías que seducir también al hijo del lord!

—¡Cállate! ¡Me delataste delante de todos aquellos hombres e hiciste creer a James que lo había abandonado!

James, sorprendido por aquella revelación, por fin tuvo la respuesta a lo que tanto le había atormentado... Así que después de todo, Jenny siempre fue fiel a su promesa de permanecer unidos. Cansado de aquella discusión, se puso en pie y señaló a Meribeth.

—Retiraos, muchacha. No quiero oíros más. Desapareced de mi vista, ¡vamos!

La doncella, roja de ira, dio media vuelta y se perdió en el castillo.

James tendió la mano a Jenny para ayudarla a levantarse.

—No le hagas caso —dijo—. Vamos, entremos a la torre. Ahora estamos en casa. ¿Lo sabes, verdad? Estamos a salvo.

La besó en la frente y, tomados de la mano, abandonaron el patio.

Capítulo 27

Jenny no había vuelto a entrar en su habitación de la torre desde lo sucedido con Bran. Creyó que las paredes le traerían malos recuerdos, sin embargo sonrió cuando James cerró la puerta tras de sí.

—Hace frío aquí, ¿verdad? Encenderé la chimenea.

—De acuerdo

Observó a James prender un par de ramas pequeñas con las brasas que quedaban. Añadió hojas secas y pronto los leños ardieron con brío. Jenny esperó a que terminara sentada en el borde de la cama. No podía creer que James estuviera en la misma habitación que ella, después de todo lo ocurrido. Hasta que no despertara a su lado una, dos, tres veces más, no lo creería.

—¿Cómo están tus heridas?

—Mejor. —James se acercó a ella con una mueca pícaro—, aunque me quedaré más tranquilo si te aseguras.

Él se detuvo cuando sus rodillas chocaron con las suyas. Los dos rieron y Jenny comenzó a desabrochar su camisa. El vendaje que recubría el hombro de James no estaba manchado de sangre. Deslizó su mano por el torso y el vello de él se erizó.

—Todavía no estoy segura.

Se levantó y lo obligó a sentarse sobre la cama mientras desabrochaba el cinturón que mantenía sujeto el *feileadh mor*. El hecho de que vistiera los colores del clan la excitó especialmente.

Dejó las armas que portaba James sobre el suelo y empezó a apartar la tela del tartán. Ella misma sentía lo que nunca creyó: humedad debajo de aquel maldito vestido de novia que, irónicamente, iba a quitarse delante de James.

—El corpiño —lo urgió.

Los dedos de él desataron el nudo y después acariciaron su espalda desnuda haciéndola estremecer. Jenny dejó caer la falda y, con las enaguas puestas todavía, se sentó a horcajadas sobre James. Apretó sus sexo ávido contra el cuerpo de él y al instante una oleada de placer la sacudió. Guió las manos de James hasta sus pechos y él los rodeó de inmediato. Acarició sus hombros, su cuello, el nacimiento del pelo y descendió hasta sus nalgas, acercándola más hacia sí. De nuevo se sintió deseada y poderosa a partes

iguales.

Los labios de James recorrieron su cuello haciéndola estremecer y de detuvieron en sus pechos. Jenny quería que llegaran más abajo, por eso se alzó sobre sus rodillas hasta que la boca de él estuvo a la altura de su vientre. James la cubrió de besos y comenzó a bajar las enaguas con los dientes, mientras reía. Las carcajadas y el placer que sentía hacían que Jenny temblara. Los labios de James estaban ya próximos a su pubis y la sensibilidad era tal en aquel lugar que incluso su respiración le provocaba placer. Jenny gimió cuando él rozó su vulva con los dedos y al poco le siguió la lengua. Después de unos minutos, creyó volverse loca de excitación. Tomó el sexo de él entre sus manos y murmuró en su oído:

—Te quiero dentro.

Todavía a horcajadas, Jenny lo guió hacia su interior. Soltó el aire lentamente se llenaba poco a poco de James. Con un suave movimiento dejó que el entrara y saliera mientras, abrazada a su cintura, oprimía su clítoris contra el pubis de él. James gimió cuando comenzó a moverse de forma circular y aumentó el ritmo. Las oleadas de placer de cada roce se extendía por todas sus terminaciones nerviosas. Sudorosa, siguió moviéndose al compás de aquel calor en aumento. La respiración de James también se había vuelto muy agitada. Jenny creyó que iba a explotar de un momento a otro. La presión se volvió incontrolable hasta que sucedió: pegada a James, sintió cómo cruzaba al otro lado y el placer la sacudía. Se mantuvo en tensión tratando de retener cada oleada hasta que él dijo:

—Apuesto a que puedes lograrlo de nuevo.

Jadeante, lo confirmó con una sonrisa. Cambiaron de postura y James la penetró desde atrás, sosteniendo sus nalgas con delicadeza. Jenny disfrutó del clímax una vez más y solo entonces James, sin dejar de mirarla, se entregó también al orgasmo.

Deshicieron la cama y se acurrucaron dentro de las mantas, abrazados.

—No podía dejar de preguntarme si estarías bien —musitó James—. Ahora lo sé.

—Nadie se atrevió a tocarme. Además, estaba segura de que volverías.

Se besaron y poco a poco el cansancio los sobrevino. Había sido un día largo y cargado de emociones. Poco antes de quedarse dormida, Jenny se dijo

«Todo irá bien, estoy en casa».

Estando junto a James, no le importaba si su nueva casa era la niebla.

El sol estaba ya alto cuando Jenny despertó, a juzgar por la luz que entraba desde los ventanales. Buscó a James al otro lado de la cama y al no encontrarlo temió que todo lo vivido la noche anterior fuera un sueño. Agitada, tomó algo con lo que cubrirse y se asomó al corredor.

—¿James?

Debatiéndose entre la realidad y la pesadilla, esperó cruzarse con lord Macdonald de un momento a otro. Imaginó su sonrisa triunfal; esos dientes negruzcos y afilados que tanto le gustaba lucir ante sus enemigos. Al borde del llanto, Jenny corrió hasta la planta principal. Las doncellas murmuraron al verla medio desnuda.

—¿Jenny? —dijo una.

Haciendo caso omiso de ella se abrió camino hasta el salón principal. Allí, en medio de varias mujeres y un hombre de aspecto serio, la visión de un sonriente James le devolvió la calma.

—¡Estás aquí! —exclamó.

Se abrazó a él y solo al soltarlo reparó en la sorpresa de todos los presentes. Una mujer muy parecida a James la miraba con especial fijeza.

—¿Qué haces aquí? —Él rió—. No quise despertarte, mírate.

Ruborizada, Jenny se cubrió lo mejor que pudo y agachó la cabeza.

—Estos son mis padres, Jenny: lord y lady Grant. Acaban de llegar al castillo. Ella es la mujer de la que os he hablado todo este tipo, madre.

La mujer pareció dudar antes de esbozar una sonrisa y tenderle una mano. Lord Grant, por su parte, se mantuvo serio aunque cordial.

—Encantada de conoceros. —Jenny cruzó una mirada rápida con James—. Será mejor que vaya a cambiarme.

—Deja que te acompañe.

—Nos veremos más tarde —terció lady Grant—. Celebraremos un pequeño almuerzo para agradecerte lo que has hecho por James.

—Os lo agradezco mucho, señora.

Tras una pequeña reverencia, Jenny abandonó el salón, seguida de James. El coro de risitas no se hizo esperar: las oyeron desde el pasillo y se sumó a

ellas pasado ya el miedo de perderlo.

—Creí que todo había sido un sueño —le reprochó—. Quiero que despertemos juntos cada día, a partir de ahora.

—Te lo prometo.

«Cada día, a partir de ahora». Aquello hizo que Jenny reparase en algo importante, algo que el furor del reencuentro le había hecho olvidar.

—Lorna... tengo que ver a Lorna.

—¿Qué sucede con ella?

—Espérame en la habitación, voy a buscarla.

El tiempo se acababa... Lorna le había insistido muchas veces en la necesidad de recordar la palabra segura para volver sanas y salvas. Jenny no solo seguía sin recordar, además había tomado una decisión: se quedaría junto a James y haría de Urquhart su hogar. Debía comunicárselo a Lorna para que ella pudiera partir cuanto antes, sin peligro. Quería despedirse de ella, sin cargas ni culpas.

Encontró a su amiga en un corredor próximo. A juzgar por su expresión tensa, también había estado buscándola. Sin decir nada, las dos pasaron a un cuarto de servicio vacío en ese momento.

—Tienes que irte, ¿verdad? —dijo entonces Jenny.

Lorna asintió y se secó una lágrima traviesa que recorrió su mejilla. El plazo máximo para volver a casa de forma segura estaba a punto de agotarse. Jenny sabía que seguir allí era demasiado arriesgado.

—Lamento no haber cuidado de ti como prometí que haría —sollozó Lorna—. Esta situación se me ha quedado grande.

—Vuelve tranquila. Dile a Nicole que no se preocupe... Que he encontrado la felicidad en este lugar. Viajé para recuperar a Bran y me he encontrado a mí misma... Difícilmente podría haber salido mejor.

—Te echaré mucho de menos.

Las dos se abrazaron con fuerza.

—¿Crees que podrás venir a visitarme alguna vez? —preguntó.

—¿Y acompañarte en tu boda con James? Ojalá sea posible.

Jenny se sonrojó. Había tratado de ocultar lo sucedido con él a su amiga, pero ya resultaba imposible de esconder.

—Él cuidará de mí. —Sonrió—. Me respeta y se esfuerza por ganarse mi cariño. Es todo lo contrario a Bran, y eso significa que este viaje no ha sido en vano.

—Has sido muy valiente, Jenny.

—Tú también.

—Ha llegado la hora... Debo irme.

—De acuerdo, no lo retrasemos más.

Su amiga se sentó en una de las butacas frente a la chimenea y cerró los ojos.

—¿Estás segura de que quieres quedarte? —insistió.

—Dile a Nicole que agradezco todo lo que ha hecho por mí. Sobre todo, que no se sienta culpable... Estaré bien.

Jenny observó a Lorna murmurar una palabra. Su amiga desapareció como si nunca hubiera estado en la misma habitación... resultaba increíble.

Mucho tiempo después de que ella se fuera permaneció en la estancia pensando en las vueltas que había dado su vida desde que despertó en la torre sin memoria, con el único propósito de mantenerse junto a Bran.

Tantas dificultades, tantas aventuras... Había sido sincera con Lorna, pues no se arrepentía de nada. Tal vez la niebla siguiera presente en su vida pero le había descubierto todo un mundo en su interior, repleto de seres maravillosos... empezando por ella misma.

«Ojalá volvamos a vernos —pensó— y si no es así, las dos estaremos bien».

Capítulo 28

—Te ves preciosa... aunque un poco triste. ¿Va todo bien?

James debió controlar sus deseos de volver a yacer junto a ella mientras abrochaba por segunda vez el corpiño del vestido. Jenny parecía haber disfrutado de su revolcón improvisado, sin embargo, había algo en sus ojos, algo diferente y que la mantenía preocupada.

—Lorna ha abandonado Urquhart —confesó al final.

—¿En serio? ¿Por qué justo ahora, cuando todo ha vuelto a la normalidad?

—Debía volver a casa. La echaré de menos, James. —Vio cómo se secaba una lágrima traviesa—. Estaremos bien, lo sé.

—Claro que estaremos bien. Ven aquí.

La rodeó entre sus brazos hasta que pareció calmarse. Aunque la situación iba arreglándose, pasaría un tiempo hasta que asimularan los sucesos de los últimos días. Él mismo sentía el mundo patas arriba. Urquhart había vuelto a las manos de su familia y sus padres estaban de vuelta, sí, pero acostumbrarse a la idea, aprender otra vez a vivir sin miedo, les tomaría algunos días más.

Lo importante era que juntos emprenderían ese nuevo camino. Pensó en todo lo que habían cambiado y en las dificultades que habían vencido; sería suficiente para tomar impulso.

—Haces que todo resulte fácil —dijo Jenny.

—Sabes que cuentas conmigo, ¿verdad? A mi lado no necesitas fingir. Si estás feliz, quiero disfrutarlo contigo y si estás triste, estaré ahí para apoyarte.

James rodeó la cara de Jenny mientras ella asentía. No pudo resistirse a besarla, la euforia por tenerla cerca lo embargaba con la intensidad del primer día y estuvo seguro de que sería así por mucho tiempo. Ella lo correspondió con la misma alegría, hasta que sus manos tiraron del cordón del corpiño y, entre risas, comenzó a resistirse.

—Es tarde, ¿qué van a decir tus padres si no llegamos al almuerzo? No creo que tengan un buen concepto de mí desde lo sucedido esta mañana.

—Sabes que me has salvado la vida, van a necesitar mucho más que un vestido inapropiado para cambiar de idea.

Besó la frente de Jenny pensando que tenerla junto a él era una victoria mayor que la conquista del castillo. Deseaba hacerla feliz y expresar cada

momento a su lado con la misma intensidad que un día no muy lejano ansiaba volver a Urquhart. La posibilidad de perderla lo asaltó también... Había aprendido que la vida era imprevisible y que las cosas amadas tarde o temprano lo volvían vulnerable. Sin embargo, ¿era esa una excusa para no entregarse al disfrute?

—Está bien, vamos.

—Me gustaría ver a la señora Gowan después del almuerzo, quiero ver cómo está.

—La visité esta mañana temprano. La pérdida de Alfred ha resultado muy dura para ella, aunque se alegra de tenernos de vuelta.

James suspiró. Había llorado abrazado a la buena mujer, sufriendo por ella e imaginando qué hubiera sido de él al perder a alguien tan querido. Jenny iba camino de convertirse en ese alguien, pues cuanto más compartían, más difícil le resultaba imaginar una vida lejos de ella. Su presencia había significado un antes y un después en su camino, estaba seguro. Triste aunque ilusionado, pensó en la fuerza que le transmitía y en todo lo que podían hacer juntos en adelante. Urquhart sería un lugar distinto y él también, estaba convencido.

—Ahora eres tú quien se ve muy pensativo —apuntó Jenny mientras cruzaba el pasillo.

—Tienes razón. —James sonrió—. Pienso en todo lo que nos espera. Y pienso también en tu corpiño, y en lo que hay debajo de él y...

Soltaron sus manos al llegar al pequeño salón familiar. A pesar del poco tiempo transcurrido, sus padres no habían tardado en restablecer el orden. Los pocos enseres de los Macdonald brillaban por su ausencia y los viejos cuadros y adornos que habían sobrevivido al asalto ocupaban sus lugares como si nada hubiera sucedido. Lord y Lady Grant sonreían y sus hermanas se pellizcaban por debajo de la mesa, mitad alegres mitad escandalizadas por la presencia de Jenny.

—Gracias por acompañarnos, querida. Sed bienvenida.

James intercambió una mirada con su padre cuando la joven se inclinó ante él con una reverencia. Asintió varias veces, complacido, y los invitó a tomar asiento. Una doncella entró y rellenó sus copas con el poco vino que los highlanders enemigos habían dejado en las bodegas.

—La señora Gowan ha pedido excusarse del almuerzo, lord Grant. Todavía no se encuentra bien.

—Gracias, iremos a verla después. Sirve el asado y después da orden de que nadie nos moleste.

—Como digáis, señor.

La comida no se hizo esperar. James observó a Jenny comer y beber y con avidez y cómo el color volvió pronto a sus mejillas. La marcha de Lorna la tenía triste, sí, pero era tiempo para celebraciones y no tardó en contagiarse de la alegría de todos los presentes.

Sus hermanas la avasallaron con preguntas insidiosas producto de los murmullos que todavía poblaban el castillo y manchaban la reputación de Jenny. James las mandó callar y pidió respeto por su compañera. Notó cierta curiosidad en su madre pero prefirió aclarar sus dudas en privado. Una sola noche había bastado para que James entendiera lo mucho que Jenny significaba para él, y si era preciso emplear meses o semanas para que los demás respetaran sus sentimientos, esperaría el tiempo que fuera necesario. La paciencia ya no era un problema para él: «Confía», se dijo.

Las mejillas de todos se veían ya sonrosadas por el vino cuando alguien tocó la puerta del salón. Hicieron caso omiso de la llamada, hasta que una voz familiar provocó que James se atragantara.

—Disculpad mi osadía, milord. —Meribeth apenas le dirigió la mirada—. Jenny, traigo un mensaje para vos. Vuestra compañera Lorna desea veros.

—¿Lorna? Qué extraño. —Jenny miró al lord inquisitivamente—. Me gustaría hablar con ella, espero que no os moleste si me ausento unos minutos... —Salid si es importante.

James tomó la mano de Jenny por debajo de la mesa.

—¿No dijiste que se había ido? ¿Seguro que va todo bien?

—Sí, lo sé... Tal vez haya decidido quedarse, después de todo. No te preocupes, volveré pronto.

James no apartó la mirada de ella hasta que la vio salir seguida de Meribeth. No le gustó ver a la doncella, y menos que ella siguiera estando a su servicio. ¿Quién se creía que era?

—Disculpadme también, padre. Voy a acompañarla.

—Pero James, prometisteis almorzar con nosotros...

—Será solo un momento, lo juro.

Inquieto, abandonó el comedor y trató de imaginar dónde podrían haber ido. ¿Los aposentos del servicio, tal vez? El cuarto contiguo al de Lorna era el que escondía una de las entradas del pasadizo, lo recordaba por la noche en que lo rescataron de la capilla y lo condujeron hasta allí. Subió las escaleras atento a cualquier ruido. Abrió la puerta y revisó el cuarto diminuto: ni rastro de Lorna, Jenny o Meribeth. Iba a girarse para registrar el de al lado cuando una voz inesperada lo detuvo.

—Quedaos donde estáis. No deis un paso más.

El mundo se le vino encima cuando descubrió a Brandom Macdonald detrás de la puerta... Y a Jenny entre sus brazos. Las lágrimas cubrían el rostro de la joven, y resbalaban también por la mano de aquel indeseable, que cubría su boca para mantenerla en silencio. La de James se posó donde debió haber estado su empuñadura. El asado, el vino... habían olvidado las armas demasiado rápido, cuando el enemigo todavía estaba vivo dentro del castillo.

Entonces lo entendió todo. ¡El pasadizo, el maldito pasadizo! Debió haberlo imaginado, Bran lo había descubierto y había hecho de él su refugio después de la batalla. Había esperado una buena ocasión para vengarse y la estúpida de Meribeth había servido de anzuelo para Jenny... Aquellos dos despreciables se habían propuesto arrebatárles la felicidad sin darles tiempo para disfrutarla, pero James no estaba dispuesto a perder.

—Soltadla. A mi señal no tardarán en acudir los guerreros y... —Si decís una sola palabra ella morirá.

James reparó entonces en el puñal que rozaba el cuello de Jenny. No podía creerlo, ¿cómo era posible?

—Por favor, no le hagáis daño.

—Ella es mía y lo sabéis. Arrebatárosla será mi venganza.

—Por favor...

Bran echó a reír.

—Suplicáis como una niña. Siempre supe que no erais un guerrero de verdad. Vuestro padre no debería dejaros empuñar armas que no fueran de madera... Y de igual manera deberíais refrenar la que guardáis bajo la tela, James Grant. Sois demasiado inútil para entender lo que desea una mujer.

Aquellas palabras lo enfurecieron de tal manera que creyó perder el control. Bandom aprovechó su confusión para abandonar el cuarto.

—Si gritáis, su sangre salpicará las paredes del castillo y manchará vuestra conciencia para siempre.

—¡No permitiré que le hagáis daño!

—Entonces ayudadme a salir de la torre.

Jenny parecía al borde del colapso. El arma le había provocado algunos cortes superficiales en el cuello. James tuvo miedo de que los vaivenes de la huida de Bran le hicieran más daño, por eso colocó las manos en alto e inició el descenso a su lado.

—No la toquéis —repitió.

James deseó toparse con cualquiera, así fuera una doncella, pero los guerreros estaban en el exterior, pendientes de asentar su presencia en el valle, y sus padres permanecían en el comedor. No había transcurrido demasiado tiempo y todavía no los echarían de menos... Estaban perdidos.

Cruzaron la puerta de la torre. Dos de los guerreros apostados frente a ella se pusieron en guardia de inmediato. James los detuvo con un gesto, ¿qué otra cosa podía hacer? Como Bran había dicho, si algo le sucedía a Jenny jamás podría perdonárselo.

De pronto la joven consiguió liberarse de Bran. Fue algo muy rápido: bastó una patada en el lugar adecuado y él, dolorido, la dejó ir.

—¡Corre, corre, deprisa!

James se abalanzó sobre Bandom cubierto por los dos guerreros. No iba armado y Bran no tardó en dar con su punto débil: bastó un mal golpe en el hombro para derribarlo. James, sin respiración, rodó por el suelo del patio. Desde allí vio caer a otro de los guerreros. Bran se hizo con su espada y echó a correr en dirección a Jenny.

Solo la ira logró levantarlo. Sin apenas respiración, siguió a Bandom. Jenny corría a toda velocidad hacia la única salida: la puerta del agua.

—¡Corre, corre!

La vio tropezar, caer y ponerse en pie llena de magulladuras. Bandom había atraído la atención de los vigilantes que, poco a poco, abandonaron las murallas y tomaron como objetivo al prisionero. James sintió las flechas cerca de sí, hasta que alguien gritó que tuvieran cuidado, pues Jenny o él

mismo podían convertirse en víctimas colaterales. A pesar de lo buenos que fueran los arqueros, se movían a gran velocidad.

Las salpicaduras le indicaron que Jenny había saltado al agua. Ni siquiera intentó subir a una de las embarcaciones. Desesperado, vio cómo Bran se sumergía también y ganaba terreno con fuertes brazadas.

—¡Jenny! ¡Jenny, aguanta!

No notó frío cuando, al poco, él mismo se lanzó al agua. Se sintió muy estúpido, pues apenas podía mover el brazo. Veía a Jenny bracear a lo lejos, cada vez más cerca de Bran. Sus gritos lo estremecían. Dejó de nadar al comprender que nada podía hacer. Notó que varios de sus hombres lo sacaban del agua y, tosiendo, se dejó caer entre las piedras del puerto.

Entonces, cuando solo un par de metros separaban a Bran de Jenny, ella desapareció. Al principio creyó que él la había arrastrado al fondo, pero Macdonald se veía igualmente desconcertado, como si se la hubiera tragado el agua.

—¡Maldita perra! —lo oyó vociferar.

Unos segundos angustiosos transcurrieron sin que Jenny asomara a la superficie. Al ver que no regresaba, los ojos de James se llenaron de lágrimas. Los arqueros dispararon y el agua se tiñó de rojo. Una embarcación se acercó hasta el lugar en el que Brandom se desangraba sin dejar de despotricar. James quiso volver al agua, buscar a Jenny con sus propias manos, pero notó las manos de su padre sobre sus hombros.

—Desapareció en el agua sin que él la tocara —musitó él—. Todos pudimos verlo.

—¡No, no, no puede ser! ¡Buscadla, por favor, buscadla!

Los hombres dudaron. El agua estaba helada y sumergirse era una sentencia de muerte. Los que cargaban a Bran dejaron su cuerpo colvulsionante sobre las piedras. James, todavía en shock, tomó la espada de uno de ellos y atravesó la garganta de Brandom.

—¿Por qué? —gritó—. ¿Por qué?

El eco de sus palabras retumbó por todo el Glen. Mantuvo la vista clavada en el lago, a la espera de que Jenny emergiera de un momento a otro, pero nada sucedió. Por más que sus padres trataron de acompañarlo dentro, por más que la fiebre

amenazara de nuevo y su vendaje volviera a cubrirse de sangre, insistió en aguardar. La noche lo sobrevino, una noche sin niebla, de luna llena y borrosa entre lágrimas.

Ella se había ido. Bran estaba muerto. Urquhart era todo lo que le quedaba. Exhausto, James agarró un puñado de tierra y lo apretó hasta que las partículas comenzaron a clavarse en su palma, haciéndolo sangrar, y luego lo arrojó al lago.

Capítulo 29

Horas antes

«Vuestra compañera Lorna desea veros».

Desde el momento en que Meribeth condujo a Jenny hacia la zona alta de la torre, debió haber sospechado que algo no iba bien. Por supuesto que era absurdo que Lorna estuviera de vuelta en Urquhart, sin embargo, el deseo de tener noticias de su amiga había sido más fuerte que la razón.

—Os veo muy unida a James —dijo Meribeth durante el camino—. Sin duda, habéis estrechado vuestros lazos mientras permanecíais en el pasadizo.

—No es de tu incumbencia lo que hagamos o dejemos de hacer.

—Claro, claro... Lo entiendo. Bien, hemos llegado. Vuestra amiga os espera dentro de la habitación.

Ofuscada, Jenny había empujado la puerta de un golpe, esperando encontrar a Lorna. Su sonrisa quedó congelada en una mueca de horror al distinguir la silueta de Brandom en el fondo.

—Creí que te alegrarías de verme con vida.

Jenny hizo amago de huir pero la puerta se cerró tras de sí. Estaba a punto de gritar cuando Bran la agarró del cuello.

—¿No te parece una lástima que mis parientes se olvidaran de mí durante su huida? Fue muy torpe por su parte encerrarme en la torre sin avisar a los Grant. Por suerte, tuve tiempo de familiarizarme con el castillo..., de conocer sus rincones. Imagino que también los has visto, ¿no es cierto?

Jenny sollozó. «No me hagas daño», quiso gritar, pero las manos de Bran apretaban tan fuerte que apenas le permitían respirar. Cuando James irrumpió en el cuarto pensó que todo saldría bien. Él era fuerte, valiente, y Bran solo un cobarde. Entonces sintió el acero sobre su piel y comprendió que todos los atributos de James se volverían en su contra, pues cedería ante Bran con tal de mantenerla a salvo.

Descendieron hasta la base de la torre sin que James interviniera. Así había debido sentirse lord Grant ante la toma del castillo, pensó de pronto Jenny. Que su hijo tuviera que pasar por lo mismo era una ironía del destino.

Al ver a los guardas Bran giró la cabeza un instante y Jenny, consciente del peligro que corría, decidió arriesgarse a golpearlo donde más le dolía. Echó a

correr en dirección opuesta y los muros del castillo se convirtieron en una línea borrosa. Solo era capaz de escuchar los latidos de su corazón a un ritmo cada vez más rápido y el retumbar de sus pasos. Miró hacia atrás un instante: allí seguía Bran, armado con una espada que apuntaba en su dirección.

Como siempre que él estaba cerca, sucedió.

Ahora al menos sabía que eran recuerdos y no pesadillas. En aquella Bran también corría detrás de ella, desarmado y gritando: «¡*Inmadura, inconsciente!*!». Llevaba puestos unos pantalones azul oscuros manchados de barro y una camisa de cuadros que no representaba los colores de ningún clan.

Desesperada, Jenny pensó que el agua era su única salida. Tropezó tratando de alcanzar el puerto y a pesar de todo logró atravesar la entrada que lo franqueaba. Al sumergirse en el agua helada ocurrió algo que no esperaba.

La niebla desapareció de su alrededor y las imágenes regresaron a su mente tan aprisa como se habían ido días atrás, en el claro.

Nicole, la pequeña casa junto a la costa.

Las ruinas.

Bran.

«*Inmadura*»

El

agua.

Una nota sobre el papel de su agenda: «Cambiar la palabra segura».

Un desayuno junto a Lorna.

«No cambiarás nunca».

Una taza del café de Taste, el pedazo de bizcocho, el cambio, una sonrisa amable.

Taste.

Quiso seguir nadando pero el agua helada la mantenía paralizada. Supo que había pasado por eso antes... Recordaba su sueño y cómo terminada, sin embargo, esta vez pronunció la palabra segura con claridad.

—¡TASTE! ¡Taste, Taste, Taste!

Después de gritar el nombre de la cafetería, todo se volvió oscuro.

Capítulo 30

Saint Andrews, Escocia, 2017

La camilla que transportaba el cuerpo de Jenny abandonó la casa de Nicole ante las miradas curiosas de los vecinos. Lorna suspiró. Ella había despertado sin incidentes quince minutos atrás, frente a la psicóloga.

—No estés triste. Me hizo prometer que no te sentirías culpable... Dijo que estaría bien allí.

En realidad, sus palabras escondían un mensaje que Nicole supo entender de inmediato: Jenny no volvería. El cuerpo inerte de la joven seguía ocupando el sofá a pocos centímetros de ellas, mientras su mente se encontraba atrapada en un espacio tiempo irreconciliable con el actual. Lejos, muy lejos... Por poco.

—Jamás había perdido a nadie —fue todo lo que dijo—. Cuando termine el plazo, su cuerpo desaparecerá y tendremos mucho que explicar.

Lorna suspiró; era la primera vez que veía fuera de sí a Nicole. Hasta ese momento había sido una guía para ella, siempre segura y disponible ante cualquier dificultad. Verla así hizo que Lorna comprendiera la gravedad de la situación, por mucho que Jenny se hubiera despedido de ella con una sonrisa.

¿Cómo explicarían que no iba a volver?

—Estoy segura de que hay alguna solución.

—La había: que tú la trajeras de vuelta, pero ya es demasiado tarde.

—Te juro que lo intenté con todas mis fuerzas —sollozó Lorna—. Nunca pensé que todo saldría tan mal.

—Créeme, tampoco yo.

Nicole se ausentó e hizo un par de llamadas. Poco después, los técnicos sanitarios vinieron a llevarse a Jenny. Cuando preguntaron qué había sucedido, Nicole se limitó a explicar que se había desvanecido sin motivo aparente. Documentación, teléfonos de contacto... Lorna esperó sentada junto a su amiga a bordo de la ambulancia mientras ella se ocupaba de todas las gestiones.

Al parecer, así iba a terminar su aventura: con Jenny en una cama de hospital y con un pronóstico tejido a base de mentiras y vaguedades. No se atrevió a preguntarle a Nicole qué ocurriría; supuso que la desaparición

definitiva se produciría en cuestión de horas.

Suspiró. Tal vez su amiga fuera feliz en aquel Urquhart próspero y en pie, sin embargo, ¿cómo se sentiría al verse prendida a las máquinas de la clínica, como muerta en vida? ¿Sería capaz de empatizar con las personas que había dejado atrás, incluso si no las recordaba?

Instalaron a Jenny en una habitación pequeña y luminosa después de examinarla. Por los cuchicheos de los médicos, Lorna dedujo que tampoco ellos sabían qué podía haber ocurrido. Le preguntaron si conocía a algún familiar, para poder avisarlo, pero ella negó con la cabeza. A excepción de Bran, Jenny nunca le había hablado de ningún otro ser querido... Se conocían desde hacía poco tiempo, a pesar de todo lo que habían pasado juntas, y no pudo ayudar demasiado a la hora de localizar a alguien más.

Intentó llamar varias veces a Nicole, para contarle cómo iba todo, pero el teléfono ya no daba señal. Decidió sentarse a esperar junto a la cama de su amiga. ¿Qué otra cosa podía hacer? Empezaba a echar de menos el castillo y la vida sencilla que llevaban allí. Incluso el peligro le parecía más reconfortante que la respiración acompasada de Jenny.

Estaba a punto de quedarse dormida cuando un pitido procedente de las máquinas que rodeaban a su amiga la espabiló. Incapaz de comprender qué sucedía, Lorna se asomó al pasillo y pidió auxilio.

Al volver dentro, ahogó un grito: Jenny, con los ojos abiertos, la miraba impávida.

—Entonces, ¿ahora me recuerdas?

Jenny asintió. Sus manos se aferraban a la taza de té que Lorna, a pesar de las reprimendas de la enfermera de guardia, se había arreglado para introducir en su habitación. Tuvo menos suerte intentando localizar a Nicole, eso sí, porque a pesar de los muchos intentos su teléfono seguía sin señal.

—Dime, ¿seguro que te encuentras bien? Nicole dijo que si vencía el plazo máximo no podrías volver, ha estado a punto... Además, no tienes buena cara.

Era cierto. Desde que despertó, su piel se había tornado azulada y parecía algo somnolienta.

—Estoy bien, solo tengo un poco de frío.

La respuesta fue casi un susurro. Lorna notó cómo miraba a su alrededor.

Debía ser muy turbador despertar entre máquinas y cables después de habitar un castillo en el siglo XVI, especialmente si — como en el caso de Jenny— la intención era quedarse allí por mucho tiempo.

Dejó que bebiera mientras observaba su tez pálida, preocupada. ¿Qué le habría hecho cambiar de opinión?

—El médico vendrá a verte en un momento. Se supone que debías permanecer en ayunas, pero... —Lo único que quiero es volver a casa, Lorna.

«A casa». Se preguntó dónde estaría ubicado ese lugar dentro del espacio tiempo. Lejos, a juzgar por las lágrimas que asomaban en los ojos de su compañera.

—Dime, Jenny, ¿por qué has vuelto?

Se arrepintió de haberlo preguntado cuando aquellas lágrimas incipientes rodaron por sus mejillas. Una frase de Nicole vino de pronto a su memoria: «Volver es siempre lo más difícil». Los recuerdos, buenos o malos, quedaban atrapados en un pasado irrecuperable. También las personas.

—No quise volver —sollozó su compañera—. Simplemente, no pude hacer otra cosa.

El doctor las interrumpió al entrar en el cuarto. Frunció el ceño al ver la taza de té pero no comentó nada al respecto. Preguntó a Jenny cómo se encontraba y ella movió la cabeza afirmativamente.

—Presentas un cuadro de hipotermia aguda en segundo grado, Jenny. Hace cinco minutos, cuando la enfermera te tomó la temperatura, era apenas de 32 °C. Es muy extraño, tus compañeras aseguran que permaneciste en casa todo el tiempo, pero este diagnóstico suele venir asociado a inmersiones en agua fría, por ejemplo. Dime, ¿recuerdas cómo te sentías antes de perder el conocimiento?

Jenny mantuvo la cabeza baja. Mientras el doctor hablaba, una imagen acudió a la mente de Lorna: el lago Ness. ¿Y si el estado de Jenny tenía que ver con su estancia allí? ¿Habría sucedido algo grave?

—No recuerdo nada —dijo por toda respuesta.

Mentía y se notó tanto que el doctor apenas hizo una mueca.

—Tendrás que quedarte en observación hasta que aumente tu temperatura corporal. Te administraremos calor poco a poco. Puedes seguir bebiendo té si

te sienta bien, ¿de acuerdo?

Asintió.

—¿Está fuera de peligro? —preguntó Lorna.

—Con temperaturas corporales tan bajas existe cierto riesgo de arritmias letales, por eso es importante la observación. Realizaremos estudios adicionales para descartar cualquier complicación, pero si evoluciona bien en las próximas horas, podrá irse a casa.

«A casa». De nuevo aquella expresión tan usada a la ligera. Lorna observó a las enfermeras que entraron y colocaron algunas bolsas de agua caliente por encima de las mantas que cubrían a Jenny. Al cabo de un rato, comenzó a temblar y el doctor dijo que aquello era buena señal.

—Deberías irte —dijo.

—¿A dónde, a casa? —Sonrió—. Me quedaré contigo.

Transcurridas varias horas, cuando la tez de Jenny ya no se veía azulada y finalmente se había quedado dormida, Nicole tocó la puerta de la habitación. Lorna, al verla, salió de inmediato.

—Pensé que ya no volverías...

—Disculpa que no cogiera tus llamadas. Tuve que volver al castillo, averiguar qué había sucedido.

—Ha despertado, Nicole.

Los ojos de la psicóloga se abrieron mucho.

—¿Entonces está aquí?

—¿Qué quieres decir?

Nicole tiró de su manga y la guió hasta una de las filas de asientos del pasillo.

—Cuando regresé, los habitantes del castillo dijeron que Jenny había desaparecido —explicó, bajando la voz—. James Grant estaba desconsolado. Hubo un ataque después de la toma del castillo; Brandon Macdonald secuestró a Jenny y amenazó con matarla. Ella escapó pero Bran la persiguió hasta entrar en el agua. Entonces...

Agua... Claro, aquello explicaba por qué Jenny presentaba ese cuadro de hipotermia sin sentido para los médicos.

—... Entonces desapareció —completó ella.

Nicole hizo un gesto afirmativo.

—La buscaron en el agua. Incluso James mató a Brandon, creyendo que él había logrado ahogarla. Los que estaban fuera pudieron verlo todo: desapareció antes de que él la alcanzara. Por supuesto, ninguno imaginaba lo que había sucedido en realidad. —Después de una pausa, la psicóloga preguntó —. Dime, ¿cómo está ella?

—Triste, pero se pondrá bien. Nicole... ¿cómo pudiste volver? Dijiste que era peligroso.

—Y lo es, Lorna. Sin embargo, quería entender... No puedo permitir que algo así vuelva a pasar.

Lorna asintió. Nicole siempre había sido muy cauta con respecto al uso de los viajes. Nunca habían hablado demasiado sobre preguntas que ahora, a raíz de lo sucedido, le mordían los labios: ¿era posible volver al mismo punto una vez se regresaba al presente? ¿Cómo explicar la desaparición de sus cuerpos, cuando sus dueños decidían abandonarse al otro espacio tiempo? ¿Qué sucedía con las personas a las que se dejaba atrás, cómo eran sus vidas?

—Jenny necesitará un tiempo para asimilar todo lo ocurrido —suspiró—. Cuando despertó, dijo que no quería volver. Que tuvo que hacerlo a la fuerza... Probablemente la necesidad de sobrevivir fue lo que la llevó a recordar.

Lorna se sentía como si estuvieran otra vez en la casilla de salida. Otra vez la pérdida, la tristeza, la frustración de un amor que terminaba sin explicación aparente... ¿Podría Jenny con todo aquello?

—Deberías irte a descansar, Lorna. Tú también has tenido muchas emociones fuertes hoy.

Los ojos le pesaban, sí, y supuso que no había mucho más que hacer en aquel lugar. Entraron las dos a ver a Jenny, que ya tenía mucho mejor aspecto, y salieron después de que el doctor les confirmara que si todo iba bien recibiría el alta al día siguiente.

Al cerrar los ojos, ya sobre su cama, Lorna se sintió como si fuera a despertar en el castillo.

Quinta parte - Claridad

Capítulo 31

Saint Andrews. Una semana después.

Jenny dejó que la brisa helada le revoliera el cabello. La temperatura era mucho más fría junto al mar, pero la vista desde allí era incomparable. Había bajado la marea y sobre la arena todavía húmeda se reflejaba el cielo azul, impoluto.

Pasear por la playa de West sands era lo más parecido a sentirse cerca Urquhart y, por extensión, de James. Echaba de menos la vida que no había podido ser, sencilla, sin muchas comodidades, pero al lado de alguien que había convertido la niebla en un colchón cálido y mullido para sus esperanzas.

Llevaba días sin acudir a clases, a pesar de haber recibido el alta. Tampoco quiso ver a Lorna o a Nicole, y eso que las llamadas perdidas y los mensajes sin contestar se acumulaban en su teléfono. Había perdido el interés por aquel artefacto, incapaz de devolverle la única voz que quería escuchar.

De Bran, el Bran real, tampoco había tenido noticias. Lo prefería así, ahora que por fin lo veía tal y como era. Al menos su viaje había servido para alejarse de aquel indeseable y poner punto final al turbulento capítulo de su relación. No más lloros, no más deseos de recuperarlo, no más volver atrás.

Ya no la asaltaban las pesadillas, sino los recuerdos: James sonriendo, James acariciando su cuello, James haciéndole el amor. Los primeros días había mantenido la esperanza de que un milagro la llevara de vuelta a su lado, incluso pensó en regresar a Urquhart en varias ocasiones. La imagen de Bran amenazándola desde la orilla hizo que sus deseos se calmaran. Todo estaba perdido, lo sabía.

Mientras caminaba por la playa casi vacía, Jenny se repitió lo que tanto le había costado aprender: que estaría bien después de todo. Aunque amara, era libre y ante todo, debía cuidarse, olvidar y seguir adelante. La vida había apartado a James de su lado, pero podría sobrevivir sola y amar otra vez, como después de Bran.

Decidió dar la vuelta cuando el pueblo no era más que un punto borroso en el horizonte. Los días eran cada vez más cortos y el sol no tardaría en ponerse. Admiró la puesta de sol en el camino de vuelta, reflejada sobre la arena todavía húmeda. Sonriendo y un poco más tranquila, decidió tomar un

café antes de volver a casa. Hacía tiempo que no pasaba por Taste, a pesar de lo mucho que le gustaba aquel local cálido y diminuto. No en vano lo había elegido como su palabra segura en su viaje. Disfrutar de su hospitalidad la ayudaría, estuvo segura.

Cuando llegó al pueblo ya había anochecido. El vaho cubría los ventanales de la cafetería y tuvo que abrirse paso entre los estudiantes que se agolpaban frente a la barra. No había espacio en las mesas, pero se dijo que debía intentarlo.

—Estoy contigo en un momento —dijo una de las camareras, mientras recogía varias tazas vacías.

Jenny le respondió con una sonrisa. A los pocos minutos tenía ante sí una humeante taza de café, que le confirmó el acierto de elegir Taste como su palabra segura y su cafetería de cabecera.

Disfrutó tranquila, dejando que su cuerpo se calentara con cada sorbo de café. El vaho de las ventanas le hizo sentir protegida, aislada del resto del mundo. Por fin podía disfrutar de algo de paz desde su vuelta. Se dijo que debía dar las gracias por estar a salvo después de todo. Había corrido un gran riesgo al lado de Bran, más incluso que en su viaje al castillo, pero él ya no era un motivo de preocupación. Las cosas no podían sino mejorar

Permaneció en el local casi hasta la hora del cierre. Se despidió sonriendo de las camareras, alegre por primera vez en días, y se dijo que volvería a clases al día siguiente.

Debía seguir con su vida.

—Jenny, ¡por fin!

Estaba a punto de cruzar la puerta de Taste, a la mañana siguiente, cuando los brazos de Lorna la envolvieron de improviso. Al tomar la decisión de retomar sus clases, supo que el encuentro con ella no se haría esperar. Jenny pensó que la aturdiría a preguntas pero su compañera se limitó a abrazarla con fuerza y a transmitirle su alegría.

—Tenemos que ponernos al día... Hay un par de trabajos de historia que debemos entregar a finales de trimestre, ¡no falta mucho! Vayamos a clase, te lo explicaré todo. Dime, ¿cómo te encuentras?

—Bien, ya estoy lista para la vuelta.

Jenny soltó el picaporte de Taste y se dejó arrastrar por su amiga. Le habría

gustado sentir una vez más la seguridad de la cafetería antes de lanzarse al mundo pero Lorna, al parecer, tenía planes distintos. En el fondo, agradeció el alborozo de su amiga. Pronto se contagió de su sonrisa y pensó que todo iría bien.

Giró la cabeza un instante y entonces, entre el vaho de los cristales de Taste, distinguió una silueta familiar. Hombros anchos, estatura alta, cabello negro... Quedó paralizada cuando estaban a punto de cruzar la calle en dirección a la facultad.

—... Alexa se encargará de la parte teórica y nosotras bajaremos más tarde a la biblioteca en busca de ese par de referencias que... ¿Jenny? —Lorna también se detuvo—. ¿Estás bien? ¿Ocurre algo?

—Es... es él.

Soltó la mano de su amiga y regresó tras sus pasos. El olor a hojaldre y café recién molido la recibieron nada más abrir la puerta de Taste.

Era James. Lo había visto, estaba segura. Recorrió el local diminuto sin que sus ojos dieran con él y solo logró que algunos de los clientes le reclamaran que cerrara la puerta. Cabizbaja, regresó junto a Lorna.

—¿Qué ha pasado?

—Creí... ver a James.

—Oh, Jenny... Ven aquí, te invitaré a tomar algo en otro lugar.

La sonrisa se había desvanecido de sus caras. Jenny estuvo a punto de echar a llorar, ¿cómo había sido tan idiota para pensar que él estaba allí? Se sentía muy avergonzada, a la par que triste, pues estaba claro que volver a la normalidad no iba a ser tan sencillo.

—Lo siento. —Suspiró mientras seguía a Lorna—. Solo quiero estar bien, te lo prometo.

—Por favor, no te culpes, todo lleva su tiempo. Cuenta conmigo y con Nicole para lo que necesites, ¿de acuerdo?

Jenny asintió varias veces. Tomaron una taza de chocolate caliente en Bibi's y, igual que la tarde anterior, la bebida calentó su espíritu con cada sorbo. Lorna se las arregló para hacerla reír un par de veces con sus ocurrencias. Hizo todo lo que pudo para concentrarse en su conversación, aunque no pudo evitar que la imagen de James tras los cristales de Taste asomara a su mente de vez en cuando. ¿Por qué le sucedía aquello ahora que

todo comenzaba a estar mejor?

A pesar de sus esfuerzos, pasó todo el día esquivando el recuerdo de lo sucedido. En la facultad le resultó todavía más difícil mantenerse atenta, pues a causa de los días transcurridos había perdido el hilo de las lecciones y las palabras de la profesora sonaban como el fragmento perdido de una novela.

—No estés triste... Al principio será duro, después todo volverá a la normalidad —le animó Lorna, después de su última clase juntas.

—Creo que he tenido suficiente por hoy. Volveré a casa.

—Si descansar te hace sentir mejor... Por favor, llámame si necesitas cualquier cosa.

—Lo haré.

—Si quieres ver a Nicole, ella tiene libres todas las tardes... puede ayudarte. Me pidió que te lo dijera.

—Gracias, Lorna.

Jenny dejó a su amiga camino a la biblioteca y echó a andar hacia el hall. Pensó en tomar el camino de la costa y después la idea de detenerse en Taste para echar un nuevo vistazo empezó a cobrar más y más atractivo.

Pronto se descubrió recorriendo North Street en dirección a la cafetería. Había anochecido y la luz anaranjada que emanaba de los ventanales era la única encendida. El corazón le latía muy deprisa cuando estuvo lo bastante cerca como para mirar dentro. El vaho, —como la niebla— se lo impidió. Tiró del picaporte, pero estaba cerrado. Se lo confirmó una de las camareras, que abrió cuando ella ya se había dado la vuelta.

—Lo siento, tendrá que ser mañana.

—Gracias, hasta entonces...

Cabizbaja, recorrió a pie la distancia hasta la residencia.

Capítulo 32

Al día siguiente

—Gracias por recibirme.

—No te preocupes, te dije que podías venir cuando quisieras, eres siempre bienvenida.

Al pisar la casita de Nicole, Jenny se sintió atrapada en un círculo. Allí había comenzado su aventura, ¿podría ponerle final sin tener que atravesar

todos los estados de dolor y confusión que la habían atormentado después de lo de Bran? No quería recorrer el mismo camino, solo buscaba una tangente, una salida.

—Volví a clase ayer, aunque estoy teniendo algunos problemas para concentrarme.

—Siéntate, querida.

Obedeció mientras Nicole dejaba una taza de café entre sus manos.

—Estoy preocupada... Sé que no puedo volver al Urquhart pasado, y había empezado a hacerme a la idea, pero no sé si estoy preparada para esto.

—¿A qué te refieres?

—A verlo en todas partes... Quiero decir... a James, en Taste.

Nicole hizo un ruidito de asentimiento.

—¿Qué ves exactamente?

—Creo que he exagerado un poco... Sucedió ayer, solamente, y no puedo explicármelo. Iba a clase con Lorna y entonces, al girarme, él estaba al otro lado del cristal. Cuando entré a buscarlo había desaparecido.

—Entonces no estaba allí.

—No... Nicole, me preocupa comenzar a verlo en todos lados, que esto me impida seguir adelante... Me ha costado mucho dejar atrás a Bran, perdonarme por lo que sucedió con él. Con James todo era distinto: íbamos a intentarlo, pero entonces... Sé que siempre dices que lo peor es recordar a la vuelta, vivir con ello y, y yo...

Los ojos y la garganta comenzaron a picarle. No se esforzó por contenerse frente a Nicole, ella estaba acostumbrada a verla llorar. En sus primeras sesiones le había podido la vergüenza, sin embargo, la intimidad de la consulta había terminado por convencerla de que lo mejor era dejarse llevar. Como entonces, Nicole le ofreció un pañuelo y dejó que se calmara antes de tomar la palabra.

—Jenny, has sido muy valiente. Creo que tú misma conoces bien la lección de todo lo que ha sucedido: eres capaz de volver a amar.

—Sé que me sobrepondré y aun así no puedo evitar pensar que estoy otra vez como al principio.

—Lo estarías si pensaras que todo esto puede solucionarse dando marcha atrás en el tiempo.

Jenny suspiró. Había descartado aquella opción muy rápido, desde luego. No, no quería volver atrás, solo mirar hacia delante. Sin embargo...

—Tengo miedo de que todo esto me quite la ilusión de confiar en alguien más —explicó—, de que me asalten los recuerdos... Bran, James... ¿Serán fantasmas con los que tendré que cargar siempre?

—Tú misma te has respondido hace un momento: te repondrás. Si vuelve a sucederte algo como lo

de James, no dejes que te gane el miedo. Ahora dime, ¿has vuelto a ver a Bran? ¿Cómo te sientes ante la idea de encontrártelo después de lo sucedido?

Jenny se cruzó de brazos.

—La verdad, no he pensado mucho en él. Solo quisiera no tener que verlo. El pueblo es pequeño, pero hasta ahora me las he arreglado para no cruzarme con él. Me abandonó y jamás quiso volver a verme... Espero que todo siga igual.

—Bien dicho, Jenny.

—Incluso cuando no recordaba nada, nuestras vivencias juntos se sobreponían a la realidad de Urquhart. No quiero saber si *todo* lo que vi allí sucedía mientras estábamos juntos. Me asusta, me repugna y ya no tiene sentido.

Pensó en sus infidelidades, sus malos tratos. Quería dejarlo todo atrás y perdonarse a sí misma por no haberlo detenido antes.

—Nada de esto es culpa tuya, Jenny. Mírate: desde el principio luchabas para sobreponerte. Sabías que algo no iba bien, aunque no lo comprendieras, y por eso buscaste ayuda. Eres muy fuerte por haber llegado hasta aquí; recuerda que es él quien ha estado equivocándose y haciéndote daño.

—James hablaba un poco como tú, ¿sabes?

Jenny pensó también en la señora Gowan, uno de sus pilares en el castillo, y sonrió.

—No sabes cómo me alegra oírte hablar así. Ni te imaginas cómo deseaba apartarte de Bran desde el principio, cuando solo insistías en regresar a su lado. Llegué a temer por tu seguridad incluso antes de que decidieras emprender el viaje.

—Gracias por ayudarme...

—No me las des. En realidad, que hayamos llegado hasta este punto ha

dependido en gran medida de ti. Los hombres como Bran transforman el amor y la confianza en un veneno que mata lento a sus víctimas. Tú ya eres libre, Jenny. Ahora que lo has comprendido, él ya no tendrá ningún poder sobre ti.

—Digas lo que digas, tú me has ayudado en este camino.

Las palabras de Nicole resumían tan bien lo que había ocurrido que las lágrimas volvieron a sus ojos.

—Hay algo más que me gustaría decirte, Jenny. Sé que ahora te parece difícil de creer, pero no debes ver la vida como un círculo tormentoso. Si vuelves a conocer a alguien, disfrútalo. No importa cuántas veces vuelvas a la casilla de salida de una relación, solo piensa que cada vez puede ser la última, y no hay nada más bello que el comienzo de algo, ¿no es cierto?

Emocionada, Jenny asintió. Se alegró de haber acudido a la terapeuta, esta vez en busca de ayuda y no de un viaje imposible. Terminó de beber el café. Con cada sorbo, se sintió más fuerte.

De acuerdo a su costumbre, Nicole miró el reloj.

—Hemos terminado. Vuelve antes de la semana que viene si lo necesitas, ¿de acuerdo?

Después de su conversación, Jenny se sentía un poco más preparada para enfrentarse al mundo.

El vaho seguía sobre los cristales de Taste al día siguiente. También el olor a hojaldre y café recién molido, siempre una caricia para los sentidos. Jenny dejó el abrigo en el asiento contiguo; había llegado temprano y sobraba el espacio. Estaba dispuesta a disfrutar de la calma del lugar, que duraría lo que su café, o menos, pero sería suficiente para cargar sus baterías.

No vio a James al entrar. La saludó la misma camarera de la noche anterior, quien seguramente no la recordaba. Pidió un expreso largo y mientras esperaba ojeó el libro sobre Urquhart, que seguía llevando en su bolso. Y pensar que por culpa de aquella guía diminuta había acabado en un castillo del siglo XVI... Cerró los ojos y se dejó transportar a él unos instantes, prometiéndose a sí misma que regresaría enseguida a la realidad.

—Has vuelto.

La voz de James resonó dentro de su cabeza. Alterada, debió abrir los ojos para escapar de la alucinación. Sin embargo, sintió la presencia de alguien

muy cerca de ella.

Primero vio el pedazo de bizcocho sobre la servilleta. Después los ojos oscuros de él y su sonrisa. Lo miró con la boca abierta. Había madrugado mucho para volver a asistir a clases y la cafeína apenas le había llegado a la garganta... No, no podía ser.

—¿James?

Tomó el pedazo de bizcocho que él le ofreció mientras su cerebro intentaba procesar la información: era él, ataviado con el delantal de Taste a medio abrochar. Se veía muy diferente con el cabello tan corto, sin embargo, la sonrisa era la misma.

—No me mires como si hubiera salido de esa guía... ¿Todavía la estás leyendo?

—S... Sí...

Entonces lo comprendió todo. Recordó todas las veces que se había cruzado con él en Taste, en especial los días previos a su vuelta al pasado. James siempre le dejaba un bizcocho de regalo, la invitaba a café o rechazaba el pago de la consumición, como si de esa forma cuidara de ella y pudiera paliar un poco su tristeza. Incluso habían trabado conversación más de una vez, ¡claro! Él le contó que sus antepasados habían sido dueños del castillo de Urquhart hasta hacía muy poco...

Los ojos de Jenny se humedecieron. Por su puesto, James no la había reconocido. Veía en ella a la clienta silenciosa que había sido siempre, pidiendo su café cada mañana para despertar de la pesadilla en que se había convertido su vida desde lo de Bran... Apenas habían rozado sus manos salvo para darse las monedas o el cambio.

—Te noto un poco pálida, ¿estás bien? Aquí tienes tu café. Solo doble como siempre, ¿verdad?

James lo dejó entre sus manos y el tacto de su piel estremeció a Jenny. Sus ojos se llenaron de lágrimas al comprender que, en adelante, el universo que había compartido con James se reducía a Taste, una cafetería en la que eran poco más que clienta y empleado.

—Gracias...

—No hay de qué.

Él pareció dudar entre quedarse o volver a sus quehaceres. La llegada de

un grupo de estudiantes le obligó a regresar detrás de la barra.

Jenny, llorosa, acarició la portada de la guía de Urquhart. En ella el castillo se veía derruido, como su propia vida. El castigo por su obstinación sería vivir con todo lo que había sucedido entre las murallas de aquel destino idílico, ahora un montón de piedras pateadas por los turistas. Tendría que ver a James cada día y adivinar lo que se escondía debajo de su ropa sin que él jamás la hubiera tocado; escuchar su voz y recordar que las palabras tan extrañadas no las había pronunciado él, sino un fantasma.

El optimismo de la jornada anterior se desvirtuó poco a poco. Ni siquiera el café la animó. Lo alargó todo lo que pudo, a sabiendas de que llegaría tarde a clase, pero las obligaciones de James lo mantuvieron detrás de la barra. Decepcionada, decidió salir. Como de costumbre, él rechazó el pago de la consumición y, en su lugar, dejó una galleta escondida dentro de su puño. La piel de Jenny se erizó al sentir su tacto.

—Hasta pronto —se despidió él.

Ya fuera del pequeño local, Jenny echó a llorar.

Capítulo 33

Urquhart, 1516

El sol se puso muchas veces sobre el lago mientras James lo observaba. Sus heridas habían sanado, pero la tristeza seguía acompañándolo como una secuela permanente de lo vivido.

La marcha de Jenny lo había obligado a reaprenderse, pues la compañía de su madre o la proximidad de Urquhart no bastaban como antaño para aliviarlo de sus preocupaciones. Ya no sentía ira, o deseos de vengarse, solo un profundo pesar que lo mantenía desconcertado, inmóvil.

La situación era crítica. Tenía todo lo que siempre luchó por obtener: el respeto de su padre y sus hombres; el gobierno del castillo que lo vio nacer, el afecto de su madre y sus hermanas. Y precisamente cuando había creído completa su felicidad, por compartirla junto a Jenny, el lago se la había llevado consigo.

James pasaba la mayor parte del día con los ojos clavados en el agua, en el mismo punto donde la vio por última vez. Todos le decían que ella no volvería y él asentía sin mirarlos, incapaz de apartarse del lago.

Su madre trató de ayudarlo a retomar la rutina pidiéndole que se encargara de tareas que cualquiera podría haber desempeñado. James obedecía con desgana, incapaz de borrar lo sucedido de su mente.

Después de una o dos semanas retomó sus quehaceres como primogénito del lord, aunque se escapaba cada tarde para ver la puesta de sol desde el puerto. No tenía una tumba sobre la que llorar o un culpable del que vengarse, así que los tonos anaranjados sobre el agua lo ayudaban a materializar su dolor y, mientras el mundo seguía su curso, él se detenía a recordar y llorar lo perdido.

La señora Gowan lo acompañaba algunos días, por eso a James no le sorprendió verla atravesar la puerta del agua esa tarde. Como siempre, él había abandonado la torre para contemplar la puesta de sol. La señora Gowan era la única que podía comprenderlo, pues ella también lloraba por la pérdida de su compañero de vida.

—Tengo algo que contarte —lo saludó.

—¿De qué se trata?

—Una mujer ha llegado al castillo. Dice que conocía a Jenny y no ha

parado de hacer preguntas sobre lo sucedido aquel día.

Escuchar su nombre activó todas las alarmas de James. Se levantó al instante, aunque el sol no se hubiera escondido todavía en el horizonte.

—¿Dónde está esa mujer?

—Te espera en la torre.

James corrió hacia allí tan aprisa que pronto dejó atrás a la señora Gowan. Se obligó a frenar cuando comprendió que ella debía indicarle dónde esperaba la mujer misteriosa. Se preguntó si sería algún familiar de Jenny, que venía a reclamarla después de su desaparición. La imagen de la joven tendida en el claro junto al castillo acudió entonces a su memoria. Los acontecimientos no les habían permitido reconstruir el pasado de la joven, desvelar su identidad... quizás por fin obtendrían respuestas, aunque fuera demasiado tarde.

La señora Gowan lo alcanzó jadeante y, tomándolo del brazo, lo condujo hasta el último piso de la torre. Los guardas los miraron con curiosidad; era la primera vez que James se despegaba del puerto antes de ver anochecer. Los ignoró a todos, ansioso por escuchar lo que aquella mujer tuviera que decir.

Ella llevaba unas ropas humildes aunque limpias. James buscó algún parecido con Jenny, sin éxito. Fuera quien fuera, no podía considerarse pariente de la muchacha.

—Mi nombre es Nicole, señor. Os agradezco que hayáis accedido a recibirme a pesar de vuestro dolor. La señora Gowan me ha puesto al tanto de los últimos acontecimientos.

—Al grano. ¿Quién sois vos? ¿Qué sabéis sobre Jenny? —Contadme vos en primer lugar y os lo explicaré todo.

Ira. Frustración. Por primera vez en días James experimentaba algo diferente a la tristeza y, contra lo que esperaba, el cambio solo sirvió para empeorar su malestar.

Explicó en pocas palabras lo que había visto: Jenny en el agua, Bran nadando tras ella, el instante en que la muchacha desapareció bajo la superficie. A pesar de sus esfuerzos no pudo evitar que las lágrimas asomaran a sus ojos. Notó la mano cálida de la señora Gowan sobre su hombro, animándolo.

—Debéis saber, James, que Jenny desapareció del lago del mismo modo en que vino a parar al castillo.

—¿Qué queréis decir con eso?

Miró a la señora Gowan en busca de consejo. ¿A qué hacía alusión aquella mujer tan extraña? ¿Resultaba digna de confianza? Ella asintió varias veces.

—Jenny no pertenece a este tiempo —dijo entonces Nicole—. Llegó a este castillo para saldar una cuenta pendiente con Brandom y, cumplido su cometido, debió regresar al lugar al que pertenece.

—¡Tonterías, no decís más que tonterías! Hicimos muchos planes juntos, ¿por qué habría de irse? ¿Acaso la conocéis mejor que yo?

La mujer llamada Nicole se aclaró la garganta y tomó asiento.

—Escuchadla hablar, James. Sentaos también —terció la señora Gowan.

La decepción lo embargó. No diría nada útil, pensó, tan solo habladurías para hacerlo perder el tiempo. Deseó haberse quedado en el puerto viendo la puesta de sol, al menos así se habría sentido más cerca de Jenny.

—No puedo confirmároslo, pero todo lo que habéis descrito tiene una única explicación: que ella recobrarla la memoria y decidiera volver para salvarse de Bran. La situación la puso al límite y los recuerdos afloraron. Así debió ser.

—Entonces, ¿por qué no está aquí, conmigo?

—Ya os lo he dicho: Jenny pertenece a otro tiempo.

—Voy a pedirlos que abandonéis mi casa. ¡No estoy dispuesto a seguir escuchando estupideces!

—James, calmaos —intervino la señora Gowan—. Escuchadla, por favor. Lo que dice... lo que dice puede ser cierto.

Miró a la mujer, incrédulo. ¿La muerte de Alfred la había trastornado tanto como para creer aquella sarta de supercherías? Con un gesto, la cocinera lo obligó a salir de la habitación. James obedeció a regañadientes.

—Decidme, ¿qué es todo esto? ¿Vais a creer lo que dice esa mujer?

—Puede ser cierto, James. Escuchad, hay... conocimientos que se transmiten de padres a hijos, artes complejas. Vos mismo visteis como desapareció Jenny, sin explicación... Dadle una oportunidad a esta mujer, quizás nos ayude a entender.

James, no demasiado convencido, regresó al interior de la habitación.

—Explicaos rápido antes de que pierda la paciencia —dijo, señalando a la recién llegada—. Si habéis venido hasta aquí a burlaros de mi dolor lo pagaréis con vuestra vida.

Nicole se veía muy segura de si misma. Las palabras que pronunció a continuación lo dejaron perplejo: al parecer, Jenny habitaba un pequeño pueblo de Escocia cerca de la villa de Edimburgo, ¡nada menos que cuatro siglos adelante en el tiempo!

—Al llegar al castillo se golpeó y perdió la memoria —relató—. Es necesaria mucha práctica y una palabra segura para regresar, por lo que todo se complicó en su caso. Lorna viajó con ella para cuidarla, sin embargo, debió regresar con las manos vacías cuando Jenny decidió quedarse. Quedarse demasiado tiempo es peligroso... El cuerpo termina regresando junto a la mente del viajero y emprender la vuelta es imposible, por mucho que se domine la técnica.

Continuó su relato explicando los pormenores del viaje, aclarando que ella misma provenía del lugar en el que vivía Jenny. James, sin aliento, se fijó en cómo la señora Gowan asentía con cada palabra de Nicole.

Después de un silencio largo e incómodo, la cocinera fue la primera en intervenir.

—Dice la verdad—confirmó, mirándolo fijamente—. El arte del que habla... Mi madre me enseñó, y mi abuela antes a ella. Jamás lo he intentado, dios me libre de hacerlo, pero he visto cómo ambas lo hacían ante mis ojos para demostrarme que sí era posible. Sus cuerpos permanecían quietos durante el viaje, como dormidos, y al regresar contaban historias que ni los mejores cronistas hubieran podido inventar. Siempre pensé que esa muchacha, Lorna, tenía ademanes extraños. Llegó aquí de pronto, como Jenny, y vivía por y para ella. Nicole dice la verdad, James.

Confundido, pensó en las consecuencias de sus palabras. Si eso era cierto, Jenny seguía viva... Sin embargo, él no era más que polvo y tierra en el tiempo de ella.

—Decís que Jenny continúa con vida en otro lugar, ¿es eso cierto?

—Así debe ser, aunque no puedo asegurarlo. Cuando partí, lo hice para comprender por qué había decidido quedarse... Entonces no sabía nada de lo sucedido con Brandom ni sobre el incidente en el lago. El tiempo transcurre de forma diferente aquí, James. Vuestros días son como horas donde yo

vengo.

—Si decís la verdad, me llevaréis junto a vos.

La mujer pareció dudar.

—Toma mucho tiempo dominar la técnica... Meses, años incluso, y para Jenny el tiempo transcurre más deprisa. Por otra parte, viajar hacia atrás es sencillo, sin embargo muy pocos logran hacerlo hacia delante...

—No me importa, aprenderé.

—Hijo, ¿seguiréis amando a Jenny entonces? —intervino la señora Gowan—. Pensad dos veces lo que acabáis de decir.

—¿Amabais vos a Alfred? ¿Existe alguien con derecho a preguntároslo, siquiera? No entendéis lo que ha sucedido, ninguna de las dos. Jenny ha cambiado todo lo que soy. Mi destino no se encuentra en estas tierras, gobernando junto a mi familia, nada de eso me hace feliz ya. Debo reunirme con ella.

Nicole y la señora Gowan intercambiaron una mirada.

—¿Aún recordáis lo que os enseñó vuestra madre?

—Un lugar. Un momento. Una palabra segura —asintió la cocinera.

—¿Estáis segura de que podréis haceros cargo de su aprendizaje?

—Haré lo que él decida.

Después, para asombro de James, Nicole murmuró algo y desapareció como si nunca hubiera estado en la habitación.

El aprendizaje, a pesar de su voluntad, tomó meses.

—Verás edificios caídos y otros que jamás imaginaste. Tus padres, tus hermanas... todos habrán muerto. Estarás solo si ella no te encuentra, James, *solo*.

La señora Gowan había tratado de disuadirlo por todos los medios. Aprovechaban sus salidas al puerto para poner en práctica una técnica que, según le explicó ella misma, llevaba usándose desde hacía cientos de años. Los viajeros en el tiempo como Nicole iban y venían asegurándose de que el conocimiento se propagara.

—Muy pocos son capaces de viajar y, de los que saben, la mayoría jamás lo ponen en práctica. Jenny perdió la memoria y estuvo a punto de quedar atrapada, pero al final regresó. Todos vuelven, eso es lo que siempre decía mi madre, aunque seguir adelante después de lo vivido era la parte más difícil.

James escuchaba con atención todo lo que decía la buena mujer. Sabía que se debatía entre ayudarlo o perderlo para siempre, por lo que cuando hablaban del tema intentaba mostrarse fuerte y positivo. No lo negaba: la posibilidad de perder a su madre, o de que lo creyeran muerto, era difícil de asumir. Sin embargo, los días transcurrían en el castillo sin que otro propósito diferente a reunirse con Jenny le insuflara motivación. Algo se había roto dentro de él después de su marcha. Si se quedaba, viviría una existencia gris. Una existencia que ya no le correspondía.

Con cada «abre los ojos» las sensaciones del viaje se intensificaban. Podía oler el mar, oír las gaviotas, distinguir el color anaranjado a kilómetros y años de distancia. Le consolaba pensar que el tiempo de Jenny transcurría más despacio y ella sufría menos, si es que no lo había olvidado ya. Aunque sus sentimientos seguían siendo tan fuertes como el primer día, la señora Gowan insistió mucho en que él también podía cambiar de idea.

—Vuelve si no estás seguro —decía una y otra vez—. Tu cuerpo te esperará aquí unos días si cambias de opinión. Transcurrido el plazo regresará junto a tu mente y nunca más podrás volver a emprender un viaje temporal, por eso debes ser muy cuidadoso con tus elecciones. Jenny volvió, James, todos vuelven.

«Todos vuelven».

La primera vez que distinguió las ruinas de la catedral de Saint Andrews, James supo que su objetivo estaba muy cerca. Lo impresionaron aquellos pedruscos distribuidos sobre el suelo de hierba, rodeados de personas extrañamente vestidas. Un cielo azul, limpio, lo saludó. «Abre los ojos».

La tarde en que decidió emprender su viaje reunió a su familia en el gran salón.

—Partiré hoy mismo. Puede que esté fuera algunos meses, o puede que no regrese jamás.

—Pero hijo... ¿Y tus obligaciones con el clan? ¡Eres mi primogénito!

James señaló a John.

—Él sabrá hacerlo mejor que yo.

Su hermanastro no sonreía. Se había vuelto mucho más cuidadoso después de la lección recibida en su propio castillo, meses atrás, cuando James probó su liderazgo ante los hombres del clan. Aquel baño de humildad tan necesario

probó que en el fondo era un buen hombre, así fuera el fruto de un error.

James sabía que su madre no vería con buenos ojos la decisión de su partida. Ella había luchado desde siempre para asegurar su lugar frente al vástago ilegítimo del lord, pero él ya había pensado en algo.

—No temáis, madre. Vos queréis la felicidad para mí, y no debéis confundirla con el poder — murmuró mientras la abrazaba—. Obtendré lo que deseo, así sea lejos de aquí, y mi gozo será completo solamente si vos os alegráis por mí.

La mujer asintió entre lágrimas. Solo cuando James estuvo seguro de que aprobaba su partida la soltó, no sin antes besarla en la frente. Su padre lo miró muy serio a los ojos.

—Creí que gobernaríais el castillo después de mi muerte. Sin embargo, partid tranquilo: sé que sois un buen hombre y haréis el bien donde quiera que vayáis.

Sus hermanas revolotearon alrededor de los dos cuando se fundieron en un abrazo corto aunque intenso. Se despidió de cada una de ellas y partió a caballo. La señora Gowan se encontraba entre los muchos vasallos que acudieron a prestar sus respetos y verlo marchar. Le guiñó un ojo antes de espolear el caballo y perderse colina abajo, hacia el interior.

Cabalgó poco más de media hora hasta el lugar que le había indicado la señora Gowan. Se trataba de una pequeña cabaña en el bosque, construida en madera. James se sentó sobre el pequeño camastro que ocupaba el centro de la única habitación. Alguien había dejado un barril con cerveza y un par de piezas de caza. Si todo salía mal, al menos tendría dónde pernoctar.

Antes de emprender su viaje, el que realmente lo había traído hasta la cabaña, salió al exterior y contempló el paisaje. La nieve cubría la vegetación y el manto blanco lo hizo sonreír. «Cierra los ojos», imaginó que decía la señora Gowan.

Murmuró la palabra segura y todo desapareció a su alrededor.

Capítulo 34

Los edificios. Las vestimentas, las calles, la comida, los ventanales, los vehículos. Luces, ruido, trasiego, risas, olores...

A pesar de su vestimenta, James cruzó la que parecía tratarse de la calle central de aquella villa sin que nadie le prestara atención. Aturdido, la

recorrió hasta su desembocadura, la catedral en ruinas, y comprendió que había llegado a su destino: Saint Andrews... El Saint Andrews de Jenny.

Sus instructores le habían hablado en muchas ocasiones de la catedral, la mayor de Escocia, y de aquel asentamiento tan importante para el reino. Nunca antes había estado allí pero se aseguró de interrogar a su padre, que sí lo había visto. La villa, le explicó, era un centro de peregrinaje importante y foco de conocimiento gracias a la presencia de la universidad. Habló de los paisajes bellos, del mar y de los numerosos peregrinos que se agolpaban frente a las puertas de la catedral.

Sin duda la ciudad seguía pareciendo grandiosa, o eso pensó James. Sin embargo, se alejó en dirección a la cosa, en busca de un lugar más tranquilo donde guarecerse y pensar en sus próximos pasos. Después de caminar cerca de una hora fue a parar a una pequeña concentración de extrañas casas, con aspecto similar a los vehículos que había visto en el pueblo. El lugar era tranquilo, así que decidió acurrucarse debajo de una de ellas y pasar allí la noche.

A la mañana siguiente, quedó estupefacto al despertar entre sacudidas.

—¡Qué vergüenza, sal de ahí! Mírate, ¡ahora resulta que ya no se contentan con beber hasta perder el sentido sino que también...!

La mujer se interrumpió al verlo en pie. James, adormilado, no pudo evitar pensar que aquella era la primera persona que parecía sorprenderse por su aspecto. Aunque... —¿Nicole?

Estuvo seguro: ella no lo había reconocido, pero no cabía duda, se trataba de la misma mujer que lo visitó en el castillo para hablarle de Jenny. Confundida, lo empujó hacia el interior de la casa sobre ruedas.

—Entra antes de que alguien pueda verte, ¡vamos!

James obedeció mientras mantenía las manos en alto. No quería asustarla pero, si se habían visto ya, ¿por qué no daba muestras de reconocerlo?

—¿Vas armado? Dime, ¿de dónde vienes? El año, y deja las armas sobre el suelo.

James cargaba solo una daga pequeña que se apresuró a dejar frente a Nicole. A continuación, murmuró:

—Urquhart, 1516.

Nicole lo miró de arriba abajo.

—¿Coincidimos allí?

—Viniste a buscarme por Jenny hace meses.

—No conozco a ninguna Jenny, aunque... ¡Espera! —La mujer tomó un libro de pequeño tamaño y pasó algunas páginas—. No, no está...

Inquieto, James se preguntó si habría cometido algún error. Temió encontrarse a una Jenny de setenta años, o a una muy niña a la que tuviera que esperar durante décadas... Nicole se veía exactamente como la recordaba, así que se obligó a mantener la calma.

—Urquhart, 1516 —repitió él—. Saint Andrews, 2017. Mi nombre es James Grant... Dijiste que podría encontrarla aquí, que ella pertenecía a este tiempo. La señora Gowan pasó meses enseñándome... Por favor, necesito encontrar a Jenny, tienes que ayudarme.

Nicole suspiró y se llevó una mano a la frente. Entonces pareció comprender. Con un gesto lo invitó a pasar al salón. Después de que los dos se sentaran frente a frente, le suplico que no se moviera de su lado, que volvería enseguida. Tras murmurar algo, su cuerpo se desvaneció y cayó inerte sobre el respaldo del asiento. Había emprendido un viaje temporal, pensó James, para cotejar toda la información.

Recordó las lecciones de la señora Gowan: «El cuerpo del viajero permanece siempre en su tiempo original, así sea inerte, y desaparece de los lugares en los que es “intruso” cuando vuelve». Por eso ella le había explicado la importancia de refugiarse en la cabaña antes de su partida, ignorar su consejo habría supuesto ponerse en peligro. Un escalofrío sacudió la espalda de James. Él se sentía tan vivo que le costaba imaginarse yaciendo sobre el camastro del pequeño refugio, inerte como Nicole. La mujer lo sobresaltó al recobrar la conciencia. Sonrió al verlo, como si de pronto lo reconociera.

—Todo ha ido bien, James —dijo—. Lo que sucede es que has llegado unos meses antes de lo esperado. Ven, te daré ropa limpia... Esto es lo que haremos.

Seis meses. Nicole le explicó que se había anticipado seis meses con su viaje. Nada comparado con la torpeza de Jenny, aclaró, pues el error de ella les había llevado cuatro siglos atrás en el calendario. Las noticias resultaron desilusionantes para James, que había esperado verla de inmediato, pero se obligó a ser paciente. Había sido lo bastante fuerte como para prepararse y no

podía flaquear estando tan cerca de su objetivo. Tendría tiempo de adaptarse, de aprender, y cuando llegara el momento, estaría allí para ella.

Pasó varias semanas oculto en casa de Nicole, descubriendo asombrado que los avances de su tiempo le permitían tener acceso al mundo desde una ventana diminuta. Pasaron horas conversando, viendo aquellos videos en los que el pasado se resumía a un puñado de fotogramas desvaídos. Ella le habló de sus viajes, de todo lo que había aprendido a lo largo del tiempo. A James le gustó especialmente una frase que Nicole no paraba de repetir: «Las personas somos siempre iguales: varían las costumbres, pero en todos lados encontrarás maldad, egoísmo, solidaridad o cariño». No estaba del todo seguro de aquello mientras debía manejar los cubiertos, vestir ropas ajustadas e incómodas y pelearse con los extraños artefactos de la vivienda. Sin embargo, en la práctica, comenzó a creerlo firmemente.

Durante el verano, cuando el pueblo se vació de estudiantes, Nicole pensó que era buena idea dejarse ver. Juntos recorrieron lugares públicos, incluso viajaron a Edimburgo en una ocasión. Fascinado por lo diferente que era todo, por momentos James olvidaba lo que le había traído hasta ese tiempo. Volcó sus esfuerzos en aprender y dejó las noches para recordar. Extrañaba a su madre y a sus hermanas, se preguntaba cómo iría el gobierno del castillo y si John estaría a la altura de sus responsabilidades. No obstante, volver no era una opción. Urquhart jamás habría logrado satisfacer las expectativas del nuevo mundo que lo rodeaba... por no hablar de Jenny.

El empleo en Taste le llegó cuando la espera comenzaba a hacerse demasiado larga, a pesar de estar cada vez más cerca. Los turistas que visitaban el pueblo en julio seguían demandando café y pastas, y la falta de estudiantes lo convirtió en uno de los pocos candidatos al puesto.

Recomendado por Nicole, el encargado vio con buenos ojos su porte y modales.

—Empezarás el próximo sábado —concluyó después de una breve entrevista.

James jamás había manejado máquinas como las que vio en el local diminuto, o preparado dulces parecidos, pero el aleccionamiento de Nicole y la práctica fueron suficientes para que, a los pocos días de comenzar, amara su nuevo trabajo y se entregara a él con ilusión. El dinero que ganaba era suficiente para costear sus propios gastos, así que consiguió alquilar una

caravana pequeña no muy lejos de donde ella vivía. Los días transcurrían más aprisa mientras trabajaba, y la perspectiva de ver a Jenny era su motor.

Una tarde soleada de finales de agosto, cuando el alboroto comenzaba a apoderarse nuevamente del pueblo, Nicole se personó en Taste.

—Jenny ya está en mi agenda —le anunció. Bajando mucho la voz, como siempre que le hacía alguna advertencia, añadió—: Debes estar preparado para verla, pero ten cuidado... No debe saber quién eres, o alteraremos lo que sucedió, ¿entiendes? También... también es posible que te cruces con Brandom, él vive aquí ahora y es una persona importante para ella.

—He aprendido a ser paciente, Nicole. Prometo comportarme.

Lo dijo con total sinceridad. Sabía que verla en aquel lugar, sin que ella lo reconociera, iba a herirlo como nada en este mundo. Por no hablar de Brandom, el desgraciado que se lo había arrebatado todo... Acabar con su vida en el castillo jamás le parecería venganza suficiente, sin embargo, ¿de qué le servía la ira? Solo corrompía su espíritu alegre y lo mantenía mirando al pasado. Tenía que ser fuerte, aguantar, y sufrir unas semanas más para poder acercarse a Jenny.

Su corazón se encogió al verla por primera vez. Tenía los ojos enrojecidos, el rostro pálido y, aunque sus conocimientos sobre la moda de la época distaban de ser muchos, James compendió que vestía desaliñada, sin ganas. No pudo evitar ofrecerle un pedazo de bizcocho extra, que ella tomó sin apenas mirarlo mientras murmuraba «gracias».

La ira lo persiguió aquellos días, más de lo que su paciencia podía tolerar. Que Jenny estuviera en aquel estado era culpa de Brandom. «No debes hacer nada», le recordó Nicole. Sí, o de lo contrario alteraría el futuro y James quedaría atrapado en él sin que Jenny lo reconociera, quien sabe si incluso ella regresara junto a Bran.

Si no podía reconocerla, o hacerla feliz como mejor sabía, optó por hacerlo como mejor podía. Comenzó a dejar pedacitos de dulces junto a su servilleta, o en su mano. Si estaba solo, la invitaba a la consumición y si no, él mismo la pagaba de su sueldo, para ternura de sus empleadores. Notó que Jenny comenzaba a venir más a menudo, cada día, hasta que en una ocasión, para su sorpresa, lo hizo acompañado de Lorna. Estaba cerca, muy cerca.

Cuando su compañera se fue, descubrió la guía de Urquhart entre sus cosas. No pudo evitar acercarse a ella y preguntar:

—¿Qué es eso que lees?

Ella, muy sobresaltada, se escondió tras su taza de café.

—Solo son viejas historias de castillos, clanes y asaltos —musitó.

—¿Estudias Historia?

—Sí, aunque esto no es parte del temario; solo me parece interesante.

—Con que Urquharth, ¿eh? —James acarició la cubierta del libro—. Los antepasados de mi madre fueron dueños del castillo hasta hace poco más de un siglo. ¿Lo has visto?

—Sí, lo visité hace unos meses...

La mirada de Jenny quedó perdida en el vacío, como si aquel lugar le trajera recuerdos difíciles. James, arrepentido de haber preguntado, intentó animar la conversación.

—La torre de los Grant es una de las pocas estructuras que quedan en pie —dijo—. Un orgullo para la familia.

Sonrió y Jenny trató de imitarlo, pero solo logró una mueca. Cuando quiso pagarle, James rechazó las monedas que ella dejó sobre la mesa.

—Cortesía de los Grant —dijo—. Nos vemos mañana.

Esta vez sí, la sonrisa de Jenny se amplió y James, lleno de esperanza, la vio salir.

Por la noche, Nicole tocó la puerta de su caravana, muy agitada.

—Ya están allí —le anuncio—. Si todo va bien, pronto la tendremos de vuelta... y tu espera no habrá sido en vano.

James deseó que así fuera.

Capítulo 35

Después de salir de Taste, Jenny no había podido contener las lágrimas y cruzó a toda prisa las callejuelas del pueblo hasta dar con el otro lugar en el que se sentía a salvo: el mar.

Su vida seguía estando patas arriba, era innegable. Por un momento, después de la consulta con Nicole, pensó que las cosas no dejarían de mejorar, al fin y al cabo ella estaba a salvo, a pesar de la sombra de Bran y de lo que él había supuesto en su pasado. La herida de James seguía abierta, eso sí, y tener que verlo cada día, sin que él supiera lo que habían compartido juntos... No, eso era demasiado.

La visión del mar la tranquilizó. Jenny intentó convencerse de lo afortunada que era, incluso sin James a su lado. De alguna forma él la había guiado de vuelta casa al convertir Taste en su refugio del mundo. Ese pequeño rincón con aroma a café y azúcar seguía existiendo y un James desconocido pero de carne y hueso formaba parte de él. Tal vez, se dijo, debía centrarse en construir nuevos recuerdos y no en lamentar que los antiguos fueran solo eso.

«Todo irá bien», murmuró para sí. Se secó las lágrimas y permaneció un buen rato allí quieta, dejando que la brisa le revolviara el pelo y las ideas.

—Voy a empezar a pensar que el café te hace llorar.

Jenny dio un pequeño brinco cuando alguien se sentó a su lado de improviso. Su pulso se aceleró al reconocer a James, ese James sin recuerdos pero que siempre se las arreglaba para arrancarle una sonrisa con un pellizco de dulce. Se le hizo extraño verlo sin el delantal de Taste, embutido en una cazadora corta con la que no parecía sentirse demasiado cómodo.

—No... no, todo lo contrario —respondió.

Y no supo qué más decir, porque su mente bullía en preguntas. ¿Qué hacía él allí? ¿La había seguido? ¿Por qué había traspasado la puerta del único lugar que tenían en común al menos hasta hacía veinte minutos?

Sin embargo, fue incapaz de verbalizar sus dudas. James, que no dejaba de mirarla, rompió el hielo con otra pregunta.

—Dime, ¿hace mucho que vives aquí, en Saint Andrews?

—No. —Jenny se aclaró la garganta—. Bueno, en realidad un par de años, desde que comencé las clases. Mi familia se trasladó a Rotterdam hace

décadas, pero solían vivir en Aberdeen. Yo decidí... ya sabes, volver a casa, redescubrir mis raíces.

—Claro.

El estómago de Jenny se encogió cuando James le dedicó una sonrisa. Qué diferente era esa conversación a todas las que habían mantenido al calor de las velas, desinhibidos y sin formalismos. Cuánto echaba de menos a ese James de mirada fiera y sensatez inesperada, con el que había compartido tantos momentos...

—¿Has estado alguna vez en Urquhart, Jenny?

La pregunta de James le sorprendió por dos motivos. En primer lugar, por su atención a los detalles. ¿De veras recordaba la brevísima conversación que habían mantenido después de que él viera el libro? Y, en segundo lugar, porque James le había llamado por su nombre, y ella no recordaba habérselo dicho. Habían intercambiado tazas llenas y vacías de café, sí, y monedas, desde luego, por no hablar de los pedazos de bizcocho; pero muy pocas palabras, y entre ellas no sus nombres.

Confundida, dio la única respuesta que podía dar en aquellas circunstancias:

—Dos veces, sí, una de ellas hace ya mucho tiempo.

—¿Te gustaría volver?

Jenny frunció el ceño. ¿Qué significaba esa pregunta?

—No creo que sea una buena idea —dijo al final.

Cuando hizo amago de levantarse, James le retuvo poniendo una mano sobre su hombro.

—Espera...

Jenny se fijó en sus dedos toscos y desgastados, los mismos que siempre escondían un dulce para ella. Recordó que los de su James se veían igual y aunque recios, sus caricias eran las más dulces que había recibido.

—Debo irme —musitó.

Sí, era lo mejor que podía hacer, no quería dar un espectáculo si las lágrimas volvían a sus ojos. James se levantó también.

—Jenny, espera. —No despegó la mano de su hombro—. Soy yo.

Lo miró a los ojos, sin comprender.

—¿Cómo dices?

—Que no es necesario volver a Urquhart, Jenny... Soy yo, y estoy aquí.

Sus iris oscuros, la cazadora, aquellas manos... todo se mezcló con los recuerdos y olores del castillo. Jenny sintió cierto vértigo, como si hubiera dado un salto en el tiempo con la mirada. El corazón comenzó a latirle muy aprisa.

—Soy yo, James —insistió él.

Jenny, inmóvil, vio cómo el desabrochaba su cazadora y la dejaba sobre el banco, desnudándose ante ella para demostrarlo. «Soy yo»; la frase martilleaba sus oídos sin descanso. Entonces, al ver las cicatrices sobre su hombro, lo comprendió todo: Urquhart, el claro del castillo, los disparos que lo habían conducido al calabozo y después a su lado...

—Si eres tú —murmuró—, si esa es la herida que yo misma curé... Entonces, James, dime algo que solo tú dirías.

Él, entre solemne y sonriente, la tomó de las manos.

—Nunca dejaré que Bran vuelva a hacerte daño. Nada podrá separarnos ahora, si así lo queremos, tampoco el tiempo.

Jenny, emocionada, sintió que con sus palabras se abría un puente capaz de devolverlos al punto en que se vieron por última vez. James la envolvió entre sus brazos y al apoyarse en su piel desnuda entendió que todo lo que había dicho era cierto.

—Eras tú... Siempre fuiste tú —sollozó—. Siempre, desde el principio...

Tenía tantas preguntas que hacer... Su historia se cerraba con un círculo perfecto en el que pasado y presente se confundían.

Jenny se pellizcó y después buscó sus labios. Quería probarlos, comprobar si sabían distinto, si sus lenguas recordarían el camino. Cada vez más pegados, despejó toda duda, y se dijo que si seguían allí un minuto más también ella tendría que quitarse la cazadora. Tironeó de James en dirección al camino pero él, con una sonrisa traviesa, la condujo hasta los matorrales del acantilado. Ni la brisa ni la cercanía del pueblo les impidieron jugar un rato a reencontrarse con las manos. Con el mar como único testigo unieron sus cuerpos y sus destinos. Jadeante y satisfecha, Jenny solo pudo reír cuando, al terminar, él murmuró lo útil que había sido su *feileadh mor* en ese momento. Las carcajadas le acompañaron mientras James se subía los

pantalones y abrochaba su cinturón, hasta que él se contagió también.

—Vayamos a casa —propuso.

Anduvieron muy pegados hacia su destino.

La cama de Jenny, aunque pequeña, había resultado un lugar mucho más apropiado para compartir su afecto. Después de la caminata, de poco más de media hora, los dos habían vuelto a sucumbir a la necesidad de tocar sus cuerpos desnudos. Se entretuvieron más en el placer, disfrutando del reencuentro y de lo que creían perdido. Exhaustos, se habían acurrucado entre las sábanas, abrazados.

—Cuando te fuiste nada volvió a ser igual. Pasé días sin comprender, culpándome... Después llegó Nicole. Antes jamás la hubiera creído, sin embargo, estaba desesperado. Cuando la señora Gowan confirmó que habías viajado en el tiempo, que era mucho más que una posibilidad, no tuve ninguna duda.

—No puedo creer que hayas estado aquí todo este tiempo —dijo ella, mientras acariciaba su brazo con la punta de los dedos—. Cuando yo todavía sufría por Bran, antes siquiera de emprender mi viaje, tú ya cuidabas de mí... Estabas en Taste, esperando. Has sido tan paciente...

—La toma de Urquhart me enseñó a esperar —respondió James—. Era un presagio de lo que vendría... Solo siendo paciente podía reencontrarme contigo, y por suerte tuve la oportunidad de aprender.

—Aunque no siempre eres tan paciente como dices...

La mano de James trazaba círculos cada vez más próximos a su pubis, y después de su comentario él se demoró en retirarla.

—Veo que me conoces muy bien.

Rieron, aunque una parte de Jenny se mantenía alerta todavía, como si la felicidad fuera a desaparecer en cualquier momento. ¿No había sido así la última vez, por culpa de Meribeth y Bran? Al notar que su rostro se ensombrecía James le plantó un beso.

—¿Estás bien? ¿Hay algo que te preocupa?

—¿Y si también tienes que volver, James? ¿Y si tu presencia aquí se pone en riesgo? ¿Qué me dices de tu familia y de las cosas que has dejado atrás? ¿Estás seguro de que esta es la vida que quieres?

James negó varias veces con la cabeza.

—Somos libres, Jenny. Tu viaje te liberó de Bran y el mío de todo lo que veía como mi destino antes de conocerte.

«Libres». Sonaba muy bien dicho de su boca mientras sentía su piel cálida cerca. Trató de relajarse, pensando que el miedo no le conduciría a ninguna parte.

—Habrá otros peligros, no me tomes por ingenuo. —James sonrió a pesar de sus palabras—. Lo que quiero que entiendas, Jenny, es que ahora que los dos nos recordamos y hemos elegido, seguiremos nuestro propio camino... juntos.

—Lo sé.

Sellaron su promesa con un beso. Y pensar que lo había creído perdido para siempre... Jenny cerró los ojos y, por primera vez en meses, se sintió feliz.

Capítulo 36

Glen Urquhart, 1516

La señora Gowan debió apartar el montón de nieve que bloqueaba la puerta de la cabaña con una pequeña pala. Le tomó algo más de veinte minutos abrirla, pues debió hacerlo sola. Había ordenado al mozo que la acompañaba que se detuviera medio kilómetro antes, con la montura. El joven, extrañado, no opuso resistencia.

El interior de la cabaña estaba tan helado como el paisaje de fuera. La señora Gowan la peinó con la vista: ni rastro de James. Avanzó despacio hasta el lecho revuelto, donde él debió permanecer tendido tiempo antes. La forma de su cuerpo era solo un recuerdo pasado, como todo lo que él había dejado atrás.

Suspiró. Luego una sonrisa se dibujó en sus labios. Que él ya no estuviera solo podía significar una cosa: que su viaje había sido un éxito. Que había decidido quedarse, acompañar a Jenny, vivir sus propias aventuras.

Sentía pena. No volvería a verlo pero sería feliz en aquel futuro inimaginable para ella.

Estaba segura.

Epílogo

Inverness, cuatro años después

El día amaneció gris, cubierto de niebla. No era exactamente lo que Jenny había imaginado, pero sonrió pensando que en un clima similar habían transcurrido los días más extraños y felices de su vida.

Apagó la alarma y permaneció tumbada en la cama, mirando por la ventana. Debían ser las nueve y media, tal vez más tarde, pero no tenía que ir a trabajar. Desde que terminó la universidad, un par de años antes, colaboraba como profesora auxiliar en la facultad, dentro del departamento de Historia Escocesa. Su supervisora, Betty Williams, había tutelado el proyecto de fin de carrera que realizó sobre las técnicas militares de la Escocia del siglo XVI. Esa investigación le abrió las puertas al posgrado y más tarde a la docencia, con una plaza permanente.

Jenny había dedicado mucho tiempo al estudio y a la investigación, pero sin James nunca habría sido posible llegar tan lejos, estaba segura. De nuevo, se le escapó una sonrisa. La señora Williams, que había tenido la oportunidad de conocerlo en un *cheese and wine* organizado por el decano, siempre le repetía lo sabio que era. Él lo negaba sonrojándose. «Tiene razón, aspiras a algo mucho mejor que Taste», le insistía Jenny. «El café tiene su propia ciencia compleja», respondía él.

Como el amor, suponía. Mantuvo los ojos clavados en la niebla mientras su cuerpo, amoldado al de James, se impregnaba de su calor. Él también había ignorado el timbre del despertador y respiraba de forma acompasada, abrazándola.

—Es la hora, valiente —susurró.

Aunque tampoco quería moverse. El contacto con la piel de James era demasiado agradable, magnético, y la cama de la pensión era cómoda, muy cómoda... Por toda respuesta, él emitió un gruñido travieso y pronto deslizó la mano donde deberían haber estado sus braguitas. Jenny rió, pícara. Su ausencia logró captar la atención de James, que abrió los ojos y la estrechó más fuerte contra sí.

—Diez
minutos

más...

—

¿Diez?

No tardaron en rodar entre las sábanas, más despiertos que nunca. Las pocas prendas que llevaban puestas cayeron al suelo y a punto estuvieron de caerse ellos también, entre risas.

Despertar así junto a James era algo a lo que Jenny no quería acostumbrarse. Cada mañana era un reto distinto, una caricia intensa y dulce como lo que sentía. Ni siquiera días como aquel, fríos y nublados, podían robarle la sonrisa.

Llevaban una vida sencilla: ella en la facultad y James sirviendo cafés en Taste, compartiendo la casita diminuta que él había arrendado poco después de su llegada a Saint Andrews. Disfrutaban secretamente del ritual de intercambiar pedacitos de bizcocho cada vez que Jenny lo visitaba para desayunar o merendar, dependiendo de su turno. Aquello no era más que el símbolo de lo que compartían día a día, de cómo cuidaban el uno del otro mientras hacían realidad el sueño de despertar juntos.

—Llegaremos tarde al torneo —protestó Jenny. Fue una protesta débil, eso sí, porque los labios de James descendían de sus pechos a su vientre.

—Ya tengo el mejor premio contigo...

Pocos meses después de su llegada él se había unido al club de esgrima de la universidad. A pesar de lo mucho que disfrutaba de su trabajo en Taste, Jenny lo había animado para que no perdiera su habilidad como luchador. A veces, sobre todo al principio, temía que él echara de menos todo lo que había dejado atrás. Le obsesionaba la idea de perderlo, de que se cansara, de que lo suyo no diera resultado.

Poco a poco el temor había desaparecido. James se había adaptado increíblemente bien a Saint Andrews, como si su destino fuera haber nacido en el presente. «Los hombres de mi padre solían reírse de mí», le confesaba a menudo. La paciencia le había ayudado mucho en el camino y por eso, ante su ansiedad, solía reír, despreocupado. «Recuerda, Jenny, somos libres».

Aunque se opusiera al principio, los entrenamientos de esgrima terminaron por convertirse en una parte importante de la vida de James. Ella, orgullosa, lo acompañaba en torneos en diferentes puntos del país. Era un buen luchador: paciente, rápido, fuerte. Se movía con agilidad y terminaba siempre

por desbancar a sus oponentes.

Aquel día, en Inverness, se celebraba la final del campeonato nacional, y James competiría. Jenny no podía expresar lo orgullosa que se sentía: había llegado tan lejos... Era, sin duda, alguien excepcional.

Y esos besos, esas caricias con las que solo él sabía complacerla...

Tumbada boca arriba, estremecida todavía por las oleadas de placer, se sintió la mujer más feliz del mundo. Después de un último beso él tomó algo de ropa limpia y entró en la ducha. Jenny permaneció sobre la cama, sonriendo, mirando el cielo nublado de Inverness.

Sí, poco más podía pedir a la vida.

Iban a celebrarlo en Urquhart, pero todavía no se lo había contado a Jenny.

Con la medalla colgando del cuello y una sonrisa de oreja a oreja, James estrechó la mano del comité organizador. Campeón nacional de esgrima... Estuvo seguro de que su padre habría estado muy orgulloso. Vio a Jenny aplaudir en las gradas y le dedicó un guiño. Agradeció que ella hubiera insistido tanto en que comenzar a practicar, tenía razón cuando mencionaba lo importante que era no perder sus raíces.

Habían viajado mucho juntos en los últimos años, pero Inverness (y Urquhart, situado a pocos kilómetros) habían quedado fuera de su ruta. A James le parecía simbólico que la final se hubiera celebrado en un lugar tan especial para él, permitiéndole de alguna manera honrar a los suyos, volver a casa. Pensó en el día en que conoció a Jenny. Las risas de los guerreros al caer de su montura le provocaron una sonrisa, en lugar de la ira que solía sentir. Estaba en paz con ellos, con él mismo. Ojalá hubieran podido verlo sosteniendo su medalla.

La idea de visitar Urquhart la tuvo antes de llegar a Inverness. Sin decir nada a Jenny, reservó un coche de alquiler que los conduciría hasta allí después del torneo. Prefirió que fuera una sorpresa, por si llegado el momento no estaba preparado. A pesar del tiempo transcurrido, y de que despertar lejos de ella no tuviera sentido para él, el castillo en ruinas era una imagen demasiado poderosa, incluso en fotografías. Podían celebrar en cualquier otra parte, lo sabía, sin embargo, mientras recibía las felicitaciones del comité, estuvo seguro: irían.

—Eres el mejor...

En cuanto tuvo la oportunidad, Jenny se colgó de su cuello y le dio la enhorabuena. James se quitó la medalla y se la entregó a ella.

—Es tan tuya como mía.

—¡No seas bobo!

—Vamos, tómalala antes de que alguien empiece a hacer preguntas sobre todo lo que también sé de historia militar escocesa... Rieron.

Mientras se cambiaba, James pensó en su visita a Urquhart y en lo que había preparado para ella. Estaba nervioso, mucho más que antes de la competición.

Tomó aire: había llegado la hora.

—Abre los ojos.

Jenny obedeció. Aferrada a James, a ciegas, había caminado algo más de veinte minutos por un terreno irregular después de bajarse del coche. James había estado serio y misterioso durante todo el trayecto.

La venda surtió poco efecto, pues en cuanto Jenny bajó del vehículo se vio golpeada por el olor inconfundible del lago y del pasto.

—Urquhart —murmuró, solo cuando él le pidió que abriera los ojos.

Había lágrimas en los de James, lo notó enseguida. No obstante, él sonreía.

—Acompáñame, alguien nos espera.

Atravesaron el puente de madera que los conduciría hasta la muralla. Algunos turistas tomaban sus últimas fotos desde el exterior y el guarda despedía a los más rezagados. Alzó la mano al reconocerlos. Jenny, sorprendida, se preguntó qué estaría tramando.

—¡Enhorabuena, muchacho! Pasad, pasad, no os quedéis ahí.

El guarda era un hombre fornido, pelirrojo y agradable. Los saludó con un apretón de manos e hizo señas hacia el interior.

—Gracias por todo, Duncan, no te imaginas lo que significa para nosotros... —Ya lo sabes: los Grant siempre sois bienvenidos. ¿Conoces el camino al puerto?

—Lo conozco.

En cuanto hubieron dado algunos pasos en dirección al lugar donde debió encontrarse la puerta del agua, Jenny clavó los ojos en James.

—¿Puedo saber qué ha sido eso?

—Todavía quedan algunos Grant en las Highlands —Él le dedicó un guiño—. Quería que estuviéramos a solas, tú y yo, sin los visitantes.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Bueno, viajé en el tiempo para encontrarte de nuevo y acabo de proclamarme campeón nacional de esgrima —respondió James, ufano—. Conseguir que nos dejaran todo Urquhart por veinte minutos ha sido la parte fácil.

Jenny lo reprendió con una palmada en el trasero. Su sentido del humor seguía intacto, y eso que el estado de Urquhart había logrado conmoverla también a ella, a pesar de haberlo visto antes. La última vez la torre Grant estaba intacta y había vida dentro de las murallas... Solo el viento y la niebla poblaban el castillo.

Cuando llegaron a la pequeña playa del puerto James se sentó sobre las piedras. Jenny pasó la mano sobre sus hombros.

—¿Estás bien?

Él asintió.

—No te había dicho que vendríamos. Al principio dudé, pero luego supe que debíamos hacerlo.

Contemplaron el lago, del mismo color plomizo que cuando ella se hundió en sus aguas y desapareció. Imaginó lo duro que había sido aquello para James y estrechó su abrazo.

—Siempre venía aquí a ver la puesta de sol —dijo él—. Era una forma de recordarte, un pequeño ritual para sentir tu presencia. A veces tenía la sensación de que los días que pasamos juntos fueron un sueño, y cuando me sentaba frente al lago podía verte en él, aferrarme a lo que compartimos.

—No volveré a separarme de ti, lo prometo.

—Lo sé, Jenny. Ven, haz un cuenco con tus manos. —Obedeció sin preguntar, aunque se moría de la curiosidad. ¿Qué tramaba James? ¿Por qué tanta ceremonia? Dejó que el colocara un puñado de piedrecitas entre sus manos—. Tenía que pedírtelo aquí, entregándote la segunda cosa más valiosa que tengo, aunque ya no la posea...

El corazón de Jenny comenzó a latir muy aprisa.

—¿Qué... qué quieres decir, James?

Él separó sus manos unos milímetros, lo justo para que las piedrecillas

comenzaran a caer por el hueco. Y entonces, entre ellas, apareció el anillo. Jenny ahogó una exclamación de sorpresa y emoción.

—Tenía que pedírtelo aquí. —James se había sonrojado—. Bueno, ¿qué me dices?

Jenny lo acarició. Era sencillo, con una pequeña esmeralda engastada. Verde, como todo lo que les rodeaba. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Acaso crees que te diría que no?

Dejó que él lo colocara y se dieron un beso largo y profundo.

—Urquhart, el lago... siempre fueron muy valiosos para mí, pero nunca tanto como tú.

Jenny correspondió a las palabras de James con una sonrisa. Permanecieron allí abrazados, dejándose abrazar por la brisa y la niebla.

Mientras recordaba su viaje temporal, pensó que el resultado no había sido el esperado. Su aventura le había conducido por caminos inimaginables, a veces difíciles, pero siempre más llevaderos de la mano de James.

—Sí, sí y sí —respondió.

Seguirían caminando juntos por mucho tiempo, estuvo segura.

Agradecimientos

A Blanca, esa Nicole que todos debemos poner en nuestras vidas para convertir los muros en molinos. Como dice James: «Nadie debe avergonzarse por haber amado».

A Ana, mi lectora cero y cómplice de lecturas, risas y cotilleos en *Los libros del querer*.

A todos los que leyeron *El constructor de muros* y me insuflaron la fuerza suficiente para tomar la pluma de nuevo y contar esta historia.

Y a ti, querido lector, que has llegado hasta el final y cerrado el círculo. Sin ti, nada de esto tendría sentido.

Bajo el pseudónimo de Natalia Walsh (Madrid, 1990) escribe una lectora licenciada en Dirección y Administración de Empresas, que ha trabajado en el ámbito de las letras y la docencia durante la mayor parte de su vida profesional. Madre de un gato, fan de Dino Buzzati y vegetariana, decidió dar un vuelco a su carrera y ahora coordina proyectos editoriales. En su tiempo libre devora novelas románticas y culebrones televisivos. [*El constructor de muros*](#) es su primera novela y con la publicación de *Highlander en la niebla* consolida su vocación como autora.

Table of Contents

Presentación

Primera parte – Cierra los ojos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 4

Capítulo 4

Segunda parte – La niebla

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Tercera parte - Un claro en la niebla

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Cuarta parte - Abre los ojos

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

[Capítulo 30](#)
[Quinta parte - Claridad](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Epílogo](#)
[Agradecimientos](#)